

Capítulo Primero

Solamente tenía cuatro años cuando me transplantaron a otra tierra tan distinta de la que yo conocía . Al bajarme del coche del Sr. Manolo me refugiaba, pegadita a mi madre, observándolo todo, rodeada de gente desconocida cargada de bultos. Gente que se apeaba también en la dehesa y luego proseguía su camino por la carretera de Cabañas, bien a pie o bien en burro.

¡Qué duro era el suelo!. Yo provenía de una tierra más blanda y polvorienta, dominada a veces por vetas de pizarras oscuras. Aquí el terreno era de piedras con manchas rojizas. En las colinas circundantes había también rocas grisáceas, granito en descomposición.

Este es mi primer recuerdo, guardado siempre en mi subconsciente visual cuando tímidamente bajamos hacia la casa dónde íbamos a vivir contigua a la de los dueños: *'los Señores'*. Mi padre iba a ser *'el montaraz'* de su dehesa.

En un primer momento eché de menos la gran casona de la dehesa de Requejo, residencia de mis padres y donde, junto a mis abuelos, nos criamos tantos nietos...

Pero luego, poco a poco, fui haciendo míos, nuestros, los pequeños rincones que se llenaron de vida.

En el corral estaba la cuadra del caballo y allí me encantaba correr por las pesebreras, brincando de unas a otras. No olvido el día en que me caí saltando y me hice tanto daño en el estómago que abandoné semejante deporte. Ni cuando pasado el tiempo, desde uno de estos pesebres dejé caer a mi hermano, pequeñito entonces. Tuvo suerte: al caer de cabeza se dio en una ceja, en la que tenía un quiste, y del golpe le desapareció.

Unido a este lugar va el recuerdo de otra travesura. Al ser más pequeña que mi hermana, cuando jugábamos al escondite con los hijos del *aperador*, siempre me dejaban sola. Un día, que se escondieron todos en la cuadra, los encerré por fuera y me fui con mi madre. Al cabo de un buen rato extrañada al verme todo el tiempo a su lado me preguntó y le dije: "¡Como no quieren que juegue con ellos, se escondieron en la cuadra, les cerré la falleba y allí están!"

Fuimos a abrirles. Los encontramos llenos de piojos de gallina. Marcharon a revolcarse a un sitio que llamábamos *'las cuatro alcantarillas'* en el que había mucha hierba y *piñerina*, y allí soltaron los piojos. ¡ Qué ocurrencia la mía!

La cuadra del caballo retomaba vida cuando en el verano la limpiaban bien porque en ella iban a dormir los segadores y las *atiñas* durante la siega. El día que llegaban, cada uno llenaba un saco de paja para dormir sobre él. Tenían todo tan limpio y fresco que lo convertían en un sitio acogedor. A pesar del cansancio, se les veía siempre tan alegres, que me encantaba asomarme por allí.

Al llegar del corte se lavaban, se cambiaban de ropa y cenaban todos alrededor de la cazuela o del *'baño de Pereruela'*. A veces, bailaban o se gastaban bromas como la que hicieron a una pobre *atiña* que tenía un grano en una mejilla . La engañaron, asegurándole que si se daba con una pomada mágica que tenía el mayoral se curaría. Cuando la pintarrajearon con la barra roja de marcar a las ovejas se originó la risa general. Todos tenían buen temple y aguantaban bien las bromas.

Finalmente la cuadra me evocaba los distintos caballos que utilizaba mi padre para ir *"a dar vuelta"* y , en especial, al caballo Petiso, de pequeña alzada, en el que algunas veces íbamos a la escuela.

¡Qué importante veía yo a mi padre cuando salía o llegaba en el caballo, siempre cubierto con un sombrero gris y acompañado del perro lobo! ¡Era tan distinto a los demás! .Para mí representaba la fuerza, el mando suave, dulcificado siempre con alguna salida graciosa; la responsabilidad, el gran corazón volcado hacia su familia y hacia los demás. Toda la dehesa dependía de él. Siempre que llegaba a casa decía; "¡Dios os guarde!". A lo que mí madre respondía: "¡Ven con Dios!" .

Más importancia tenía en mi vida el *cernidero*. Allí siempre olía a pan tierno. En un gran horno panzudo cocía el pan la Sra. Estrella, la esposa del aperador que, como debía dar de comer a los criados de la labor, hacía grandes masaduras.

Mi madre cocía en el horno de Pereruela, más pequeño, situado en una esquina. Cuando la veía salir de casa con el cántaro lleno de agua caliente, un plato de porcelana con *el hurmiento* y la sal, ya sabía yo dónde iba. Empezaba echando el agua caliente sobre la harina vaciada en la artesa. Luego, hacía un hoyo en medio donde iba a disolverse el hurmiento, que después envolvía con el resto del agua y de la harina. Me gustaba ayudarla.

Era todo un arte hacer el pan. ¡Qué bien hundía mi madre los puños en la masa! . La trabajaba mucho para poder moldear bien los panes. Una vez hechos, los acostaba en el *estrado* sobre una sábana, y los tapaba con una manta y si hacía mucho frío y amasaba en casa ,en el escaño, para que estuvieran más calientes y pudieran *yeldar* mejor.

A mí siempre me parecía que mi madre amasaba mejor que nadie. Sus panes eran más pequeños que los que elaboraba la Sra. Estrella para los criados y había uno de tamaño más reducido aún que llamábamos *'la torta'*. La tomábamos todavía calentita, a la hora de la comida.

¡ Y qué delicia, cuando nos hacía un bollito con chorizo por dentro!. Su grasa roja impregnaba la miga y estaba riquísimo.

Siempre que amasaba teníamos un extraordinario en el desayuno. Mi madre nos hacía *'las bollas'*. Cogía un poco de masa entre la concavidad de las manos y hacía una bola. Luego, iba extendiéndola muy fina, casi transparente, para después freírla en la sartén con aceite muy caliente. Se esponjaban al freír y quedaban crujientes. Se les ponía azúcar por arriba y estaban deliciosas.

Cuando el pan había aumentado de tamaño, la superficie se abría un poco, señal de que ya estaba yeldo. En aquel momento pasábamos a calentar el horno. Me creía un personaje cuando mi madre me dejaba meter algunas ramas de leña y, más aun, cuando me lo dejaba encender. Se necesitaba tener fuerza para manejar aquel organero con el que se movían las brasas y se frotaba el suelo.

Aprendí que cuando el horno se ponía blanquecino por dentro, y al frotar el suelo echaba chispitas, ya podía meterse el pan.

Resultaba difícil cogerlo del *estrado*, estirarlo un poco y luego ponerlo en la pala. Se le daban unos cortes por los extremos, se picaba con un tenedor y así quedaba listo para meterlo.

Una vez todos los panes dentro de él, para que tomaran color se ponía la *lumbre* que era un *barcado* de leña fina colocado en la boca del horno. Se hacía arder dejando una parte destapada, para que saliera el humo. Al cabo de hora y pico el pan estaba cocido y se sacaba. A continuación se tapaba con una manta para que no quedaran las cortezas demasiado duras.

En ocasiones mi madre hacía dulces: casi siempre los que llamábamos “de vino”, las pastas de la abuela y las madalenas. Nos permitía participar: pesaba los ingredientes en una romana preciosa que había hecho mi abuelo; los ponía en una cazuela de barro y nos los daba para que con las manos mezcláramos la manteca y el vino en unos casos y los huevos y el azúcar para las pastas. Una vez bien mezclados todos los ingredientes le añadía la harina. Extendíamos la masa con una botella sobre el hule de la camilla decorado con el mapa de España.. Primero se le daban unos golpes con la mano para alisarla; luego se cortaba con los moldes de lata en forma de margarita, de corazón, redondos y alargados con ondulaciones ... Las pastas, colocadas en latas, previamente untadas con manteca, eran una verdadera exposición. Se les ponía clara de huevo por encima para que brillaran. Mi hermana y yo nos encargábamos de darle con un trapito mojado en la clara.

Para los bollos de vino, usábamos como molde un vaso pequeño. Se desmoronaban fácilmente y no era conveniente hacer ondulaciones. ¡Qué bien olían cuando se sacaban del horno! Aún calientes los ponían en un plato lleno de azúcar, los recubría y sacudía un poco para después colocarlos en la enorme cazuela de Pererueta. Estábamos pendientes de los que se rompían porque nos los daban y, recién hechos, eran una verdadera delicia.

mil dulzuras variadas a las que mi padre era tan aficionado y en cuya fabricación yo colaboraba con gran placer.

Para las madalenas teníamos que preparar en primer lugar los recipientes . Cortábamos cuadradi-tos de papel y doblando bien las esquinas formábamos una cajita. ¡Qué cadencia la del tenedor ba-tiendo la mezcla en un puchero! Un par de cucharadas en cada envase , el horno en su punto para que no se quemaran los papeles y las madalenas esponjaran bien y la magia funcionaba. Su toque personal nunca fallaba.

Quién más valoraba este exquisito resultado era mi padre que, guiado por el olor, descubría siempre el lugar donde se guardaban los dulces. Era muy goloso y siempre tomaba uno antes de salir por la mañana. Si entre horas tomaba alguno más, mi madre lo regañaba y él se justificaba: “Se me va la mano sola”. Entonces ella sacaba los dulces y todos compartíamos el placer y las alabanzas.

Ahora soy consciente de las variadas destrezas de aquella madre que con sólo veinticinco años supo adaptarse con tanta inteligencia al nuevo entorno. Pero en aquella época todo lo que ella hacía me parecía natural y su juventud y belleza me pasaban desapercibidas.

Contiguo al cernidero estaba el gallinero, con los ponederos adosados a la pared y sus cabrios, colocados en escalera, donde se encaramaban las gallinas. ¡Me encantaba ir a buscar los huevos! . Los recién puestos, aún calentitos, me los pasaba por los ojos, porque decían que eso era bueno.

Recuerdo el susto que se llevó mi madre un día cuando entró en el gallinero y encontró muertas a casi todas las gallinas. ¿Qué había pasado? Pues que la zorra había entrado por la gatera y las había

matado un gran número. Aquella zorra era tan atrevida, que se acercaba incluso durante el día a la casa, para cazarlas. Las acechaba detrás de la tapia del cercado y, si veía a una distraída, saltaba sobre ella y huía a toda carrera. En una ocasión, mi madre le arrebató un gallo que ya se llevaba.

Desde aquel percance, todas las noches teníamos que ir a poner el palo al gallinero. Se trataba de un palo grueso, con una especie de rabo con el que tapábamos la gatera.

Con mi perspectiva actual lamento lo malas que éramos cuando matábamos los pobres pájaros que se comían la comida de las gallinas. Cogíamos una larga vara, y según salían atropellados por la claraboya del techo, los íbamos derribando. Claro que luego, nos los comíamos fritos... No hay mal que por bien no venga.

Todas estas dependencias estaban en la parte derecha del corral Aunque me he saltado una que me gustaba muy poco: siempre olía mal. Se trata del gallinero viejo donde se guardaba el abono mineral . Le tenía especial manía porque yo nunca, o casi nunca, conseguía abrir aquella puerta vieja. Era necesario empujarla, ya que arrastraba demasiado. Además, en ella colocábamos en un cesto las gallinas *güeras*.

Mientras fui pequeña, iba siempre acompañada de mi madre, para que me defendiera de la gallina. Le echábamos de comer y vigilábamos la incubación de los huevos. A veces, había que romper el cascarón cuando ya asomaban el pico. Otras, teníamos que llevar a los recién nacidos a casa y ponerlos en una cesta al lado de la lumbre o debajo de una cazuela. De este modo, la gallina seguía apretada sobre los huevos que aún no se habían abierto, para darles calor.

Cuando, pasados los veintidós días, salían los pollitos recién nacidos me parecían preciosos, pero las gallinas... ¡malísimas! . Al aproximarte a ellas, saltaban como locas, y te daban unos fuertes picotazos. Actuaban como excelentes madres defendiendo a sus hijos.

Días más tarde cuando salían a la calle: ¡Cómo se afanaba la gallina escarbando para darles de comer, cómo los cobijaba!. Conservo en mi memoria la imagen tan bonita de la gallina con sus pollitos, asomando la cabeza por entre las plumas.

El peor enemigo eran los aguiluchos. A su vista corrían como alocados a refugiarse en la leñera o en el corral. A pesar de todas las precauciones, siempre se llevaba alguno. Nosotras, mi madre, mi hermana y yo, salíamos corriendo dando voces, tocando las palmas y, a veces, tirando cohetes para que se marchara. ¡ Qué manía le teníamos al '*águila*'!

También cuando caía una tormenta, había que salir corriendo a encerrar las gallinas y los pollitos, para que no se ahogaran. ¡ Qué disgusto un día! . Siendo ya un poco mayor, mi madre me dejó con mi padre. Ella se fue, con mis hermanos al bautizo de una prima en el pueblo de mi abuela. Mi padre y yo nos acostamos la siesta después de comer. Sería el mes de Junio, hacía mucho calor. Nos despertaron los truenos y el ruido del granizo. Los canales del tejado eran torrentes. Salimos corriendo a ver los pollitos y la mayoría estaban ahogados... Otros, empapados, pudimos reanimarlos al lado de la lumbre. ¡ Qué inútil me sentí ante el desastre! Pensaba que a mi madre, siempre tan previsoras, no le hubiera pasado eso.

Las tenadas del primitivo corral, donde íbamos a jugar, fueron sustituidas por unas paneras y un palomar. Estos recintos no forman parte de mis primeras vivencias, pero adquirieron luego vida en la niñez y juventud.

Me gustaba sentarme en la puerta del palomar y escuchar el arrullo de las palomas. Asomarme por la gatera para ver los pichones. Si daba unos golpecitos en la puerta revoloteaban y salían por las claraboyas. Me hubiera gustado atrapar alguno, pero mi padre, hombre honradísimo, nunca nos permitió hacerlo.

Sólo cuando venían los señores en el verano y le mandaban que cogiera algunos, trepábamos como gatos por los nichos, buscando y eligiendo los más gorditos..

En una esquina del palomar, la cigüeña hacía el nido y daba también vida al entorno. Nos acompañaba con el repiqueteo del pico. Esperábamos, con impaciencia, el nacimiento de los polluelos.

La panera tenía múltiples olores. En distintas 'toñas' o departamentos había trigo, cebada, centeno, avena... En la del centro, más pequeña, se almacenaban los garbanzos. En sacos apilados, salvado y harina para los perros. A la entrada se hallaba la báscula que producía un sonido especial cuando la utilizaban. Fue un triunfo para mí el aprender a manejar las distintas pesas. Mientras fui pequeña y delgadita, me gustaba ver como engordaba y hasta le daba con el dedo al fiel para que subiera la barra. Todo cambió cuando me hice mayor: entonces ya no quería ni ver el peso.

¡Qué ruido tan rítmico el de la seleccionadora de simiente! Bajaban los criados, temprano por la mañana, para prepararla. Por la noche la regaban con *piedra-lipe*, piedras cristalinas azuladas que se machacaban y mezclaban con agua.

Los criados cantaban y charlaban mientras trabajaban. Mi padre iba a verlos, y les refería chascarrillos y cuentos para entretenerlos, haciéndoles el rato más ameno y llevadero, vigilando al mismo tiempo que el trabajo estuviera bien hecho.

Con 86 años, me ha dictado la mayoría de los que transcribo al final del libro, pero conviene saber que él los aderezaba y modificaba según el ambiente en que los contaba o el público al que fueran destinados. Sabía cuentos adecuados para el gusto de todos y para cada momento. A los criados, les agradaban un poco picantes, por ejemplo los cuentos de curas como '*El de María que guapa estás*', '*El de las cuatro piernas*'. ..

Los ruidos tempranos en el corral, nos despertaban. Primero oíamos el ruido cantarín de los chorros de leche caer en el *cañadón*: era mi padre ordeñando las cabras que se encerraban allí por la noche. Unos pequeños pasos: eran los cabritos que estaban en el *chivitero* y los sacaba para que mamaran de sus madres. De vez en cuando, la voz un poco enfadada de mi padre que decía: "¡Cabra, mocha!, ¡Cabra vieja! ¡Macho!". Cuando abría la panera, para ir a buscar la cebada y echarles de comer, todas se le metían dentro. De ahí las voces. Luego, las *mochadas* de unas cabras con otras, porque todas querían comer en el mismo sitio de la pila de madera. Me daba miedo entrar en el corral, porque allí estaba el macho y podía atacarme.

Cuando las cabras, antes de que llegara el *rebecero* para llevarlas hasta el rebaño de ovejas, encontraban la puerta abierta, siempre nos preparaban algún desaguisado: nos comían las flores que con tanto esfuerzo y cariño plantábamos delante de la casa. Por la tarde había que ir a buscarlas o, cuando venían solas, vigilarlas para que no nos las destrozaran.

Eran inconvenientes que ellas nos compensaban con su leche: ¡ Qué ricas estaban las sopas hechas con ella por la mañana o por la noche en una cazuelita de barro! y no digamos el queso de cabra, sobre todo cuando estaba tierno. El conservado en aceite resultaba muy fuerte, pero era el que más gustaba a mi padre.

El queso siempre lo elaboraba mi madre y de ella aprendimos a hacerlo. Ponía la leche, después de colada, en un recipiente cónico de barro cerca de la lumbre y en él escurría un poco de cuajo, medido en un trapo blanco formando una muñequilla. El cuajo lo había cortado del estómago extraído de un cabrito lechal y posteriormente secado. Tapaba la leche con un paño blanco, le daba vueltas de vez en cuando y giraba el recipiente para que tuviera el mismo calor por todas partes. Pasadas un par de horas se cuajaba. Formaba una masa compacta que al presionarla se despegaba del recipiente. Por arriba se veía aflorar el suero.

Yo tenía poca paciencia para poner las manos encima haciendo una ligera presión. Aunque intentaba hacerlo como mi madre no lo conseguía. Había que trabajarlo despacito para que fuera soltando el suero. Cuando estaba casi escurrido, se echaba en un caldero o en una lata para el perro. La cuajada se ponía en un aro de madera encima de un banco con las patas de atrás más altas. Los bordes elevados de los lados convergían en la punta, dejando un espacio para que escurriera en el cubo que se colocaba debajo. Había que tratarla con cuidado, metiendo un poco los dedos por las orillas, e ir presionando para que quedara fina y homogénea en la superficie, y bien prensada en el interior .

Cuando ya estaba toda la cuajada en el aro, bien apretada, se le ponía un peso encima; terminaba de escurrir y quedaba la masa más compacta. Al día siguiente convertida en queso se sacaba del aro y se metía en salmuera para que tomara la sal. Mi madre era una experta y no necesitaba meter un huevo en la salmuera que, cuando flotaba significaba que ya teníamos la cantidad precisa .

Después, colocaba los quesos en una tabla en la despensa, encima de un paño blanco, con el fin de que se orearán.

La cuajada estaba buenísima comida fresca. Casi siempre se hacía el queso por la mañana, antes de comer, y un puñadito de ella, tan fresca y fina, me sabía a gloria.

Capítulo Segundo

La casa no era bonita y resultaba más bien pequeña, pero a mí me encantaba. La grande y sólida puerta con cuarterón le daba categoría y seguridad. El pestillo de la parte de abajo, tenía un sonique-te especial. La hoja de arriba, estaba casi siempre abierta. En verano mi madre ponía una cortina, para que no entraran las moscas. ¡Cómo la saltaban los gatos cuando ella cogía la escoba intentando darles porque habían hecho alguna fechoría en la despensa! .

La enorme llave era una obra de arte. De casi medio kilo, brillante por el uso, sonaba estrepito-samente para abrir y cerrar la gran puerta. Usarla era también cosa de mayores. Se necesitaba bastante fuerza para hacer mover el resbalón de la cerradura. Con la desaparición de aquella puerta y de la llave, sustituidas por otra de aluminio y un llavín tras nuestra marcha de la dehesa, la casa ha perdido parte de su encanto.

Entrábamos al portal cuyo suelo era de cemento liso con cuadrados, hechos sobre el mismo, y un poco desgastados por el uso.

El mobiliario lo componían dos grandes bancas de madera de cada lado, alguna silla, y una gran mesa rectangular en el centro o la camilla según la estación. También estaba la percha, a la izquier-da, donde mi padre colgaba el rifle. Aquel rifle, un Winchester, era para mí un orgullo : bonito y re-presentando el poder. Junto a él se colocaban la escopeta, el sombrero de mi padre y alguna prenda de vestir .

Al otro lado, detrás de la puerta, estaban las llaves colgadas en unas puntas clavadas en una tabla. Mi padre era el guardián de todo y a nosotros tenían que venir a pedirnoslas cuando las necesitaban.



Las había de todos los estilos y tamaños. Hablaba aquel cuadro lleno de realismo. Cada una re-quería una manera de tratarla para poder abrir.

El techo de la casa, menos el de los dormitorios, lo formaban cañizos apoyados en grandes vigas salientes. El del portal conservaba bien las vigas, pero las de la cocina estaban atacadas de carcoma. En el silencio de la casa se oía el roer cadencioso de estos insectos.

La cocina poseía un cierto encanto: yo la veía grandísima. La tinaja de Pereruela, panzuda, estaba rodeada de cántaros; unos conservaban el agua más fresca que otros. Al lado se colocaba el botijo o la cántara para el verano.

Contrastando con la arcilla con espejuelos de la tinaja, estaba la tapadera de madera sólida que la recubría, donde poníamos el *caneco* con el que sacábamos el agua.

El *rebecero*, con la burra y los cántaros en las aguaderas, nos traía todos los días el agua de la fuente. El borbollón del agua de los cántaros, cuando se vertía en la tinaja, imitaba a una gran cascada. Si mi madre me dejaba ir con él a la fuente, sentada encima de las aguaderas, era para mí un triunfo.

Nos llevaba un burro afamado por sus malas pulgas; negro de aspecto y de intenciones. Le llamaban "el Felipe" y un día se espantó por culpa de un pájaro cuando íbamos por agua: me lanzó volando y aterricé de cabeza encima de una piedra. No me quejé demasiado para que me dejaran seguir subiéndome en él, pero le guardé cierto rencor así que otro día, que estaba enferma y no había ido a la escuela, fui a picarle con un palo mientras pastaba cerca de casa. Y ahí el Felipe me arreó tal coz que me hizo un gran corte debajo de la barbilla : desde entonces cada vez que me toco la cicatriz revivo aquellos momentos.

Al lado de los cántaros estaba el gran escaño de cuarterones. Mi madre tuvo la buena idea de ponerle una colchoneta y como estaba tan blanda me encantaba acurrucarme en él. Me quedaba un poco lejos de la lumbre porque junto al escaño ponían un gran tronco de encina , el *arrimadero*. Hacia el otro lado y, sobre él, ponían la leña menuda. Encendido y con unos buenos golpes de *badil*, caían unas brasas enormes, chisporroteantes.

La lumbre palpitaba de vida , rodeada de pucheros de barro, con el cocido, la verdura, otro pequeño que contenía el agua caliente para añadir, la sartén de tres patas y de esbelto rabo. Casi siempre, con un tocino frito muy pasado, o con pimientos fritos que llenaban de un olor característico toda la casa.

En la dehesa almorzábamos, ya sopas de leche en cazuelas de barro , ya tocino frito que poníamos en el pan y estrujábamos con otros trocitos de pan cortados con la navaja.

En verano y otoño, los pimientos fritos con tomate, animaban el almuerzo. Aunque en ocasiones picaban, los resistíamos bien. Sólo si el picor era excesivo, vencidas, se los pasábamos a mi padre. A él le encantaban, aunque le daban hipo o le hacían sudar .

La lumbre era esencial para nosotros cuando por la mañana temprano nos levantábamos y salíamos corriendo a calentarnos en la cocina. Nos acomodábamos, en unas sillas bajas, y poníamos los pies en los morillos. Otras veces, nos sentábamos en ellos directamente, para calentarnos la espalda.

Mi padre al amanecer encendía la lumbre y al levantarse mi madre un poco más tarde, ya chisporroteaba la hoguera. Nosotras cogimos la costumbre de madrugar como ellos: a las ocho de la mañana, todo lo más, ya estábamos en planta.

Seguíamos el ritmo de la naturaleza. Nos acostábamos pronto y nos levantábamos temprano.

Junto a la lumbre estudiábamos las lecciones cuando íbamos a la escuela a Cabañas. Al principio, a la luz del candil de petróleo o de aceite, que había que colocar en el interior de la campana de la chimenea para que saliera el humo. Así y todo la nariz se nos ponía negra por dentro. Luego, apareció el carburo con luz más clara. Había que prepararlo bien, con el agua precisa para que no explotara. Nunca me resultó simpático; me producía algo de miedo. Creo que me asustaba aquella respiración estruendosa para soltar el exceso de gas acumulado.

Aún hoy miro con cariño los candiles, faroles, carburos... He formado una pequeña colección que ahora me evoca estas vivencias de infancia.

En el invierno, metíamos uno de los bancos del portal en la cocina y lo poníamos contra la pared de la derecha. La camilla, delante de él se revestía de faldillas que mi madre hacía de paño con cuatro aberturas. Se cubría con un hule con el mapa de España. Las faldillas nos servían para taparnos las piernas. Las brasas, recién cogidas de la lumbre y echadas en el brasero, nos abrasaban las piernas y nos salían *cabras*.

La camilla era el centro de reunión de la familia, sobre todo por la noche. Cada uno tenía su sitio. Mi padre, en la banca. Mi madre, a la derecha de mi padre, en una silla de espaldas a la ventana. Mi hermana, mucho más fuerte que yo, a la izquierda, en el sitio más frío. Enfrente de mi padre, recibiendo el calor de la lumbre en la espalda, estaba yo que siempre andaba acatarrada. La puerta no se podía cerrar porque se hacía humo.

Tras nacer mi hermano cambió esta colocación. Claro que en esa época nosotras nos fuimos a estudiar a Zamora.

Alrededor de la camilla comíamos. Mi padre se quedaba dormido un poco sobre ella. Se levantaba tan temprano, y andaba tanto, que necesitaba un poco de descanso. No dormía más de media hora y enseguida salía de nuevo a '*dar vuelta*' por la dehesa y a poner a la gente '*en el corte*'.

Al anochecer, hacíamos merienda-cena. Para empezar comíamos los tomates y las guindillas en vinagre: haciendo un agujero en el pan le poníamos aceite y sal... Todos estos sabores fuertes abrían el apetito. El buen chorizo de la matanza, la tortilla de patatas con mucha cebolla, las agujas en escabeche, los conejos escabechados, las aceitunas negras con cebolla... En invierno, los fréjoles pintos con arroz, lentamente cocidos en puchero de barro, reconfortaban el estómago.

Después de cenar, en las noches de invierno sobre todo, jugábamos a las cartas: a la brisca, a las siete y media, al julepe, al tute; años más tarde a las damas y al dominó. La costumbre de jugar en familia aún continúa. A pesar de sus 87 años mi padre jugaba al dominó todos los días con mi madre, mi tía y con los nietos cuando venían.

A menudo, en nuestra infancia, mi padre nos contaba cuentos. Como no había ni radio, ni televisión fomentaba con ellos nuestra memoria, nuestra fantasía y, en ocasiones, nuestra malicia. Nos entretenía hasta que nos quedábamos dormidas mientras los escuchábamos. Pasados los años se los contó a los nietos, haciendo las delicias de los chiquitines.

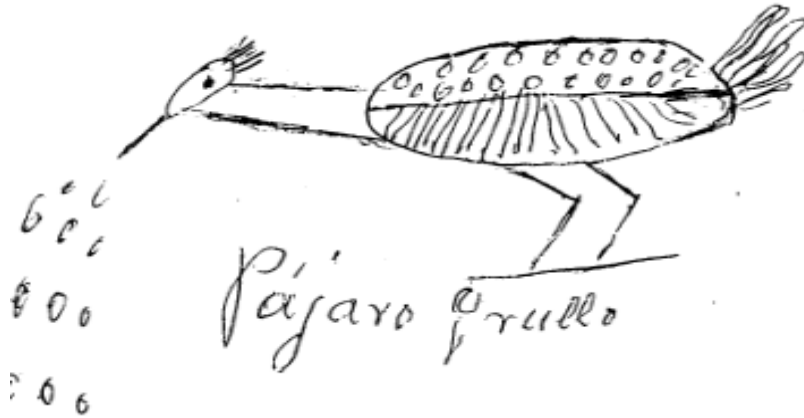
Cuentos como '*El del gallo quirico*' o '*El de la mariposita*' o el del "*Tragamasas*" que transcribo al final del libro y con los que nos reíamos un rato y aprendíamos a ser cautos al contestar. Como ejemplo vaya ahora solamente '*El del pájaro grullo*',

Era un padre que tenía dos hijos. Como propiedad tenía una tierra que dejó en testamento a sus dos hijos. Al morir el padre, los hijos la heredaron, pero no se pusieron de acuerdo en el reparto y riñeron y la partieron por la mitad. Uno la sembró de viña y, el otro, la sembró de trigo. Resultó que la gente entraba a comer las uvas y pasaban por la parte de atrás de la tierra del otro. Entonces decidieron poner unos zarzales en uno de los extremos de la tierra -la cola del pájaro-

Más abajo pasaba un camino y cada uno hizo una desviación para entrar a las tierras -las patas del pájaro-

Quedaba una parte de la tierra sin vigilar que era donde el padre tenía una caseta para el guarda. Hicieron un camino cada uno para llegar a la caseta, donde en un lateral había también unas zarzas. Al salir de la caseta, tenían que coger el único camino que había -el pico- y como eran dos -las personas- contra uno -el camino- se volvió el pájaro grullo.

Nos encantaba que nos contara el cuento mientras dibujaba y nos mantenía atentos hasta el final.



Algunos de estos cuentos se llamaban *de plantar*. También pasaba lo mismo con las adivinanzas.

" ¿ *Qué será que no será, que tiene cuernos como un buey, patas como un buey, orejas como un buey, y rabo como un buey y no es un buey? Enseguida decíamos: ¡La vaca!. Con risa nos contestaba: ¡Pues álzale el rabo y bésale en la caca!. "*

Sabía infinidad de acertijos y entre los *de plantar* están los que siguen: "*Cada gato mira a tres. ¿Cuánta gatería es? "* Al responder: "*¡Cuatro!. "* Te decía: "*¡Le besas el culo al gato! "*

" *Largo, largo como una soga y tiene los dientes como una loba "*. Al contestar: "*¡La zarza! "* Te respondía: "*¡En el culo te nazca! "*

'*Acertijo, acertaja, ¿quien puso el huevo en la paja?: ¡La gallina!. Cagajón para ti y para quien tanto adivina!. "*

Normalmente no acabábamos de escuchar el cuento entero. Con las repeticiones que alargaba voluntariamente, nos quedábamos dormidas y nos llevaban a la cama tan felices.

Esos cuentos de las noches de invierno, no han podido ser eclipsados, y permanecen en nuestras mentes, como manifestación de la amplia cultura popular, del deseo de hacer la vida agradable a los demás con la risa contagiosa.

También, mientras cenábamos o en la sobremesa, solía comunicarnos todos los pormenores acaecidos en la dehesa, si no había tenido tiempo de hacerlo a lo largo del día. Nos decía: "*¡Os voy a contar un breve!*". Era alguna pequeña noticia curiosa, de alguien o de algo, que le habían contado los criados, los pastores y, sobre todo, los de la *corta*.

Así llegaba a la cocina, al anochecer, el mundo exterior . Creo recordar que *la corta* se hacía de Enero a Mayo. Los cortadores y los compradores de leña se reunían a preparar un cigarro, tirando de librito y cuarterón. Fumaban al calor de la lumbre y, al mismo tiempo, que se templaban un poco los pies, se contaban los breves, las noticias. ..Mi padre que leía el periódico y estaba más al corriente de los acontecimientos, les daba las novedades. También les contaba cuentos y chascarrillos ya que

pensaba que nada hay mejor que el buen humor y la risa, para rendir en cualquier cosa que se emprenda . Así , relajados, trabajaban con más ganas y alegría en una labor tan dura.

Yo iba pocas veces con él a la corta. El golpeteo de las *machetas*, sobre las ramas, tenía su ritmo. Saltaban astillas blanquecinas cuando igualaban los cortes. Mi padre quería un trabajo bien hecho, mimaba las encinas. Las ramas grandes caían con un ruido seco, dejando al descubierto el moho y los líquenes de las partes expuestas al Norte.

La encina quedaba, con sus cuatro ramas airosas, respirando a pleno pulmón, mientras que su inmensa melena que la asfixiaba, la rodeaba en el suelo, esperando el momento del *retazo*.

La leña de *desmoche* se vendía fácilmente. La de *retazo* la compraban las gentes que venían de los pueblos: sobre todo los panaderos.

El canutillo se vendía a los carboneros de Zamora. Bien se la llevaban en camiones turbando la tranquilidad del campo con aquellos monstruos ruidosos y humeantes, o bien la hacían carbón en la misma dehesa.

¡Cómo me gustaba ir a las carboneras con mi padre! .El era un experto en la materia.

Apenas se distinguía el chozo de los conos humeantes. El chozo era una maravilla de limpieza y orden. La lumbre en el centro, los camastros alrededor. Los tajos para sentarse, recién hechos de las ramas, tenían unas patas adecuadas para mantener el equilibrio. Los pocos útiles de cocina estaban colgados del techo. ¡Cómo brillaban las sartenes frotadas con arena! Allí vivían los carboneros con sus familias siempre tan limpias y aseadas, con cara de felicidad. Al vivir tan aislados agradecían nuestra visita especialmente la de mi madre.

Yo prefería estar cerca de mi padre, oyendo las explicaciones de como se iba dando el carbón. Me asustaba un poco ver como subían por las pequeñas escaleras, adosadas a la pared de la carbonera, para ver el tiro, echar tierra si el fuego se había ido hacia un lado o *encalcar* pisando algún lado sospechoso de tener alguna grieta. Miedo aumentado cuando mi padre les decía: "¡hay que tener mucha precaución! .El hijo de fulano -casi todos los carboneros de la zona se conocían- se hundió en la carbonera mientras encalcaba y, cuando lo sacaron, ya estaba abrasado."

Yo los admiraba, tan serenos, tan atentos a cualquier respiración extraña de la carbonera. Aquella vida al aire libre, al lado del chozo, en plena naturaleza, me encantaba.

Tenían nombres curiosos: '*el tío Tararo*', '*el tío Pigorro*'- '*Los Cantares*' ...

Me causaba admiración ver como mi padre calculaba la cantidad de arrobas de leña que daba cada encina, la cantidad de kilos de carbón que daba una carbonera, la totalidad de kilos de una corta cuando se la vendían por alto a los carboneros.

También junto a la lumbre, en la cocina, mi padre nos enseñaba a bailar, tocando contra una botella o dando con la llave sobre el artístico y pesado badil de hierro que había hecho mi abuelo. Primero aprendíamos a bailar '*las alforjas*', cuando éramos pequeñas. Nos poníamos formando corro con mi padre, o mi hermana y yo solas, una frente a la otra. Bailábamos con los brazos en alto, moviéndonos hacia los lados. Cantábamos y bailábamos al ritmo de la música.

*Las alforjas, las alforjas,
unas largas y otras cortas.*

*Unas son para la yegua
y otras son para la potra.*

estribillo

*Mi marido las alforjas.
las alforjas, las alforjas
unas largas y otras cortas.*

Nos cogíamos la falda con las manos cuando llegábamos al estribillo y saltábamos, abriendo y cerrando las piernas, hasta que nos cansábamos repitiendo un par de veces el estribillo. La música era pegadiza.

Más tarde aprendimos a bailar la jota. Mi padre tenía un gran sentido del ritmo. Levantábamos los brazos con movimientos acompasados. Movíamos las piernas al compás, al son de la música que mi padre cantaba con el acompañamiento del badil y de la llave que creaban la melodía. Había una parte más lenta y luego el *menudillo* que era muy rápido. Recuerdo algunos trozos de las canciones que nos hacían más gracia, sobre todo *el menudillo* de la siguiente.

*A la montaraza
la ha cogido el toro
le ha metido el asta
por debajo del moño*

*A la montaraza
la ha vuelto a pillar
le ha metido el asta
por el delantal*

Otra que recuerdo como primera parte de la jota era:

*Dicen que no nos queremos
porque no nos visitamos
las visitas son de noche
para los enamorados.*

Sabía muchísimas canciones de todas las procedencias.

A veces bailábamos" agarrados. Recuerdo una letra, medio gallega, creo yo. Más o menos era así:

*Bailache Carolina,
Bailé, si señor
Dime con quien bailache
bailé con miño amor
Bailache, bailache, bailache bailé
el ama del cura, bailó con el juez
bailó con el juez,
dejó de bailar
bailó con el cura
y el guarda rural.*

Luego se repetía la primera parte. Mi padre bailaba con nosotras, luego mi hermana y yo agarradas, con las manos derechas entrelazadas que movíamos de arriba a abajo, mientras nos desplazábamos moviendo los pies al son de la música

Mi madre se reía con las letras que, como *la de la montaraza*, le parecía que hacía referencia a ella. Disfrutaba mirándonos mientras hilaba cerca de la lumbre, con su huso rústico hecho por mi tío Andrés, hermano de mi padre, y hombre muy habilidoso.

Entre baile y baile yo miraba como mi madre no permanecía ociosa. La lana, *escarmenada* primorosamente por ella, colgaba de una gran punta clavada en el reborde de la chimenea. El huso bailaba sin cesar con el impulso dado por sus dedos. Era todo un arte hacer el hilo tan fino, envolverlo haciendo cuadraditos transversales, meter bien la lana en la muesca para que al impulsarlo con los dedos no se cayera. Una vez hecha la mazorca la sacaba y la unía a otra, para torcerlas las dos juntas. Era un toque distinto el que había que darle, frotándolo rápidamente entre las dos manos, lo soltaba y con una sujetaba la lana en alto para que se torciera. Yo admiraba ese trabajo tan bien hecho.

..

En el extremo de la banca estaba la *bachilla*: gran cesta de mimbre con dos asas llena de telas, lanas. ..El costurero con el acerico para las agujas, el dedal, los hilos y los útiles de la costura. Todo un mundo...

Aquella esquina, situada entre la lumbre y la banca, al lado de la ventana, era el mundo de mi madre. Había un par de sillas bajas y allí se sentaba a coser y a tejer.

Cuando no hilaba, tejía la lana. Nos hacía calcetines que quedaban finísimos y ¡tan cálidos! Tanto que yo, en las noches de invierno, me los ponía incluso para meterme en la cama ¡Estaba tan fría! .En ocasiones, nos hacía jerseys preciosos muy bien confeccionados con artísticos calados y muy variados. Los teñía en casa, y no era nada fácil conseguir el color deseado. Las papeletas de '*tintes Wiki*' estaban siempre en reserva, para ser utilizadas.

Nos tejía, incluso, refajos. Los poníamos en el invierno debajo de los vestidos, daban calor y ,como eran muy finos, no abultaban demasiado. Nos confeccionaba también los vestidos, la ropa interior... Incluso la de mi padre, no solo las camisas sino también los pantalones, chaquetas y hasta los abrigos. Deshacía uno viejo y ,por él, hacía el nuevo. Al principio, lo cosía todo a mano. ¡Qué alegría cuando llegó mi tío Manuel con el carro, desde Santa Eulalia, para traerle una máquina tan bonita, con la marca Wertheim en el centro, con las finas pinturas doradas. Su llegada fue un acontecimiento. Al verla tan esbelta y distinguida me pareció la mejor máquina del mundo. Sin embargo para mí resultó inaccesible; nunca pude aprender a coser en ella: por más que quería darle para delante, la rueda se me iba para atrás, y no conseguí jamás dominarla.

Los adelantos llegaron también para el hilado. Alguien le hizo una máquina de hilar, que se colocaba en la cabeza de la máquina de coser. No me gustaba nada, hacía ruido, rompía el valor artesanal de unas manos, y el silencio del hogar.

La cocina era el verdadero hogar, dónde se desarrollaba la vida diaria de la familia. Su ventana era el ojo abierto al mundo. Mi madre salía poco de casa y, por ella, veía pasar a la gente. Me gustaba acodarme en el alféizar: mirar las gallinas que picoteaban la hierba, los pájaros que venían a comer algún mendrugo, el perro que si no iba con mi padre se ponía en guardia cuando venía alguien, los bueyes que pastaban en el cercado delante de la casa que llamábamos '*la era*', los carros cargados de mies en la época del verano, las ovejas que venían a comer la hierba alrededor de la casa. ...¡Qué manía tenían los pastores en venir a comernos esta hierba que era para las gallinas! Los corderos, a veces, nos pisaban la ropa que mi madre había tendido al sol. La vida de la dehesa entraba por aquella ventana hacia la cocina.

Todo cambió cuando fuimos a la escuela. Por las noches, teníamos que hacer los deberes a la luz del candil. Los alegres momentos de cante y baile desaparecieron y fueron sustituidos por otro cante: el de la tabla: el dos por dos, cuatro... ; el de la repetición del catecismo en voz alta y ,si quedábamos en silencio es porque hacíamos las cuentas y aprendíamos las lecciones.

Los bonitos cuentos de las noches de invierno, no han podido ser eclipsados, y permanecen en nuestras mentes, como dedicación de un padre a sus hijos, como manifestación de su amplia cultura popular, sus deseos de hacer la vida agradable a los demás con su risa contagiosa.

Al fondo de la cocina estaba la puerta de la despensa. No era muy bonita esta despensa: con una ventanuca minúscula al fondo daba al corral. No tenía cristal y permanecía mucho tiempo abierta, para ventilar las provisiones y, sobre todo, en la época de la matanza para que se orearan los chorizos. Mi madre le había puesto una alambra, para que no entraran los gatos. Se cerraba con una punta clavada en el marco, doblada pasaba por encima de la pequeña contraventana.

Allí se guardaba todo. En los *vasales* hechos por mi madre rústicamente de ladrillos y cemento, blanqueados con cal y adornados con papeles cortados por ella haciendo una especie de encaje, estaban los pucheros de barro y de porcelana roja. Los había preciosos: chiquititos que servían para calentar el agua que había que añadir a los garbanzos, grandes panzudos para hacer el cocido, de dos asas para conservar el lomo, chorizo y costillas en manteca.

Los platos de porcelana haciendo torre: hondos, planos; fuentes de todo tipo. La botija del aceite tan esbelta. ¡Cuántas cosas llenas de vida!

Abajo, en el último *vasal* o en el suelo, estaban las latas de la manteca. Se introducía una cuchara por la gran boca redonda y sacábamos la manteca para guisar y hacer los dulces, tan blanca que daba gusto cogerla. Se guisaba casi todo con ella. El aceite se utilizaba, más bien, para la compostura de las ensaladas. Al lado estaba el *cañadón*, que servía para ordeñar en él.

No era nada fácil fregar en aquella despensa. Al principio como no existía un fregadero había que arrodillarse en el suelo, delante de una *herrada* o del gran baño de barro. Luego, mi madre construyó uno, adosado a la pared, con dos partes: para fregar y escurrir. Desde entonces todo resultó mucho más cómodo.

Las tapaderas estaban colgadas en una cuerda, que sujeta por dos puntas, permitía que quedaran presas por las asas sin caerse. ¡Oh las sartenes! Había que frotarlas con arena, para que quedaran bien limpias. La buscábamos siempre muy finita y, con un estropajo de lía, mi madre frotaba fuer-

temente. Si estaban muy quemadas, les daba con una piedra arenosa y conseguía que brillaran. Iban colgadas en la pared, como en una exposición.

¡En una despensa de tres metros por tres resultaba casi milagroso que cupieran tantas cosas! : el saco de las patatas, talegos o pequeños sacos con alubias, fréjoles con pintitas marrones, lentejas, el saco de los garbanzos; *cochura* para todo el año. Un gran cajón con el tocino metido en sal que se conservaba sin añejarse, base del cocido y del almuerzo.

En la parte de atrás de la despensa y, como a medio metro del techo, colgaba una tabla con botas, y zapatos más o menos nuevos. Me encantaba ver unas *galochas* pequeñas de mi hermana. Unas *chancas* compradas ante nuestra tozudez al ver que las llevaban las demás chicas a la escuela, nos hicieron tanto daño que no pudimos aguantarlas. Fueron sustituidas por unos botines preciosos que se abotonaban con una carrera de botones hacia un lado.

El garfio de madera colgaba del techo casi en el centro de la despensa. Cuántas cosas se colgaban de él: la preciosa romana hecha por mi abuelo. Era una joya; belleza y precisión estaban unidas. La barra bien marcada con los kilos y los gramos, por un lado, las libras y las onzas, por el otro. Los ganchos bien rematados y al fondo de las cadenas el plato profundo, de forma cóncava. Otras veces, se la colgaba en una gran punta, cerca de la puerta.

La despensa era un pequeño mundo. Al entrar, a la izquierda, estaba el palanganero, donde nos lavábamos. ¡Qué helada el agua que cogíamos de la tinaja con el *caneco* y echábamos en la palanganera!, En invierno, se nos ponían las manos tan coloradas del agua fría, que teníamos que ir a calentarlas a la lumbre.

Parecía increíble que en sitio tan reducido se curara toda la matanza. De unos *vara/es* colgados del techo pendían los chorizos: los buenos, los de *boches*, los de vaca. Había que vigilarlos bien, para que no se estropearan. Si el tiempo venía húmedo y se llenaban de moho era necesario limpiarlos y abrir la ventana para que se ventilaran. Las costillas, las papadas y las cintas adobadas se colgaban en la cocina en un varal, al lado de las morcillas.

En resumen, nuestra despensa era el gran vientre de la familia.

Al portal daban las puertas de los dos dormitorios, el de mis padres y el nuestro, de mi hermana y mío, luego más tarde, también el de mi hermano.

El de mis padres tenía una ventana que daba a la fachada principal. Una de las contraventanas quedaba un poco abierta por la noche y servía de reloj a mi padre. Según las estrellas o la claridad sabía la hora que era. Nunca utilizó despertador .

La gran cama antigua, de remates dorados, impecables, estuvo primero al lado de la ventana, luego al fondo de la habitación. La alta mesilla al lado. ¡ Cuántas cosas cabían en el gran baúl! .Me encantaba ver todo lo que había en él cuando mi madre lo ordenaba. Más tarde, fue un poco liberado de su carga, por una bonita cómoda heredada de casa de mis abuelos y, por otra, comprada a mi tía Elvira, cuando ésta se arruinó.

Mi madre nos animaba a participar en la decoración de la casa: nos enseñaba a bordar, a coser, a hacer ganchillo. Un verano hicimos unos estores bordados para la ventana del dormitorio de mis padres y, otros, para nuestra habitación.

Con el tiempo la gran habitación de mis padres se metamorfoseó un poco. Construyeron una alcoba para resguardar la cama y un gran armario empotrado. La parte de la habitación que tenía la ventana pasó a ser un conato de comedor con su mesa, sillas y *trincherero*.

Nuestra habitación era heladora. La ventana, orientada a poniente, tenía unas maderas sólidas pintadas de verde, que no ajustaban muy bien. Daba para el corral. Por ella nos entraban los ruidos de las cabras, de las gallinas, de los carros que muy de mañana nos despertaban.

Para adornarla colocábamos unos tiestos con geranios. Mi madre nos los protegía con una alambrera, porque las cabras estaban siempre intentando comérselos. Recuerdo el ruido especial del pestillo de la ventana, rudimentario, pero con su encanto.

Una gran cama de hierro con dorados en la parte alta, ocupaba una esquina del fondo. Tan alta que costaba trabajo subirse a ella, pero resultaba estupenda para evitar la humedad y el frío del suelo. Yo me acurrucaba en el colchón de lana bien mullido y me perdía entre las mantas en invierno. Mantas de lana de Palencia. Teníamos una también hecha en Sayago, más rústica, comprada en la feria de San Martín en Peñausende junto a unas alforjas. La llamábamos *'el berrendo'*. Daba mucho calor, pero pesaba tanto que no podíamos rebullir.

Para entrar en calor nos tapábamos cabeza y todo. Aunque llevábamos a la cama una tapadera grande de Pereruela, muy caliente para poner los pies, el frío era tan intenso que resultaba insuficiente. Muchas veces, nos acostábamos con calcetines, para mantener los pies calientes. ¡Cualquiera se desvestía completamente con cero grados en la habitación durante el invierno!

La cama de madera que compraron después me parecía preciosa, más bajita; ocupaba el otro lado de la habitación. Primero la ocupó mi tío Secundino, hermano pequeño y ahijado de mi madre, casi del tiempo de mi hermana, que pasaba temporadas con nosotros en la dehesa. Luego, fue para mi hermano, seis años más pequeño que yo.

La gran mesilla entre las dos camas con la palmatoria y su vela (no teníamos luz eléctrica), nos hacía compañía. A menudo sobre la mesilla un vasito con miel y una cucharilla. Yo cogía muchos catarros y, cuando tosía de noche, chupaba un poco de miel y se me pasaba la tos. En la parte de abajo de la mesilla estaba el orinal. Carecíamos de cuarto de baño y con el frío que hacía en invierno no se podía salir a la calle. A la mañana había que tirar los orines y frotar el orinal con un estropajo de lía y arena, para que no dejase olor. En el verano se estaba mejor, aunque los mosquitos atacaban en cuanto nos acostábamos. Escuchábamos el sonido silbante, esperábamos que se posaran en la cara o brazos, y de un manotazo, intentábamos espachurrarlos. No siempre lo conseguíamos, volvíamos a escucharlos y, con la expectativa, no podíamos dormir. Terminábamos por levantarnos, ir a buscar la escoba ya escobazo limpio matarlos, dejando a veces manchas en la pared cuando les atizábamos bien.

Pasado el tiempo, mi madre nos compró un lavabo y un armario, que dieron categoría y modernidad a la habitación.

El suelo era de cemento fino, verdoso, todo liso, gastado en algunos sitios y brillante en otros. Se le veía mucho el polvo y había que fregarlo con frecuencia. La puerta de cuarterones alargados, casi siempre arrastraba, produciendo un desagradable chirriar. No se podían poner los pies descalzos en el cemento helado por lo que, guiadas por mi madre, hicimos una alfombra a punto de cruz en una

tela de saco. Elegimos una bonita cenefa, para bordar alrededor con colores vivos. En el centro una aplicación muy vistosa Y, para darle consistencia, por la parte de atrás, se le ponía una capa de engrudo, se dejaba secar y quedaba tan tiesa.

Mi tío Secundino participaba también en nuestros juegos y acompañaba a mi padre *a dar vuelta* por la dehesa. Él, junto con mi hermana, provocaron involuntariamente uno de mis dramas infantiles: Nos encantaba jugar con las muñecas. Nosotras mismas o ayudadas por mi madre, las confeccionábamos con trapos viejos. Las hacíamos con cariño y le dedicábamos nuestra ternura. Mi madre un día me ayudó a hacer una muñeca preciosa. Le puso un pelo de lana, con raya en medio y coletas. Le bordó los ojos y la boca. Parecía que tenía expresión y vida. El vestido era de un percal granate con rayitas blancas, fruncido en el talle. Para que pudiera mantenerse en pie cuando jugábamos a las casas, le había colocado en el interior un palo en forma de trípode. ¡Estaba yo orgullosa de mi muñeca!

Mi tío y mi hermana jugaban en la entrada de la cochera. Cortaban de las jaras una especie de horquillas, y eran las vacas, grandes, pequeñas, con cuernos mayores y menores. Arrancaban el junco de las *gamonetas* que terminaban en un pedúnculo, y eran los caballos. Yo me acerqué por allí a ver lo que estaban haciendo. Mi tío me dijo: "¡no te acerques que te '*muso*' la muñeca con una vaca!". Yo no le hice caso. Entre mi hermana y él, me cogieron la muñeca, hicieron como que la corneara una vaca y la mataba. En medio de mis llantos, me la enterraron en un montículo de ceniza, cerca de la leñera y se quedaron tan satisfechos. Yo fui llorando a lágrima viva a donde estaba mi madre, se lo conté y fue conmigo a desenterrarla, pero la muñeca no estaba allí ni nunca más apareció. Ellos juraron y perjuraron que no la habían sacado, y yo me quedé sin mi querida muñeca. Siempre la eché de menos, no tuve otras en mi infancia. Pasados muchos años, un día de Reyes, mi hermana me regaló una preciosa en recuerdo de aquella que tanto lloré y tanto añoré. La conservo todavía a pesar de que, al verla, evoco aquellos momentos de tristeza. Ni mi tío ni mi hermana pudieron imaginar el daño que estaban causando.

En el exterior de la casa había a un lado y otro de la puerta dos poyos de piedra en los que daba gusto sentarse en los atardeceres del verano, a tomar el fresco y charlar. Nuestros enemigos eran los mosquitos que se refugiaban durante el día entre las plantas. Como nos encantaban las flores, además de los geranios de las ventanas, hicimos a un lado y otro de la puerta un pequeño jardín. Poníamos rosales, dondiegos, lilas, alhelies, etc. ...Había que protegerlos de las gallinas y, sobre todo de las cabras, que si nos descuidábamos hacían de las suyas. Más tarde salieron unos árboles, un manzano y un ciruelo; crecieron mucho y dieron sombra a la ventana de la habitación de mis padres.

Esta fachada principal servía de reloj a mis padres: era admirable lo bien que calculaban la hora a través del sol: miraban la proyección de la sombra de las tejas sobre ella y decían: "Por el sol son las once, las doce, ya es la hora de comer." En el campo se comía a las doce, hora solar, y a la una, hora oficial.

Capítulo Tercero



La vida de la dehesa se desarrollaba teniendo nuestra casa como eje. Al amanecer, en la época de la corta de la leña, ya estaba la gente de los pueblos con los carros, esperando a mi padre para que les fuera a *marcar un trozo* y cargar. Algunos entraban a calentarse en la enorme lumbre ya encendida.

La corta se hacía en el invierno. Mi padre los mandaba pasar porque venían cubiertos de *cencañada* si había niebla, mojados si llovía, y helados por las bajas temperaturas de los inviernos castellanos. Hablaban, se reían y despertaban a la familia. No nos molestaba e intentábamos conocer las distintas voces de los clientes asiduos de las cortas. Mi padre casi siempre los acompañaba, otras veces, si él no podía ir; Antonio el Lagumán se encargaba de vigilar para que no cogieran solamente la leña buena y dejaran la mala.

Cuando regresaban con los carros ya cargados pasaban de nuevo por casa para pagar. Los había ansiosos que querían coger toda la leña gorda y la colocaban en el centro para que mi padre no la viera y les cobrara menos. Se necesitaba una habilidad especial para cargar aquellos enormes carros sin que cayera ninguna rama. Mi padre conocía la psicología de cada uno. Hombre justo, cobraba honradamente y todos se iban contentos.

Este movimiento de gente en la época de la corta daba vida a la dehesa. Si mi padre tardaba en venir era que algún carro muy cargado se había atascado al pasar alguna nava, cargadas de agua en el invierno. Se necesitaba una gran habilidad para poder sacarlos.

Cuando la corta terminaba unos venían a barrer hojarascas para la lumbre, otros a arrancar jaras para el horno o para las tejas. Mi padre siempre tenía clientes fijos. Entre todos me acuerdo en especial de uno: el Sr. Rachao de San Marcial que siempre nos traía algo: una cesta de uvas bien escogidas, unos pimientos, una garrafa de vino; incluso cuando ya no arrancaba jara seguía viniendo con algún detalle en señal de amistad. Unos y otros nos daban noticias de sus vidas y así nos hacían partícipes de la vida de su familia.

También venían las barreras. Eran señoras ya mayores, o al menos a mí me lo parecían, vestidas con un pañuelo y saya, que llegaban desde San Marcial a buscar barro blanco. Alguna vez, aparecía una de ellas acompañada por su marido que era ciego.

Los pobres burros, cansinos por la edad, apenas podían con la carga de dos o tres sacos de barro, que luego llevaban a vender por los pueblos.

Cuando venían las *barreras* mi padre iba a dar una vuelta por el *barrero*, lloviera o nevara, hiciera frío o calor, por si les pasaba algo y para cobrarles una peseta por la carga, aunque, si podían, se iban sin pagar.

El barrero se hallaba en la zona de Valverde, cerca de la caseta del pastor, en un montículo pedregoso. Tenían que cavar en profundidad y machacar los terrones en una piedra lisa antes de meterlo en los sacos. Era un barro muy blanco y con muchos espejuelos -la mica- que se adhería muy bien a la pared. Te podías aproximar y no te manchaba. Aún quedan como restos, de cuando el barrero tenía vida, grandes hoyos en aquel testero que se van rellenando y cubriendo de jaras.

En las casas quedan, como huella del encalado, las cestas de barro de Pererueta, donde se mezclaba el barro con agua, y el encalador de *piñerina* con el que se daba a las paredes.

La *piñerina* también se cogía en la dehesa. Había navas que se recubrían de ella. Creo recordar, que era por la época de la siega, cuando íbamos a buscarla. La gente de los pueblos vecinos también acudía y, al mismo tiempo que la *piñerina*, llevaban *baleo* que arrancaban entre las jaras y les servía para hacer escobas para barrer. Se les veía marchar, con los haces al hombro o a la cabeza, hacia sus casas.

La *piñerina* era tan fina que daba gusto que te tocara en las piernas, incluso nos revolcábamos en ella. Había que buscarla bien alta para que saliera un buen *lisopo* para encalar, también se llamaba el encalador.

Era todo un arte el hacerlos y con ellos se encalaban todas las paredes de la casa : quedaban limpias y brillantes por los espejuelos.

Por la mañana temprano, bien a pie o en bicicleta, llegaban los albañiles. En la dehesa siempre había algún trabajo de albañilería que hacer. Alguna caseta nueva para los pastores, agrandar las panneras, las pocilgas. ..Recorrer los tejados para quitar las goteras, dar plano a las paredes de las casas cuando se desconchaban... Hacer tapias nuevas o arreglar portillos, para que no se saliera el ganado de los cercados. ..Mi padre les repartía el trabajo y daba una vuelta por donde trabajaban, charlaba con ellos, vigilaba sin darles la impresión de encontrarse vigilados. La mayoría eran de la misma familia. Venían de San Marcial, pueblo a siete Krns. de la dehesa, hacia Zamora. El más importante me parecía el Sr. Félix. Mi hermana y yo lo observábamos cuando daba el plano con la paleta, alisaba con la llana o, a veces, con la mano. Siempre cantaba la misma canción:

*Si los pastos conversaran
esta pampa te diría
De que modo la quería
con que pasión la adoré...*

Tango que cantaba a lo largo del día mientras trabajaba. A nosotras se nos quedó en la cabeza lo de los pastos, y cuando mi madre preparaba cemento o alguna envuelta para construir pequeñas cosas o tapar ratoneras, le decíamos: "¿Vas a hacer los pastos?", como sinónimo de "¿Vas a hacer de albañil?"

También recuerdo al Sr. Marcelino, bajito y más hablador que solía traer a su hijo Lorenzo, mocetón alto y fuerte, que luego fue herrero y trabajó para la dehesa.

El más viejecito era el Sr. Tomás que trabajaba como peón. Tenía una perra preciosa, ratonera; se llamaba *La Chupaila*. Ligerera por el hambre, daba unos saltos enormes para atrapar un trozo de pan que el Sr. Tomás cortaba con su navaja gallega del rescaño que sostenía en la mano con un trocito

de tocino. En épocas de más trabajo venía también Enrique Picachón: un hospiciano que resultó ser hijo de una marquesa, según le dijeron.

Todos ellos comían en la gran cocina de mi casa. No se sentaban a la mesa, se ponían al lado del escaño, sentados en las sillas bajas. Situaban la fiambreira o la cazuela en el suelo. La navaja le servía para pinchar y cortar al mismo tiempo. Solía ser un plato único y poco abundante, estábamos en la postguerra. El suelo lo sembraban de manchas, pero mis padres no decían nunca nada y los acogían con afecto. Mi madre les atendía el puchero cuando traían cocido, que era normalmente de garbanzos y tocino, lentejas con tocino y, raras veces, chorizo. Algún pisto de bacalao que tenía muy buen aspecto. En otoño, sobre todo, eran los pimientos fritos con tocino frito también. El tocino era siempre la *ración*. Sólo en las matanzas cambiaban un poco de comida: traían costillas, chorizo tierno, tocino de papada adobado... Todo ello muy frito: así cogían energías para seguir trabajando.

Era un extraordinario para ellos tener “*jalú*” como decía mi padre recordando quizás sus años en África.

En la dehesa había muchos cerdos. Cuando se morían, los preparaban, los partían por la mitad, los salaban y los vendían a bajo precio a los albañiles, al aperador para los criados o para los segadores en el verano. Ellos decían: “¡Hoy tenemos ‘*jalú*!’” En esa época de penuria se celebraba con entusiasmo cualquier extraordinario.

Por su alegría y vivacidad la compañía de los albañiles nos parecía a todos muy grata.

Al servicio de la dehesa trabajaban también el Sr. Natalio y Antonio, su hermano que llegaban los lunes por la mañana. Los llamaban ‘*Los Lagumanes*’. Venían de Peñausende, pueblo a siete Kms. de la dehesa, hacia Ledesma. ¡Qué diferentes eran! El Sr. Natalio, ya casado, era serio, callado. Nos daba pocas confianzas. Su mujer, la señora Candelas, me parecía muy guapa. De piel muy blanca, rasgos finos y el pelo rizado que peinaba bien tirante hacia el moño recogido en la nuca. Bajaba a vernos, si había alguien enfermo o algún motivo especial de alegría o desgracia, Siempre nos invitaban a la fiesta de Peñausende, San Martín. Alguna vez fuimos, llevadas por la curiosidad de conocerla.

Mi hermana y yo habíamos observado que ese día de Noviembre mucha gente pasaba hacia Peñausende por la mañana. Allí compraban mantas, alforjas, calcetines. ..todo de pura lana, hecho de manera artesanal. Mercaban también ropa a medio uso, ropa vieja. ..Para nosotras lo más importante es que vendían castañas que no teníamos en la dehesa.

Un año, mi hermana y yo, ansiosas de probarlas, nos encaramamos en una encina de espeso follaje y apelando al buen corazón de quienes regresaban de la fiesta implorábamos: “Buena gente, ¿nos dan unas castañas?”. Nadie se paró a darnos ninguna y retornamos a casa tan desilusionadas. ..

Tiempo después mis padres descubrieron nuestra aventura y nos compraban las castañas en Zamora.

El Sr. Natalio y Antonio también tomaban las comidas, no muy abundantes en aquella época, en nuestra cocina. Componían siempre con la grasa del tocino frito en una sartén pequeña de tres patas. Mi madre también les atendía el puchero, como a los albañiles.

Antonio era muy moreno, con grandes ojos negros. Tenía un carácter y un aguante extraordinario. Jugábamos continuamente con él, sobre todo por las noches. Dormían en la cocina en una colchoneta de paja.

Para entretenernos nos acompañaba a matar pájaros al gallinero. Nos cogía a 'las acuestas' y nos llevaba a dar un paseo. Demostraba un cariño especial a mi hermano al que vio nacer. Cuando llovía iba a buscarnos a la escuela en la burra. Instaladas una delante y otra detrás, nos tapaba con una manta para que no tuviéramos frío. Lo recuerdo siempre complaciente y dispuesto a ayudar. Lo queríamos como a uno más de la familia y como tal él participó de los acontecimientos familiares: bautizos, bodas, enfermedades, muertes.

'Los Lagumanes' trabajaban en las *cortas* y eran muy eficientes. Amaban las encinas y hacían los trabajos con mimo. Mi padre tenía gran confianza en ellos, sobre todo en Antonio que miraba por la dehesa como si le perteneciera. Orgullosos, escuchaba a mi padre cuando le decía: "Antonio, si alguien va por la corta y yo no puedo ir a cobrarle, tú lo pones en el corte y le cobras". Era un empleado muy responsable, cariñoso y fiel: un verdadero ejemplo. Aunque algo le sucedía que podía ser un defecto curioso, y es que a veces mentía; bueno, exageraba un poco cuando contaba algo. Todo el mundo se lo notaba por- que sudaba y se echaba la gorra para atrás.

La leñera también tomaba vida por la mañana temprano. Con el montón de leña menuda para encender, con los troncos, enormes *rachones* que los criados con un serrón, unas enormes cuñas y unas marras reducían a astillas para la lumbre. En las mañanas de invierno, cuando los criados no podían ir a trabajar porque había llovido o había mucha helada, después de tomar el aguardiente, bajaban a hacer leña. Hablaban en voz alta, para hacerse oír por arriba del ríng- rang rítmico del serrón, del golpeteo estridente de la marra sobre las cuñas. Hacían lumbre, para calentarse los pies y las manos, mientras echaban un cigarro. Mi padre tenía conversación amena y memoria feliz para recordar anécdotas graciosas y, cuando podía, se les unía para cambiar impresiones con ellos y relajarlos con alguno de sus cuentos mientras fumaban el cigarrillo. Algunas veces eran vivencias suyas, como la siguiente que le aconteció en Cabañas de Sayago,

Tendría unos catorce años cuando, trabajando con los piñoneros en la dehesa de Villagarcía, , llevaba unos machos con unos cestos de mimbre profundos para recoger las piñas. Tenía que pasar por un camino, a la ida ya la vuelta, contiguo al cementerio. Regresaba un día entre dos luces y al pasar por el cementerio algo saltó dentro de los cestos de uno de los mulos que iba en reata con que el que llevaba mi padre. Al oír el ruido pensó que era un ánima bendita, soltó el macho y picó al que él llevaba corriendo camino del pueblo. Pero mientras más corría él con el primero, más corría el otro detrás e incluso podía oír los quejidos del ánima del purgatorio. Llegó a casa sin poder hablar, dejó el macho que llevaba en la cuadra, el otro se metió solo detrás y mi padre ni se atrevió a ver lo que había en el cesto. Fue a contarle a la familia lo que había sucedido y quedaron todos sobrecogidos: hasta que no pasó por allí un señor del pueblo no se atrevieron a mirar. Aquel valiente cortó la cuerda que sujetaba los cestos a la cabalgadura y de allí saltó aullando la perra blanca que solía acompañar a mi padre y que, a la ida, se había escondido en el cementerio.

Hablar de las ánimas o del cementerio era cosa frecuente en aquellos tiempos.

Otra anécdota del mismo camposanto:

Mis bisabuelos eran canteros; trabajaban muy bien la piedra. Ellos hicieron la presa de la charca de Sesmil, las casas y la plaza de toros de esta misma dehesa. También la gran cruz de pie-

dra para el centro del cementerio, lugar donde enterraban a los sacerdotes que morían en el pueblo. La pusieron por la época de los Santos. Sus brazos sobrepasaban las tapias del recinto.

Justo el día que la pusieron, un tío abuelo mío que no sabía nada de la tal cruz, tuvo que pasar ya de noche por el camino del cementerio. Al ver los enormes brazos blancos iluminados por la luna pensó que era algún ánima del purgatorio y salió corriendo tierras adelante. Al llegar a un sitio del pueblo que llaman El Rebollín, donde solía haber mucho barro perdió uno de los zapatos y ni tan siquiera volvió a buscarlo. Sólo a la mañana siguiente, después de conocer el motivo de su terror, al contar la aventura en casa, regresó a buscar el zapato ¡Lo que hace el miedo!

Otra anécdota muy curiosa relativa a las ánimas que él también contaba:

Mis abuelos vivían en una dehesa al lado de Cabañas, se llamaba Bermillico. La casa de mis abuelos distaba unos dos Kms. del pueblo. Mi padre y mi tío Andrés, mi padrino, un poco mayor que mi padre, iban al pueblo por la noche a aguzar las rejas a la fragua, a la escuela nocturna o bien de ronda. Su hermana, mi tía Remedios y Gerardo, un primo que tenían mis abuelos en casa para ayudarles y que era el mismísimo diablo, idearon salirles al camino para meterles miedo. Se recubrieron con una sábana, cogieron un farol cada uno, y se escondieron entre unos zarzales. Cuando iban a pasar mi padre y mi tío por el carril que les llevaba hasta las casas, a una cierta distancia se le presentaron los dos envueltos en las sábanas. Mi tío Gerardo sabía maullar como los gatos y comenzó a hacerlo para amedrentarlos. Pero mi tío Andrés, que se imaginó que era una broma le dijo a mi padre: "Coge cantos y cuando yo te diga, "ahora" apunta bien y lánzalos fuerte contra ellos". Mi tío aunque zurdo, tenía una gran puntería. Del primer cantazo les rompió el farol. Mi tía y mi primo no tuvieron más remedio que descubrir que eran ellos para que no les siguieran tirando cantos.

A media mañana cada cierto tiempo venía el rebecero a traernos el agua y a limpiar el gallinero. Le costaba un trabajo enorme venir con el carretillo y la pala para raspar bien el suelo. Además debía llenar los ponederos de paja para que las gallinas no rompieran los huevos.

Los rebeceros eran siempre jovencitos, entre diez y catorce años todo lo más, luego pasaban a ser criados y tenían otro sueldo. Nos encantaba ir con ellos porque les gustaba jugar y por su edad les veíamos más próximos a nosotras.

La llegada de la pareja de la Guardia Civil me producía asombro, respeto y hasta un cierto temor. Envueltos en las enormes capas verdes en el invierno, con su tricornio negro y brillante representaban allí la autoridad. Venían por casa una vez a la semana para ver si había alguna novedad. Mis padres tenían que firmarles en un libro de pastas blanquecinas oscurecidas por el polvo. Llevaban una especie de cartera-bandolera negra donde metían el libro y no sé que más porque parecía muy llena. Cuando hacía frío se sentaban a la lumbre. Allí pasaban la mañana, lo que perturbaba a mi madre ya que por no dejarlos solos en casa no podía salir a las tareas que tuviera que hacer.

Como permanecían años en el puesto de Peñausende llegábamos a conocerlos con todas sus circunstancias. Los había más abiertos, más familiares, más graciosos y los había tan hoscos que imponían miedo.

Cuando se producía algún robo los llamaban y enseguida acudían para intentar localizar al ladrón. Yo recuerdo el robo de unas *cornas/es*. Ellos hacían los trámites oficiales, pero era más bien mi padre, el que dirigía la operación para detectar al ladrón. Nosotras respetábamos el misterio y husmeábamos alrededor para enterarnos de lo que pasaba.

Todo este movimiento de gentes aportaba vida a la dehesa y sobre todo a nuestra casa, núcleo y eje de cuanto acontecía. Allí se hablaba espontáneamente, se contaban las noticias: contribuían a traer a la dehesa todo lo que sucedía en los alrededores. A través de ellos estábamos al corriente de cada pormenor. Animaban con sus cantos y silbidos que se proyectaban a lo lejos. y aunque nosotras también cantábamos con frecuencia, por más que lo intentamos nos resultó imposible emitir el mínimo silbido. Era todo un arte conseguirlo.

La vida en el campo resultaba distraída gracias a todas estas personas que llegaban a casa. Esta confraternidad entre unos y otros nos sirvió siempre de ejemplo en nuestra infancia.

Capítulo Cuarto

La casa de los dueños era para mí un edificio dormido, con pequeños periodos de vida. La mirábamos con respeto: era la casa de los 'señoritos'.

No era una gran cosa ; estaba al lado de la nuestra pero parecía tan distinta... Siempre cerrada excepto en el verano, cuando venían los señores.

Me daba miedo entrar en aquel caserón lúgubre, inhóspito que olía a humedad. Poseía una inmensa cocina, con una chimenea de campana en una esquina que ocupaba un cuarto del espacio vital. Allí se hacía la matanza y sólo entonces cobraba vida. Por la cocina pasábamos a la gran despensa donde se guardaba el salchichón, el chorizo, los lomos, los jamones de la matanza que hacían los señores. El tocino y los chorizos de boches o de peor calidad, o los que se hacían cuando se moría o se averiaba un cerdo, también se curaban allí. Luego se vendían al Sr. Antonio para los criados, a los segadores ya veces a los trabajadores de la dehesa.

Me gustaba mucho la habitación de las criadas, Las camas de hierro iguales y una ventana hacia el *cumbre* sur. A esta habitación tenía yo más acceso y en ella me encontraba a mi aire.

El comedor me parecía grandísimo. Cuando iba con mi madre a buscar algo siempre que podía me encantaba echarme en una tumbona que tenían. Contiguo al comedor estaba el dormitorio de los señores, austero, sin grandes muebles, impersonal. Transcurridos los años y ampliada la casa con un piso más , este dormitorio pasó a ser capilla.

Lo que más me llamaba la atención era el cuarto de baño. Era bonito con una inmensa bañera de pie. Alicatado hasta media pared con unos azulejos verde oscuro muy brillantes. Yo lo envidiaba porque nosotras carecíamos de aseo. Lo peor es que siempre olía mal y este olorillo inundaba el portal de la entrada. Este portal tenía un zócalo de saco todo alrededor, que le daba un aspecto rústico, y le encubría la humedad.

Al lado del cuarto de baño, estaban las escaleras, empinadas, para subir al inmenso sobrado donde a veces guardábamos patatas, uvas. ..Algunos años curábamos allí la matanza. En un lateral estaban las artesas, baños, cántaros y los cabrios para preparar el *estaribel* en el que colgar los chorizos, costillas, tocino... Olía a ratones y con frecuencia los veíamos correr de un lado para otro. Les ponían veneno en un trocito de tocino y les tapaban las ratoneras con cemento pero ellos, muy listos, las abrían por otro lado. Poseían una capacidad de supervivencia impresionante.

El portalón de la entrada era precioso. Orientado al naciente, desde muy temprano penetraba en él el sol. Nos encantaba ir allí, sobre todo en invierno, porque no llegaba el viento y así hacíamos acopio de calorías. Sin embargo no nos sentíamos libres de instalarlos en ese portalón por temor a que a los señores les desagradase. En aquel entonces se sentía un respeto especial hacia "los señoritos".

Yo admiraba el precioso alicatado de estilo andaluz de las paredes y la puerta de doble hoja con una reja en la parte superior muy artística. Tenía un llavín aquella puerta que era difícil de manejar y solamente existía una llave. Recuerdo que una vez se la dejaron dentro y decidieron que entrara yo por una ventana que daba al fregadero de la cocina. Curvaron un poco los barrotos de la reja hasta

que me entró la cabeza. Como era muy flaquita, el resto del cuerpo siguió fácilmente, aunque temí quedar atascada. Llegué hasta la puerta de entrada; tiré del pestillo y pude abrir.

En el portal a veces, mullíamos la lana de los colchones. Se la dejaba un poco al sol para que se ventilara y se esponjara, luego, con unas varas finas de fresno que mi padre traía de la zona de Valladolid ejecutábamos la labor. La que utilizaba mi madre silbaba al dar el golpe medio de lado y la lana se esponjaba. Nosotras también queríamos ayudar. Poco diestras en la materia no nos salía muy bien y enseguida nos cansábamos. Cuando nos ayudaba mi padre, le daba tan certeramente y con tanta fuerza y continuidad, que la tarea avanzaba rápidamente. A mi hermana ya mí enseguida nos salían '*burras*' en las manos.

El cumbre de la casa hacia el poniente era el lugar ideal. Tenía forma de ele, formando la parte corta el dormitorio de los señores. En aquella esquina se estaba de maravilla sobre todo en otoño e invierno, albergada de los vientos del Norte. Un pequeño saliente de roca al borde de la pared nos servía de poyo para sentarnos. Allí jugábamos a las casas mientras mi madre cosía o tejía. Transcurridos los años, cuando mi abuela y mi tía se fueron a vivir con nosotros, allí pasaban las tardes al sol siempre que hacía bueno y mi madre incluso les llevaba allí la merienda para que disfrutaran al máximo del calor.

¡Qué vista panorámica tan hermosa con aquel horizonte tan amplio! Desde la parte más alta del cumbre un poco en cuesta y con suelo de lascas de granito veteados de rojo podíamos ver el castillo de Pañausende. Gran promontorio con sólo algunos paredones que se recortaban en el horizonte. Cuando se nublaban y perdíamos de vista el castillo, ya sabíamos que iba a llover fuerte. La parte del Cerro la Mesa y de la zona de Los Castillos se encontraba más baja y se veía más oscura. Aparecía completamente cubierta de encinas que se extendían por los *Ceboneros* y llegaban hasta la fuente cerca de casa.

Esta fuente tenía una cierta distinción. Bajábamos a ella por unas escaleras de granito, ya desgastadas, hasta una especie de corral con paredes de piedra labrada. La fuente vertía a este corral que se llenaba de *rumiacos*, de menta y de acedrones, desaguando por una zanja hasta una charca. Cuando bajábamos a buscar agua saltaban las ranas y enroscada al sol veíamos la culebra que se deslizaba rápidamente sacando la cabeza y la lengua fuera.

Bajo un gran arco de piedra y excavada en la roca, formando un gran pilón de unos dos metros, se hallaba la fuente. Hacia un lateral del fondo afloraba el manantial que venía por una galería hecha en piedra y tapada al exterior. La fuente la había hecho mi tío Miguel '*El cantero*'. El agua era riquísima, fresca y blanquecina, muy buena para lavar. En la parte alta, un poco alejada, habían tallado en un gran bloque de piedra, una pila. Resultaba trabajoso llenarla subiendo los calderos cargados por aquellas escaleras y, sobre todo, cuando en épocas de sequía venía baja, y había que inclinarse para llenarlos.

El ruido de la ropa golpeada sobre el lavadero y salpicando gotas, me parecía una especie de canción, de pequeño concierto en medio de aquel silencio. Yo admiraba el buen hacer de mi madre aunque lamentaba ver sus manos enrojecidas por el agua fría.

Una vez tendida la ropa al sol sobre la hierba verde nuestra misión consistía en venir a regarla, para que no le salieran '*razas*', y vigilar por si las ovejas o los cerdos se acercaban a pisarla.. Finalmente se aclaraba y se llevaba para casa.

Esta fuente tenía su propia vida. Abastecía a la casa del aperador, la casa de los dueños y nuestra casa. El rebecero con la burra y los cántaros era el principal visitante. ¡ Cuántos cántaros cayeron en

sus manos al subir las escale- ras, o darles uno contra el otro entrechocándolos al meterlos en las aguaderas!

Acercándonos a la casa desde la fuente, había una pradera con cardos donde se daban en otoño las '*setas de cardo*'. Mi padre, cuando venía de dar vuelta, siempre encontraba algunas, que asaba en la lumbre con un grano de sal gorda y nos las repartía. Estaban sabrosísimas, tan jugosas y un poco saladas: un exquisito aperitivo.

Creíamos que esta zona era un poco más nuestra y no nos gustaba que nadie fuera allí a buscar setas.

En Primavera también recogíamos allí mismo las trufas . Mi hermana tenía un olfato especial para encontrarlas. Cuando apuntaban un poco, era más sencillo. Había que buscar los pequeños abultamientos y con una navaja, cuchillo o simplemente con un palo las sacábamos. Las tortillas de trufas, las trufas guisadas con un poco de pimentón y un huevo revuelto, echadas en la sopa o en la carne eran un verdadero manjar . Gracias a mi padre conocíamos los sitios donde se criaban y las canciones que las acompañaban : "Si en Marzo truena, trufa afuera", de ahí que deseásemos que tronara. Cuando habíamos encontrado una debíamos entonar : "Trufa, trufera, dime dónde está la compañera" .Y es que creíamos de verdad que siempre había una compañera al lado. Nos mostraba las parras, el color del suelo donde se daban; nos enseñaba a buscarlas y a sacarlas sin romperlas .

Todas estas estampas las veía yo desde el *cumbre* : bien a mi madre o a la Sra. Estrella lavando, bien al rebecero dándose con la burra y las aguaderas sus paseos cotidianos. Traía el agua por el carril que bordeaba la pared de las '*cortinas*' hasta nuestra casa, o atravesaba al bies la pradera, cruzando el arroyo hasta la casa del aperador. En el verano aumentaba el trasiego. La señora que hacía la comida a los segadores tenía que ir a buscar agua con frecuencia para llevarla al corte. Con tanto calor y esfuerzo era necesario beber mucho .

Mirando hacia la derecha había un montículo con un testero pedregoso. La ladera descendía hacia el arroyo, cubierta de encinas, carrascos, jaras y tomillos, terminando en un valle cubierto de hierba. A veces sobresalían los rebordes de los plegamientos rocosos y nos servían para sentarnos cuando íbamos por allí.

El arroyo serpenteaba al fondo, saltarín, en el lecho de piedras desiguales. El agua cristalina se remansaba formando *cahazos* y se perdía cercado abajo hasta llegar a Llamicas, límite con la dehesa, y continuar su curso hacia el Duero. Para atravesarlo había en el camino unos grandes *pontones*. Teníamos que dar un gran salto de unos a otros; al menos a mí me lo parecía. Cuando el arroyo estaba muy crecido los cubría. Me gustaban más unos pequeñitos que había más arriba . Por aquellos pasábamos cuando íbamos con mi madre a lavar al arroyo. Aquí sí que me gustaba acompañarla . La ayudaba a llevar *el lavadero* o la banca. Ella cargaba con el baño de la ropa .

Esta parte del arroyo era muy bonita, poco profunda. Las rocas que sobresalían en el reborde de la ladera, llegaban hasta él y se hundían formando el fondo rocoso. En una parte lisa, un poco más alta, mi madre colocaba la banca, ponía el lavadero por delante y lo equilibraba bien con unas piedras situadas debajo. El agua corría alegremente llevándose el jabón y renovando constantemente su transparencia. Ponía varias prendas a la vez sobre el lavadero, previamente mojadas, y las enjabonaba.

El panal de jabón muy blanco, hecho en casa con grasa, sosa y una cantidad precisa de agua, al pasarlo sobre la ropa formaba una blanca espuma. Después de frotar un poco cada una de las prendas se las amontonaba para que ablandaran bien. Se restregaban de nuevo las zonas más sucias, se

las *chacollaba* dándole golpes sobre el lavadero y se les quitaba el jabón. Si no quedaban bien se enjabonaban de nuevo y se las tendía al sol. A veces la ropa necesitaba que se la *arrollara* de nuevo para que quedara más blanca. Una vez bien soleada y blanca se aclaraba quitándole el jabón, se torcía y se tendía a secar. Había unas carrasqueras cerca y unas veces la tendíamos allí y otras en casa, en la leña o en unas cuerdas al sol. Mi madre nos mandaba a mi hermana ya mi a tender pequeñas cosas y al sentirnos útiles nos quedábamos tan satisfechas. Nos enseñaba a lavar a su lado. Nos daba algún calcetín o algún pañuelo, prendas pequeñas que a veces nos llevaba la corriente y teníamos que irnos a buscar a los pontones o pescarlas con una rama si quedaban en el centro del arroyo.

Observábamos los rosarios gelatinosos de las huevas de las ranas o sapos. Asistíamos día tras día a su metamorfosis. Se ponían cabezones. Un día aparecían cientos de bichitos negros, que solo tenían cabeza y cola, refugiados en las pequeñas concavidades que formaban las piedras cerca de la orilla. Poco a poco les iban saliendo las patas, perdiendo la cola y finalmente desaparecían. La naturaleza nos resultaba un libro abierto.

Nos íbamos también, un poco más arriba, donde había barrancos en los que anidaban los abejarucos. Acechábamos los agujeros para ver salir a los pájaros. Por la fiesta de Santiago, mi padre, complaciente y dispuesto a hacernos conocer toda la naturaleza, cogía un picachón y cavaba algún nido para que los viéramos. ¡Qué plumas tan bonitas tenían con varios colores en los que predominaba el amarillo! . Por esta época empezaban a revolotear en animados grupos sobre un pequeño barranco de tierra. Allí tenían los nidos. Su *cantarena* mientras revoloteaban nos alegraba y formaba sinfonía con el agua saltarina del arroyo.

En épocas de sequía nunca faltaba el agua en la charca de la fuente y a ella íbamos a lavar. Estaba bordeada de juncos y de menta; olía siempre muy bien. La superficie se hallaba cubierta de unas hierbecillas de hoja redonda que profundizaban en el agua formando *rumiacos*. Por entre ellas asomaban la cabeza las ranas o se veía la silueta zigzagueante de las culebras.

Las ranas, numerosísimas, preparaban unos cantos distintos según los momentos. Corrían unas tras otras emitiendo sonidos guturales. Me encantaba observarlas desde la orilla o en el promontorio lateral producido al excavar el hueco de la charca. El agua, blanquecina y limpia, provenía de la fuente.

La charca escurría hasta el arroyo por una pequeña zanja excavada paralela a la tapia del huerto. Si el agua era abundante nos servía para regar. Había unas enormes junqueras. Con los juncos mi hermana y yo nos entreteníamos mucho. Hacíamos enormes trenzas que uníamos a una especie de gorro, hecho también con juncos y nos lo poníamos en la cabeza. Nos preparábamos faldas haciéndolos colgar de una trenza atada a la cintura. Hacíamos pequeñas cestas para jugar a las casas. Nos divertíamos mucho con estos disfraces y desarrollábamos así nuestra creatividad .

De las junqueras más próximas a la charca salían grandes tirones: había muchos. Nos gustaba observarlos hasta que se metían en el agua. Tenían una piel marrón oscuro muy bonita. Eran muy rápidos y no los podíamos atrapar.

Si mi padre llegaba a tiempo, ayudaba a mi madre a llevar el baño cargado de ropa torcida para tenderla cerca de casa. Si no llegaba, la ayudábamos nosotras. Nos turnábamos porque aún teníamos poca fuerza. Se nos aplastaban los dedos con el peso y se nos ponían morados, pero nos encantaba acompañarla a lavar aquí.

Si había salido hacia Valverde, mi padre regresaba por el camino que pasaba por delante del *cumbre*, ladera arriba y paralelo a la tapia del cercado. Ofrecía bella estampa con su andar rítmico y cadencioso. Avanzaba primero la cayada para dar el paso firme a continuación. Si llevaba el rifle al hombro, entonces no cogía la cayada. Siempre lo recuerdo con su sombrero. Se recortaba entre las márgenes del camino su silueta un poco obesa, acompañado del perro lobo corriendo delante de él, moviéndose de un lado para otro, compañero incansable.

Siempre traía en los bolsos lo que podía hacernos ilusión: bellotas en el tiempo, las setas, las trufas... Siempre vigilábamos su venida. Veíamos algo que le colgaba de la mano y salíamos corriendo a su encuentro: Un lagarto grande verdoso y amarillo que aún movía la cola. Como formaban casi una plaga era corriente que apareciese con uno de ellos. En el arroyo lo desollaba con la navaja que siempre llevaba en el bolso, lo lavaba perfectamente. No quería hacerlo en casa porque a mi madre le producía repugnancia. Una vez en casa mi padre lo asaba en las brasas. Quedaba crujiente y sabroso porque se le ponía abundante sal. Lo tomábamos, igual que las trufas, como aperitivo. Mi madre complaciente nos lo guisaba frito con huevos revueltos.

Otras veces mi padre traía una liebre o conejo que había cazado con la escopeta o con el rifle. Disfrutaba tanto contando cada tiro y entregándole la pieza a mi madre para que la guisara ...

Yo ya veía distribuidas las partes de la liebre. Casi siempre la de las nalgas para albóndigas; con un gran cuchillo dando golpes continuos troceaba muy fina la carne; le daba vueltas para un lado o para otro hasta que quedaba completamente picada. Olía tan rico el ajo y el perejil que le machacaba que se te hacía la boca agua. Le añadía también un huevo crudo para que ligaran bien. Hacía las pelotitas, las rebozaba en harina y las freía en la sartén a fuego fuerte. Después las cocía lentamente y estaban tan deliciosas que nunca he sido capaz de disfrutar de un sabor semejante al de las albóndigas de liebre.

La otra parte más sanguinolenta la guisaba. Mi madre era, y es, una gran cocinera. Entre los placeres de la dehesa la gastronomía era uno de los más desarrollados al contar con toda clase de productos naturales elaborados sin prisa y con amor.

Un día, oh sorpresa, papá trajo ...¡un zorro!. En la parte de Vallondo había bastantes. El tenía una puntería extraordinaria y con el rifle los mataba. Llegaba cansado de traerlo a cuestras y soportando el olor a montuno que daba. Disfrutaba porque a nosotras nos gustaba la piel. En la cochera lo desolló. Nosotras siempre admirábamos su pericia. Le sacó la piel intacta, le puso bastante sal y la clavó muy estirada con unas largas puntas sobre la puerta de la cochera para que se secase. Ya teníamos otras dos pieles curtidas encima de las camas.

El perro era el que nos anunciaba la llegada de mi padre. Tan pronto lo veíamos le decíamos a mi madre: "¡Mamá, ya viene papá, que llega el perro!". Mi madre iba corriendo a calentar la comida para que todo estuviera a punto cuando él apareciera.

El perro formaba parte de la familia. Buen guardián, si pasaba alguien por el camino salía a ladrarle. Si se acercaba ladraba desaforadamente hasta que salíamos. No mordía, pero asustaba a la gente. Por las noches, en cuanto oía algo, salía corriendo y ladrando alrededor del edificio. Nosotros seguíamos con el oído todas sus evoluciones. Si se afanaba demasiado, mi padre se asomaba a la puerta o miraba por la ventana.

Era todo un problema obligarlo a quedarse en casa cuando mi padre, por alguna circunstancia, no quería llevarlo. Teníamos que encerrarlo en la cochera y durante largo rato oíamos sus aullidos que-

jumbrosos. Pasado un rato lo sacábamos. ¡Cuán- tas veces siguiendo la pista se presentaba donde él estuviera, agitando la cola en señal de contento porque lo había encontrado!

Admiro a los perros. El último que tuvimos, cuando nos fuimos de la dehesa después de la jubilación de mi padre, lo dejamos con un primo que pasó a vivir a nuestra casa. El pobre perro iba todos los días a esperarnos al coche de línea y, como no llegábamos, se negó a comer y se murió de pena. Lo supimos pasado el tiempo. Conservo el pesar de saber que murió añorándonos. ¡Qué poco estudiados están aún los sentimientos de los animales!

Mi padre al llegar nos contaba todas las incidencias con su consabida amenidad.

En el invierno venía helado. Nunca quiso ponerse una bufanda, ni un jersey. Se abrigaba con un chaleco de paño, hecho por mi madre y en días de mucho frío uno de lana sobre el de paño. En el bolsillo izquierdo guardaba un reloj redondo de esfera clara que producía un sonido especial cuando le daba cuerda.

Vestía unos pantalones de pana que hacían un poco de ruido al frotarlos cuando andaba. Unas botas de becerro, de fuelle. Más fuertes en el invierno y más finas y ligeras en la primavera y otoño. Las untaba con grasa para que se impermeabilizaran. Un abrigo, casi siempre oscuro era su prenda de más calor. Bajo esta indumentaria se ponía unas camisas de sarga, siempre de rayas, rematadas en lo alto por una tira. Como su cuello era grueso y corto le molestaban los de puntas. Los domingos para ir a misa o cuando salía de viaje se ponía las camisas de popelín, una chaqueta de paño de Béjar y su mejor traje. Le gustaba vestir adecuado a cada circunstancia.

En verano la ropa era mucho más ligera y hecha por mi madre que no sabía permanecer inactiva. Las prendas de interior en invierno eran de algodón llamado de los Pirineos; tenían pelo por dentro y como lo aislaban de la humedad y le daban calor resultaban estupendas para el frío. Casi nunca se ponía guantes. Tenía las manos y la cara curtidas por el viento y el sol. Uno de los nietos le dijo un día: "¡Abuelito, tienes manos de pana!" Él disfrutaba con estos comentarios. Alegre por naturaleza, cuando contaba algo picante o gracioso, sus ojos garzos se le *entoñaban* de picardía. El color de sus ojos contrastaba con el moreno oscuro de la piel de la cara. En cambio la del cuerpo, cuando se *'refucía'* las mangas o los pantalones la tenía blanquísima y fina.

También cuando volvía por el camino de Valverde si estaban las ovejas por esa zona se paraba con el Sr. Román, el pastor, y nosotras, por supuesto, salíamos corriendo a reunirnos con él.

Por las márgenes del arroyo brincaban los corderos. Les alegraba estar todos juntos separados de sus madres. ¡Qué *catroperas* echaban unos tras otros! ¡Qué gozo verlos mientras las madres pacían tranquilamente en la pradera!. Si se oía el balido de una oveja inmediatamente veíamos a su cordero salir corriendo a buscarla para mamar. Movía el rabo de contento mientras daba pequeños testones con la cabeza en la ubre de la madre. Había muchísimos, creo que era un rebaño de quinientas ovejas todas blancas, gordas, bien cuidadas. Placer para los ojos, daban vida por donde pasaban con sus movimientos y balidos en todos los tonos.

El Sr. Román vigilaba atento que no nos entraran en el huerto y nos comieran todo.

En la parte baja, en la confluencia del arroyuelo que escurría de Montealto y del arroyo que venía de Sesmil por los Ceboneros, estaba el huerto.

La gran cabezota de la bomba,(nosotras la llamábamos '*El chupón* ') sobresalía del brocal del pozo. No siempre era fácil sacar el agua por su gran boca. Había que darle a la manivela rápidamente para arriba y para abajo. Se descargaba fácilmente; había que ir a buscar agua, echarla poco a poco sin dejar de dar hasta que al fin salía el gran chorro. Nosotras también queríamos darle pero enseguida nos cansábamos. Para regar había que llenar el pilón cuadrado que estaba situado entre la pared del huerto y el pozo. Debía de hacerlo el *rebecero* pero siempre estaba *ronciego* y finalmente le tocaba a mi padre. Con sus fuertes brazos aguantaba sin descansar largo rato sacando agua. Los animales podían beber por fuera y ,por dentro, quedaba un espacio de cada lado para sacar agua y regar. En frente de la bomba había un promontorio cuadrado para poner los cubos y los cántaros.

Pesaban mucho los cubos llenos al llevarlos por el caminito central para volcarlos en los surcos. Las lechugas estaban según entrábamos a la derecha. Bordeándolas junto a la pared unas plantas de perejil. Contiguos a las lechugas solían sembrar mis padres los fréjoles y las cebollas. Al otro lado, los pimientos y los tomates. Todo había que regarlo. En el resto de la *cortina*, que era todo el huerto, solían sembrar algunos años patatas.

Mi padre, por las mañanas temprano, haciendo un hueco en sus múltiples ocupaciones, cavaba la tierra con una gran azada. Trabajo duro, pero como él tenía una fuerte musculatura, hundía profundamente el azadón tirando hacia arriba volteando la tierra. Un año, las patatas aparecieron invadidas por unos bichos de alas listadas de negro; otros eran blandos, anaranjados. En poco tiempo dieron pique de todas las hojas de las patatas. Estos temidos escarabajos se trataban con un líquido al que se le añadían unos polvos y, luego, con una escoba, se rociaban todas las plantas para que muriesen. Costó trabajo descartarlos.

Observar la evolución de las plantas era mi entretenimiento. Cómo prendían y se enderezaban después de haberlas trasplantado. Iban creciendo y yo vigilaba los primeros botones que darían origen a la floración. Entonces había que regar con frecuencia para que no se cayeran las flores por falta de agua. Lo que daba más alegría era ver, como al marchitarse éstas, iban saliendo los frutos: los pimientos, los tomates o unos pequeños cuernos que se convertían después en largos y tiernos fréjoles. Durante el verano era un verdadero placer ir a recoger los primeros productos del huerto.

Merecía la pena el trabajo que daba cavar y regarlo cuando saboreábamos las ensaladas con aquellas lechugas tan tiernas y tan frescas : las hacíamos con pimientos, tomates, cebollas y algún pepino. En los días calurosos del verano esto nos refrescaba y abastecía de vitaminas.

Había un ciruelo que tenía unas ciruelas claudias dulcísimas. Las más maduras caían al suelo; nosotras las rebuscábamos bien entre la hierba.

El membrillar no daba todos los años, pero estaba muy bonito en el otoño con las hojas amarillas. Las cabras sentían una especial querencia por este árbol y había que vigilarlas. Mi madre elaboraba mermelada y dulce de membrillo que nos servía de postre acompañado de queso o extendido en una rebanada de pan. Los manzanos no eran especialmente buenos aunque nos gustaba coger las manzanas y comérmolas allí mismo. Una especie de árbol bravío crecía junto a los manzanos y daba '*cas-cabelillos*'. Solamente se podían comer cuando estaban muy maduros, y así y todo, te quedaba la boca acorchada.

Estos árboles limitaban un poco la parte del huerto con la *cortina* que sembraban normalmente de cebada. Llegaba casi hasta la fuente. Al empezar la Primavera ¡qué *ternillos* se daban allí! Cogíamos una cesta y una *azuela* para sacarlos de lo más profundo. Disfrutábamos cogiéndolos. Observábamos donde había una *balea*, la arrancábamos, cavábamos y allí solían estar. Otras veces

veíamos apuntar las hojas y al cavar salía la planta larga y tierna. Después de lavados, los comíamos en ensalada. Tenían el sabor un poco amargo pero sabrosos y tiernos. Estábamos deseando que llegara la época de ir a *ternillos*.

Con frecuencia los bueyes de la labor bajaban a beber agua a la pila del pozo. Recuerdo un día el miedo que pasó mi madre. Iba con la herrada a buscar agua para las gallinas y cuando se estaba aproximando al huerto, después de atravesar el camino, un buey blanco, enorme, que se llamaba '*El Jabonero*' echó a correr tras ella. Al intentar saltar la tapia, la herrada se le cayó haciendo un ruido metálico. El buey se asustó y se paró. Ella tuvo tiempo de saltar y ponerse a salvo.

Al otro lado del huerto se hallaba el muladar donde se echaba el estiercol de la cuadra y *las gallinas* del gallinero. Había una pequeña oquedad donde se estancaba el agua, era el paraíso de las gallinas: escarbaban constantemente para encontrar semillas o gusanos.

Capítulo Quinto



Nuestro sitio preferido era '*El Cercado*'. El *cumbre* Norte de la casa formaba, también, una especie de ele con la cochera. Más tarde se alargó con las paneras y la bodega.

En esta parte se situaba la leñera para el horno. Los criados traían unos carros cargados de piornos y de leña fina. Su llama calentaba fácilmente. Estos piornos se enganchaban con una horquilla porque picaban mucho. Nosotras, en la leñera, los usábamos para formar unos pequeños corrales y poder ir a hacer nuestras necesidades un poco a cubierto de la vista de la gente. Las gallinas se encargaban de la limpieza. A veces, teníamos que deshacer los corrales porque preparaban sus *niales* entre ellos. Las acechábamos cuando salían cantando y muy a menudo se los encontrábamos. Daba gusto encontrar un *nial* con quince o veinte huevos. Cuando no los localizábamos, un buen día salía la gallina rodeada de polluelos.

Hacia este lado de la leñera estaba el cercado. Entrábamos por una portera que tenía unos grandes palos para cerrarla. Pasando un arroyuelo se hallaba 'el Alto las Peñas', nuestro paraíso.

Desde él teníamos un panorama precioso y veíamos el movimiento de la casa. Trepábamos por la ladera hasta el reborde rocoso de granito, recubierto de un musgo verdoso en algunas partes más umbrías, tornándose rosado en las zonas más azotadas por el viento. Había tres encinas que nos serían de refugio cuando hacía calor. Mi hermana y yo nos repartíamos el espacio para jugar a las casas. Yo prefería las peñas que estaban en el testero que daba hacia el arroyo, enfrente del huerto. Las peñas allí tenían formas diversas y unos rebordes para colocar los cacharros y poder sentarse. Una gran encina le daba sombra. La de mi hermana se situaba en un corte de las rocas mirando hacia la casa.

Se dominaban los caminos, los tesos circundantes y el curso imparable del arroyo con su agua cristalina cubierto de flores blancas que llamábamos '*a-hoganiños*', y las praderas verdes cubiertas de flores en primavera. Un poco más lejos las jaras, piornos, tomillos y carrascos. Las manchas oscuras de las encinas remataban el horizonte.

Allí en lo alto disfrutábamos entre ese mundo natural que nos rodeaba y el mundo fantástico de nuestros juegos. En estos rebordes rocosos colocábamos los cacharros para jugar a las casas, restos de platos rotos, de vasos, de cántaros; botes y latas de conservas vacíos. Nuestra imaginación los transformaba en una gran batería de cocina. Barríamos bien nuestra casa y allí hacíamos las comidas. Cogíamos costillitas, cornezuelos, bellotas, a veces trufas, acederas.

En Primavera aquello era un vergel. ¿Cómo podía haber tantas flores de tan distintos colores y formas? Al lado de los carrascos crecían las de color *ciclamen*, los *zapatitos* morados y algunas veces amarillos. Los *corazones* que duraban mucho y quedaban preciosos después de secos. Recubrían

la ladera las flores de las parras de las trufas, una especie de margaritas amarillas con una mancha granate en cada pétalo. Con ellas adornábamos nuestras casitas y llevábamos un ramo para nuestra madre. Corríamos por la parte superior del alto, donde había peñas al descubierto formando grandes lanchas tapizadas por una especie de racimillos que después se convertían en ramitas rojizas con flores blancas. Esos racimillos nos servían de fruta en nuestros pequeños cacharros.

Siempre me resultaba un poco misterioso un pequeño promontorio que había en el centro: podría ser un antiguo palomar derrumbado. No lo sabíamos exactamente.

Cuando nos cansábamos de jugar, desde aquí corríamos hacia el arroyo. Bordeando el Alto las Peñas había un pequeño carril que, agua abajo, llevaba hasta Llamicas. En la orilla del carril una zarza nos ofrecía las *agabanzas* para los collares y pulseras. Las veíamos a un lado y otro de la tapia entremezcladas con una gran zarzamora. Pasábamos las horas haciendo collares con ellas y con las margaritas que recubrían las praderas, sin darnos cuenta que de este modo desarrollábamos nuestra creatividad y la destreza manual.

La hierba era espesa, alta, verde oscuro. Encontrábamos también allí *acederas*. Las comíamos sin lavar y aunque ácidas nos parecían exquisitas. Si las llevábamos para casa las comíamos en ensalada.

A los '*cahazos*' nos acercábamos con precaución. El agua excavaba los rebordes y estaban bastante profundos. Nos habíamos familiarizado con las culebras de agua que escapaban al vernos; con las ranas que saltaban cuando nos acercábamos o cantaban sin parar cuando estábamos lejos. Si el arroyo iba más bajo, nos metíamos por las orillas para ver las *sardas*. En algunos cahozos encontramos peces mayores e incluso alguna tortuga. Cerca de los juncos veíamos unos bichos negros que se estiraban. Eran las sanguijuelas. A éstas sí que les teníamos miedo. En el verano nos bañábamos en estos charcos, en su agua llena de lodo que se revolvía, bien soleada y quizás saludable, pero salíamos más sucias que entrábamos. Teníamos precaución con estas sanguijuelas ya que podían adherirnos. Las culebras huían hasta el otro extremo; asomándose entre las hierbas nos sacaban la lengua.

Revoloteando por encima del agua había una especie de mosquitos de largas patas que se deslizaban sin apenas posarse. Las libélulas de alas azules se colgaban en los juncos que se balanceaban con su peso. Casi siempre las veíamos emparejadas y eso nos hacía mucha gracia.

En las encinas cantaban numerosos pájaros que venían a beber agua al arroyo.

También en esta zona aparecía con frecuencia la cigüeña con su porte majestuoso. Cuando había engullido bastantes bichos volaba hacia el palomar donde tenía el nido. Animaba el entorno con su silueta y el repiqueteo de su pico acompañado de movimientos de cabeza de adelante hacia atrás. Nosotras decíamos que la cigüeña estaba '*machacando el ajo*' porque había una planta que llamábamos '*ajos de cigüeña*' y pensábamos que era esto lo que llevaba a los cigojinos con el resto de la comida.

Los rebordes rocosos de este lado del sendero sobresalían próximos al arroyo. En esta zona más apartada, entre las ranuras de las rocas, había lagartos que se ponían a la abrigada a tomar el sol. Debían de reproducirse bien porque año tras año, al llegar la primavera, salían de su letargo invernal; siempre los veíamos en el mismo sitio.

También nos gustaba buscar grillos, mi padre nos había dado lecciones para sacarlos de las *hulleras*. En los atardeceres de comienzos de verano los escuchábamos cuando cantaban; nos acercábamos sigilosamente para verlos meterse. Cogíamos una paja, - siempre había pajas grandes, resto de las hierbas de primavera - le picábamos con ella y el grillo salía corriendo. Lo metíamos en una caja de zapatos con la tapa agujereada y nos daba la serenata unos cuantos días. Le teníamos que echar de comer y era un entretenimiento.

Así era nuestra vida en esta parte del cercado más próxima a la casa. Libres totalmente hasta el regreso de mi padre. Tan absortas, a menudo, que nos tenían que llamar para ir a comer o a merendar .

Este cercado era la zona más nuestra. Estaba separada del tránsito general de la dehesa y solamente mi padre podía cazar en ella. Con él y con mi madre recorríamos a menudo el resto del cercado. Arroyo abajo llegábamos hasta el *barrero*; una gran charca redonda se había formado allí. El agua era un poco más blanquecina porque el fondo era de barro blanco. En uno de los barrancos había una oquedad donde se cavaba para sacar el que se gastaba en la casa. No se permitía que otras personas extrajeran el barro de aquí. Era un poco untuoso y lleno de espejuelos. Encontrábamos algunas veces grandes trozos de mica que disfrutábamos exfoliándola.

Cuando mi padre nos acompañaba nos mostraba dónde estaba la encina macho con cuyas hojas decía quitar las verrugas. En secreto ponía debajo de una piedra tantas hojas como verrugas y cuando aquéllas se secaban, las verrugas desaparecían. Tenemos constancia de la eficacia del método.

En uno de los laterales de la charca del barrero los espinos eran preciosos. Cogíamos ramos de flores con precaución porque picaban mucho. En Septiembre estaba rojo el fruto y nos lo comíamos. Nosotros los llamábamos *amaulinos*.

El agua de esta charca duraba más que la de las otras y aquí se lavaba la lana después del esquila. Mi padre llevaba los sacos repletos, preparaba el sitio para el lavadero y la banca y luego se iba 'a dar vuelta'. Mi madre después de mojar la lana para que ablandara la suciedad, la enjuagaba y la escurría. Le dolían las muñecas de tanto apretarla una y otra vez. Luego la tendía en los carrascos que parecían ovejitas recubiertas con el vellón limpio y blanquecino. Al recogerla parecía que había mucha más porque se había esponjado. A veces la dejaba tendida y nos íbamos a comer; por la tarde volvíamos a recogerla. Para mi madre suponía una paliza esta tarea. Siempre se trataba de lana blanca; quedaba preciosa después de lavada y *escarmenada* para hilarla. La de peor calidad servía para rellenar los colchones y las almohadas.

Si mi padre no se iba "a dar vuelta", se quedaba con nosotras. Mientras mi madre lavaba , seguíamos con él arroyo abajo hasta el límite con Llamicas. El último cahozo a veces tenía peces. Si había poca agua en alguno nos metíamos a revolcarla ; las sardas subían a respirar y podíamos cogérlas. Estaban buenísimas muy fritas.

Los lagartos que habían salido por la hierba se escondían a nuestro paso entre los grandes carrascos. El perro después de una gran lucha conseguía matarlos. Si se subían a las encinas les tirábamos piedras. Mi padre con su buena puntería conseguía derribarlos y finalmente el perro los mataba.

El perro a veces sacaba un conejo, seguíamos su veloz carrera para atraparlo mientras aullaba tras él. Pocas veces lo cogía. Se le metían en la tapia, acudíamos a ver si era fácil sacarlo con cuida-

do para que la pared no se cayera. Mi padre no permitía hacer portillos en las paredes para sacar los conejos por lo que allí se quedaban escondidos.

A la derecha del arroyo en esta zona, había un gran reborde montañoso cubierto de encinas, jaras y carrascos. Enormes peñascos se habían desprendido de él y quedaban por las laderas. Entre estas peñas y la espesura vivían muchos conejos. Cerca de las encinas, entre el final de la ladera y el comienzo de la parte llana, estaban los *viva/es*. Mi padre los había mandado cubrir de leña y los conejos estaban más protegidos. A estos vivales mi padre venía a cazar “*a espera*”. Se colocaba al lado de una carrasquera o de una encina, bien al atardecer o al amanecer y esperaba que salieran a comer los conejos de los vivales. Con frecuencia volvía con un par de ellos para casa. Lo peor era cuando le daba la tos, se ponía nervioso, cada vez tosía más y tenía que volverse sin nada o cuando se le presentaba el perro y le estropeaba la espera.

Pasado el tiempo nos hicieron unos cepos, los llamábamos '*las panderetas*' y al atardecer mi madre y nosotras íbamos a ponerlos. Por la noche, si no hacía demasiado frío y estaba la noche clara, íbamos a buscarlos.

Poner los cepos era todo un arte. Primero había que buscar buenos sitios. *Vivales* bien seguidos o cagaderos frecuentados. Se notaban por las abundantes cagalitas frescas. Con la azada preparábamos el agujero donde introducíamos el cepto una vez abierto. No era nada fácil, era necesaria una fuerte presión para abrirlo, sujetarlo abierto con el pie mientras se colocaba el pequeño espigón, que luego tenía que saltar al pisar el conejo el plato. Debíamos cubrirlos bien sin ponerles demasiada tierra encima. Luego con una ramita de jara se alisaba para que pasaran desapercibidos. Los que se ponían en los cagaderos se cubrían con las mismas cagalitas. Los conejos tienen la costumbre de ir siempre a orinar al mismo lugar. Era peligroso este remate final porque si le tocabas inadvertidamente podían saltar y pillarte una mano. Eso me pasó a mi una vez. Ya estaba el cepto puesto y yo dije: “¡Voy a ponerle unas cagalitas y con una ramita voy a simular unas pisadas de conejo!”. No me di cuenta que las estaba haciendo muy cerca del plato, le toqué un poco, saltó el cepto y me pilló la mano. Menos mal que mi madre y mi hermana estaban cerca y acudieron inmediatamente a quitármelo. Por poco me corta los dedos. Los tuve macerados varios días y me sirvió de escarmiento. Nunca volví a hacer las pisaditas cerca del cepto.

Una noche mi padre y mi hermana fueron a buscarlos. En uno de los cepos había caído la zorra, pero se le había roto la pata y había escapado. La estaban buscando entre los carrascos, mi hermana se paró debajo de una encina y de repente oyó: “¡Gua, Gual!”. Se giró y vio a la zorra. Casi se cae del susto. Dio voces a mi padre y la zorra salió corriendo.

De regreso a casa, la noche estaba muy oscura y no veían bien el camino. Mi padre tranquilizó a mi hermana: “¡No te preocupes,- le dijo- conozco la dehesa como la palma de la mano!”.

Al llegar al arroyuelo, que está por la parte de abajo del Alto las Peñas, mi padre le asegura que ahí había poca agua y añadió: “¡Atrabanca Desiderio!” , expresión familiar para decir “salta”. Saltaron los dos y cayeron en medio del charco. Llegaron a casa muertos de risa por el incidente pero con los pies calados. Con el tiempo quedó siempre como dicho familiar para saltar '*atrabanca Desiderio*' unido siempre a la risa del recuerdo.

Si no íbamos a buscar los cepos por la noche solía ir mi padre por la mañana muy temprano, pero si venían pronto a llamarlo, entonces iba mi madre o uno de nosotros porque en esta época mi hermano ya se iba haciendo mayor. Un día fue mi madre a buscarlos y menos mal que llevaba la azada. ¡Menudo susto se llevó!. En uno de los cepos había un turón. Se abalanzaba hacia ella con cepto y todo. Por fin le dio un golpe con la azada y pudo matarlo. Lo cogió y volvió tan contenta para casa. Fue una pena que no lo disecáramos porque tenía una piel, marrón brillante, preciosa. Se la vendieron al pellejero y creo que con el dinero nos compraron unos pañuelos de seda para el cuello, el de mi hermana azul y el mío rojo. Todos los extra que sacaban nos los dedicaban a nosotras.

Desde los *vivales* para regresar a casa había una hondonada. Las encinas y los carrascos estaban muy espesos, nos parecía una pequeña selva. Quedaban restos de carboneras con una especie de anillo redondo negruzco. Se refugiaban entre la maleza cientos de pájaros. Era para nosotras el lugar para observar los nidos. En las ramas de las encinas, con pocas ramitas, los de las palomas torcaces, y los de las tórtolas. Más grandes, los de los arrendajos. Mayores aún, los de las pegas. Entre los carrascos encontrábamos algunos más a nuestro alcance para ser observados. Los de los jilgueros en las zarzas cerca del arroyo, en las hierbas del suelo los carboneros y gorriones. Normalmente no los cogíamos, nos gustaba encontrarlos, verlos de vez en cuando y seguir su evolución desde cuando estaban *piluetros*, luego con un pequeño plumón, hasta cuando observábamos que ya estaban voladores. Un buen día ya encontrábamos el nido vacío. Mi padre nos enseñaba a buscarlos y a respetarlos. El nos mostró como el Cuco ponía un huevo en un nido que no era el suyo; al crecer el polluelo más grande que los otros los echaba del nido y se aprovechaba del sitio y del alimento. Esto nos servía luego de comparación para decir: “¡Haces como el cuco, empiezas metiéndote un poco y terminas por echarme!”.

Ir de caza con mi padre era un disfrutar constante. Bullía en nuestro interior el contento. Cogía la escopeta, metía los cartuchos en el bolso, se colgaba la morrala al hombro y nos íbamos derecho al cercado a ojear. Nos decía como teníamos que hacerlo. Dábamos varios ojeos. Casi siempre empezábamos cogiendo nava arriba partiendo de nuestra casa y recorriendo la parte del cercado que daba sobre la carretera. Él se colocaba al fondo por este extremo. Nosotras con unos palos dábamos a los carrascos y si habíamos llevado el perro procurábamos que no se adelantara. Gritábamos constantemente: “¡Ahí va, ahí va, ahí va...!” con una cierta musiquilla y ritmo. Saltábamos de acá para allá para que no quedara nada sin ojear. Por esta zona solía aparecer una liebre. El primer disparo nos animaba y apretábamos el paso. El perro al oírlo a veces se nos escapaba y nos estropeaba todo porque se presentaba donde estaba mi padre. Cuando nos íbamos acercando, no disparaba, y nosotros echábamos a correr para ver lo que había matado. Esto mismo, si el viento venía de Zamora había que hacerlo al revés.

El ojeo que más me gustaba era el que hacíamos desde la pared del cercado que linda con la carretera hasta el alto de los *vivales*. Mi padre se subía en una encina y así tenía más espacio visual. Por entre las jaras llegaban los conejos que nosotros ojeábamos con grandes voces. Por la orilla de la nava solía salir la liebre que comía la grama y ciertas hierbas tiernas. Había que hacerlo muy bien para que la liebre no se escapara hacia el otro lado. Se oía un gran tiroteo y cuando llegábamos, mi padre se bajaba de la encina satisfecho, con una sonrisa de oreja a oreja, muy propia de él. Mientras nos contaba cada tiro nosotras recogíamos la cacería locas de contentas y regresábamos para casa alegres y dichosas, casi siempre cantando.

Descendíamos las laderas tapizadas por las flores blancas de las jaras, de centros rojizos, que se entremezclaban con las amarillas de los piornos y las moradas de los tomillos de San Juan. Más abajo el tomillo salsero, las reviejas en las zonas arenosas... Así retornábamos al hogar embriagadas con los perfumes de las plantas aromáticas que llenaban nuestros bolsillos y deslumbradas por la sinfonía de colores que habíamos gozado y que perduraba en nuestra retina: el blanco esponjoso de las esbeltas gamonetas, el morado del ciclamen, el azul de *los zapatitos*... La nava era un océano de flores y de pura belleza.

Si mi madre no había ido con nosotras nos recibía feliz y reía mientras le contábamos las incidencias. Ella preparaba los conejos que era una maravilla; formaban parte de nuestras comidas y de nuestras cenas. Los más tiernos los hacía fritos y estaban para chuparse los dedos. Otros los hacía estofados con muchísima cebolla que quedaba blanda y gustosa. Si habíamos matado bastantes, algunos los escabechaba y así se conservaban varios días.

Si el ojeo anterior no había salido bien hacíamos otro por la ladera del teso de los *vivales*. Escondidos entre la maleza había siempre conejos. Las jaras y los carrascos se intrincaban, impi-

diéndonos el paso en algunos sitios. Terminábamos con los brazos y las piernas llenas de raspaduras pero ni los sentíamos y tirábamos para delante. Aquí caía siempre algún conejillo que al ir a refugiarse en los vivales mi padre colocado detrás de la encina se lo ventilaba. Algunos quedaban heridos y había que buscarlos, el perro olfateando era el que más nos ayudaba. Si la liebre no había caído en el ojeo segundo había que ir a buscarla a otra parte del cercado que estaba del arroyo hacia Valverde. Había una charca poco profunda con hierbas altas; por allí estaba casi siempre escondida. Era un ojeo largo, teníamos que hacerlo despacio, era más cómodo porque había poca vegetación.

Si no habíamos cazado mucho, o nada, volvíamos por los Toriles. En esta parte había una plaza de toros, recuerdo de una ganadería brava que habían tenido los dueños anteriores.

Nos gustaba escondernos detrás de los burladeros, enormes lanchas de piedra en pie; correr por los toriles donde se encerraban las vaquillas antes de torearlas.

Lo que más asocio a estos lugares son los *drogueros*. En esta época de postguerra obtenían de la jara un líquido negruzco y pegajoso que llamaban '*la droga*' y que se la pagaban muy bien. A la dehesa llegaron los drogueros provenientes del pueblo de mi madre. Recuerdo al Sr. Anastasio, a Juliana, a Secundino, a Urbana Lucas, los Rondines, etc. Construyeron unos pequeños cobertizos con jaras, adosados a la pared de la plaza de toros. Bajo ellos, enormes calderas repletas de agua, empotradas en un hogar hecho de adobes por debajo del cual se metía la leña. Al hervir el agua introducían manadas de jaras que poco a poco soltaban la droga. Una vez formada una capa en la caldera la cogían con una gran espumadera y la echaban en unos recipientes de madera cuadrados hasta que se llenaban; luego los dejaban secar y formaban grandes panales que llevaban a vender a la droguería de Capelo, en Zamora. Era una manera de sacar algo de dinero en esta época de penuria. La jara no les costaba nada porque invadía por todas partes la dehesa: incluso convenía arrancarla en beneficio de las praderas. Nos encantaba ir por allí: como se trataba de gente del pueblo de mi madre y alguno pertenecía a la familia los sentíamos muy próximos. Charlaban de múltiples cosas con mis padres. Con nosotras jugaban y nos querían engañar diciéndonos que aquel líquido estaba buenísimo y que nos iban a poner un poco en el pan.

En el pueblo de mi madre había una creencia muy arraigada en las brujas y las ánimas y, al atardecer, a la luz de la lumbre, aprovechaban para contar cuentos. Hago aquí un inciso en la descripción para recoger algunos de los que narraba mi padre: historietas, a veces verídicas, como la siguiente:

Regresando mi padre desde Morerueta a Requejo la noche de ánimas, tenía que atravesar una parte de la dehesa que llamaban El Montico con abundantes encinas y carrasqueras. Se oía durante toda la noche el encordar de las campanas de Morerueta y Santa Eulalia. Mi padre, que ya llevaba su miedo, iba rezando a las ánimas, cuando, de repente, como a unos 500 metros delante de él se le presentan como dos alas blancas. El casi siempre llevaba un revolver en el bolsillo, lo saca, apunta bien, pero antes de disparar, las alas desaparecen. Avanza un poco y las alas blancas se le vuelven a aparecer. Durante tres o cuatro veces hizo la misma operación de sacar el revolver para disparar. Finalmente, revistiéndose de valor, se acercó sin disparar y descubrió que era un periódico, que estaba enganchado en un carrasco. Se trataba de una publicación de grandes hojas que llamaban El Sol. Con el viento, se abrían las hojas del diario y cuando cesaba el viento, se cerraban. Riéndose para sus adentros volvió a casa.

Lo contaba adornándolo como él sabía para tener en vilo al auditorio y al final hacerlo reír. También narraba otro incidente de ánimas o brujas sucedido a un pastor en Santa Eulalia. Los drogueros lo celebraban más porque conocían al personaje.

Miguel 'majito', un pastor de Santa Eulalia que había sido también un buen cazador, tenía un perro blanco que le acompañaba solamente si iba de caza. Cuando salía con las ovejas lo dejaba encerrado en casa. Toda la gente empezó a decir que ese perro era en realidad una bruja. En casa de los Rondines que lo vieron una vez, pensaron que estaba allí para hacerles daño y fueron corriendo a buscar a Ramón Suárez, un valentón del pueblo. El cogió la escopeta y fue dispuesto a matarla. Enfila, apunta cuando ve a la bruja y se da cuenta que no puede disparar; el perro se va

y él regresa a casa impresionado y muerto de miedo. *¿Qué había sucedido?... ¡Que no le había quitado el seguro a la escopeta!*

Este final producía la risa general.

De brujas sabía muchos; como eran personas conocidas del pueblo de mi madre, no me los ha querido dictar. Si recuerdo que cuando iba al pueblo miraba a estas personas con un cierto miedo.

Esta creencia en brujas estaba también muy arraigada en toda la provincia. El siguiente me lo contó mi padre que se lo había referido su madre, mi abuela Resurrección.

Había una señora que la llamaban 'la tía Quemada'. Decían que era bruja. Esto sucedió en Bermillo de Sayago donde vivió mi abuela.

Un señor tenía una vaca; cuando la vaca se ponía a comer, se presentaba siempre un gato al lado de ella; la vaca al verlo dejaba de comer. Así se iba quedando cada vez más delgada y se secaba de flaca. El dueño muy enfadado cogió una tranca y le dio tal paliza al gato que por poco lo mata. Al día siguiente, apareció la tía Quemada toda derrengada y con la nariz medio rota.

En esta creencia profunda de aparecidos también me comentó mi padre, y él lo contaba en las reuniones, que una noche de ánimas que iba mi abuelo Feliciano a moler, se le cayó el saco de encima de la burra. El solo no podía cargarlo. Después de muchos esfuerzos inútiles, descansó un poco e intentó de nuevo. Sin ninguna dificultad lo cargó sobre la burra pero vio que le estaba ayudando una persona vestida de blanco. Era un ánima que le aconsejó que el día de ánimas no volviera a trabajar y menos por la noche.

Todo esto me evoca una travesura de mi hermana que era el mismísimo diablo. Es del mismo talante que mi padre.

En la casona de Requejo, con los abuelos, pasábamos temporadas la mayoría de los nietos. Un año por los Santos coincidimos algunos allí. En una enorme sala que tenía dos grandes alcobas, dormían varios de los primos. En medio de la sala ponían un *hacha de cera* -enorme vela- que ardía toda la noche. Mi hermana ¿qué ideó?... Cubrirse con una sábana blanca y arrodillarse al lado del hacha encendida dando quejidos. Los primos al verla, empezaron a dar voces hasta que acudieron los abuelos y los tíos. No sé como no le dieron una paliza. Normalmente en casa de los abuelos siempre se reían las gracias de los nietos.

Después de oír alguno de estos cuentos en las droguerías, al regresar a casa veníamos pegaditas a mi padre y mirando hacia todas las carrasqueras por si veíamos algún ánima.

Otras veces los cuentos no eran tan terroríficos, sino graciosos, divertidos, como el de *'la lavativa'*:

Eran los hijos de un señor que creían que su padre tenía muchos ahorros. Al morir el padre, los hijos se lanzaron a repartir la herencia. Partieron las tierras y la hacienda. No satisfechos pensaban: ¿Dónde tendrá mi padre el tesoro escondido?

Al repartir las cosas de la casa, muebles, enseres, en el baúl mayor que tenían, donde se guardaba la ropa en aquellos tiempos, vieron que había un letrero que decía: ¡Con lo que hay en el baúl hay que tener mucho ojo!

Levantaron la tapadera y había otra nueva tapadera que decía: ¡Mucho cuidado con lo que hay al final del baúl; hay que tener mucho ojo!

Siguieron descubriendo con impaciencia; al final vieron un bulto grande envuelto en papeles. Lo des envolvieron y cual no sería su sorpresa al ver que se trataba de una gran lavativa de las que se empleaban para los caballos.

A poco más se mueren del disgusto y se dieron cuenta de qué ojo se trataba.

Nosotras nos reíamos mucho con este cuento y lo mismo luego los nietos que luego siempre repetían: ¡Abuelito, cuidado, que 'hay que tener mucho ojo'!

Sobre un tema similar de reparto de herencias y para hacer pensar y reír contaba también el cuento siguiente:

Un matrimonio tenía un buen capital, entregaron los bienes a sus hijos para ayudarles y al final el pobre matrimonio murió abandonado y en la miseria. Al morir los pobres viejos, los hijos rápidamente fueron a recoger los enseres que quedaban en la casa y vieron una caja muy cerrada. Los hijos la abrieron creyendo que se trataba de alguna cosa de valor. Lo que en ella había era un cartelón grande en el cual se podía leer: 'El que entrega sus bienes antes de la muerte, merece que le den con la porra en la frente'. A aquellos hijos les sirvió de lección.

Mi padre solía traer a colación este cuento en el momento oportuno y todo el mundo sacaba la moraleja.

Mi madre muy pocas veces contaba historias. A veces, para apostillar lo que contaba mi padre, nos relataba alguna verídica. Así cuenta ella lo que sucedió en Moreruela de Tábara, pueblo al lado del suyo:

Había un señor que no tenía hijos, lo llamaban de apodo el 'tío Cancín'. Se dedicó a cuidar ganado toda su vida, a trabajar mucho en todos los oficios, y a ahorrar cuanto podía del fruto de su trabajo. Cuando llegó a la vejez y necesitaba que lo atendiera la familia se aconsejó de un vecino muy rico que tampoco tenía hijos. Siguiendo su consejo, le entregó todo el dinero y hacienda a sus cuatro sobrinos diciéndoles que lo que guardaba en el chaleco no lo repartiría hasta después de su muerte.

Lo llevaban un mes cada sobrino, dándole muy bien de comer y atendiéndolo en sus necesidades, siempre pensando que 'al cerrar el ojo' se apoderarían de lo que tenía en el chaleco.

Aumentó la vejez y aumentaron los achaques y llegó el momento de entregar su alma al Creador. Como todos estaban deseando apoderarse del chaleco anhelaban que llegara el mes para llevárselo a su casa. A punto de morir se juntaron los cuatro sobrinos y antes de que agonizara ya le habían arrancado del cuerpo el chaleco que no se lo había quitado ni para dormir. Cual no sería su asombro al ver que solamente le quedaban 56 pesetas.

Una buena lección para los avariciosos y un buen consejo del amigo para que lo atendieran bien hasta su muerte. Sirvió en el pueblo y alrededores para aconsejar: “Haz como el tío Cancín; quédate con el chaleco hasta el último momento”.

Todos los cuentos e historias tenían la misma misión: relajar, distraer y dar una lección.

Tras este inciso, regreso al cercado, lleno de vida, que nos facilitaba el contacto con los animales, con las plantas y las flores.

Repleto de acontecimientos de los que disfrutábamos y en los que participábamos siempre rodeados de mis padres. A veces arroyo abajo, íbamos a Llamicas, saltábamos la tapia y al fondo veíamos las casas. Allí vivía la tía Reza, una buena mujer, pequeña, sonriente y acogedora. Tenía dos hijas, una de ellas monja.

Nos gustaba ir a bañarnos a una enorme *buchina*. Salía un potente chorro de agua por uno de los laterales que hacía subir rápidamente el nivel del agua. Se bajaba por unas escaleras metálicas que me producían terror. Yo procuraba no separarme mucho de ellas porque como el suelo estaba tan resbaladizo te caías fácilmente; ellas me servían de asidero. La *buchina* tenía gran profundidad pero nosotras solamente nos bañábamos cuando cubría poco más de medio metro ya que no sabíamos nadar. Un día casi me ahogo: me resbalé, metí la cabeza bajo el agua y no era capaz de enderezarme. Después me enfadé con mi hermana que no me había ayudado y encima se reía de mí porque yo tenía el pompis fuera del agua y tan atolondrada me encontraba que no era capaz de sacar la cabeza.

Mis padres nos acompañaban y luego íbamos a la huerta que se hallaba un poco más abajo, en una zona llana, de aluvión donde se producía fácilmente todo tipo de cultivos. Lo que más sembraban era alfalfa y patatas. ¡Cuántos árboles frutales y qué grandes y bonitos! Las manzanas, en especial las verde doncella tan brillantes y rosadas por un lado estaban diciendo: ¡cómeme!.

Esta dehesa pertenecía al Duque de Sotomayor y su encargado nos las vendía así como las patatas. Las manzanas perfumaban las habitaciones. Mis padres las ponían debajo de las camas o en

un cajón de la cómoda. Nos duraban casi todo el año. Junto con las uvas constituían nuestro postre diario.

Esta parte de la dehesa de Amor llamada Llamicas era muy hermosa y para nosotras una evasión ir a ella.

Delante de nuestra casa había otro cercado más pequeño adonde acudíamos pocas veces. Las gallinas con frecuencia ponían por allí y teníamos que saltar la tapia para ir a buscar los huevos. Era difícil encontrar los *niales* pero daba mucho gusto localizarlos.

Este cercado producía una hierba abundante y allí metían los bueyes que traían del *rebezo*. El caballo también les hacía compañía durante el día. En el centro una pequeña charca para beber los animales y unas cuantas encinas al fondo le venían muy bien a él o a las burras para refugiarse del calor y de las moscas en verano.

Al salir de casa, siempre contemplábamos esta estampa tan bonita de los bueyes grandes, negros moruchos, y el gran caballo bayo que sacaban por las mañanas y recogían por la tarde si no lo llevaba mi padre para dar vuelta. Nos encantaba verlo llegar tan erguido, tocado con su sombrero y acompañado del perro. Era la silueta de un buen jinete al que yo veía como un gran personaje

Al llegar montado en él nos agarraba por la mano desde el caballo y nos izaba para sentarnos delante o detrás de él y darnos una vuelta. ¡Qué bien se iba!

En ese cercado, un verano que estalló una tormenta tremenda después de comer, mientras todos dormíamos la siesta, yo me levanté a contemplarla. Al abrir la puerta de casa, justo en ese momento, una inmensa luz me quedó medio ciega, acompañada de un restrallete penetrante, fulminante. Cuando me serené y miré lo que había pasado, un rayo había matado a uno de los bueyes que estaba pastando a cincuenta metros de casa. Pasé un miedo horrible. Desde entonces no me fié demasiado del pararrayos que estaba encima de la casa de los dueños y que siempre me había dado tranquilidad, aunque hiciera retumbar toda la casa cada vez que un rayo caía en él.

También disfrutábamos de un sitio muy entrañable sin tener que ir al cercado: era '*el carrasco*'. A la derecha de la casa, atravesando el camino, se extendía una pradera preciosa que se cubría en el otoño de *tijeretas*. Descendía hacia el arroyo. Cerca de la carretera en un trozo se daban las primeras trufas. En el mismo reborde una zarza nos ofrecía las moras.

Un poco más allá, pasadas unas *lascas* blanquísimas por el agua que escurría en tiempo de lluvia, encontrábamos un matorral con un carrasco más alto en el centro. Los rebordes pedregosos junto a él, nos servían para jugar también allí a las casas. ¡Qué de horas pasamos jugando a su sombra! Cogíamos el agua del arroyo de las Siete Alcantarillas que discurría por la parte inferior. Abundaban las hierbas que nos servían para hacer las comidas. Nos invitábamos una a la casa de la otra y nos sentíamos muy felices. Barríamos un trozo y con piedras delimitábamos las habitaciones. Desde aquí observábamos todo el movimiento de nuestro hogar y mi madre nos veía a nosotras. Correteábamos de acá para allá buscando semillas y plantas para las "comiditas". Respirábamos a pleno pulmón. Rodeadas de unas vistas preciosas, absortas en nuestros juegos se nos pasaba el tiempo sin sentir.

¡Hermoso mundo el de nuestra infancia, tan natural y tan fantástico a la vez; en libertad controlada y rodeadas del cariño de unos padres que daban seguridad y alegría! Mis sobrinos mucho más tarde siguieron jugando en este carrasco. Actualmente se ha convertido en una encina y ha perdido parte de su encanto.

Capítulo Sexto

En este ambiente que formaba nuestro dominio más próximo, más íntimo, había dos acontecimientos que sobresalían de los demás: las Navidades y la matanza.

El paisaje anunciaba el ambiente navideño. Las grandes heladas cubrían de escarcha encinas, carrascos, matorrales en general. Las hierbas más altas parecía que lagrimeaban. El suelo se volvía duro y soplabla una brisa gélida. Cuando los días amanecían claros, esta visión blanca del paisaje nos deslumbraba y si había niebla, normalmente era tan húmeda -la llamábamos niebla meona- que no se podía salir de casa; había que encerrarse al lado de la lumbre y ocupar el tiempo leyendo fábulas. Sabíamos de memoria las 'Fábulas de Samaniego'. Aprendíamos poesías que mi padre nos enseñaba o leíamos nosotras, como las de Gabriel y Galán: '*La Montaraza*', '*Mi vaquerillo*', '*El ama*', '*Escribame una carta Sr. Cura*'. La de '*mi vaquerillo*' era la que más me gustaba: *He dormido esta noche en el campo, con el niño que cuida mis vacas....*

Teníamos pocos libros de cuentos pero los leíamos una y otra vez y siempre les sacábamos algo nuevo. Mi padre había leído mucho en su juventud y seguía leyendo todo lo que caía en sus manos. En una ocasión le pidió a Agustín García Calvo, sobrino suyo, algo para leer. Entre los ejemplares que le prestó se hallaba '*La Retirada de los Diez Mil*'. Parece increíble, pero se la leyó de cabo a rabo.

Sabía casi de memoria '*El Quijote*'. Aplicaba siempre las sentencias de Sancho y traía a colación, según el momento, los pensamientos más profundos de Cervantes.

Había leído las obras completas de Unamuno, y es curioso como había calado en su pensamiento. Con su memoria prodigiosa recordaba todo. Estos libros y muchos más como los de Ortega y Gasset, Pío Baroja, Pereda... los sacaba de la Biblioteca del Colegio de Moreruela, perteneciente al Patronato de Sierra Pambley, donde ejercía mi tío Amadeo de profesor. Todo este bagaje de lecturas había dado a mi padre una formación cultural no corriente en un hombre de campo. Esta afición por la lectura influyó en nosotros y por eso, los días de niebla o de lluvia los aprovechábamos para leer.

Unos días antes de las Navidades escribíamos las felicitaciones a toda la familia y aprovechábamos también para invitarlos a la matanza. Previamente mis padres habían acordado la fecha.

Mi madre planeaba la cena de Nochebuena. Si habíamos matado, el lomo adobado frito, con patatas o ensalada estaba buenísimo. Normalmente iba a Zamora unos días antes y traía algo extraordinario para estos días. Entonces no se fabricaban tantas variedades de turrón: solamente adquiríamos del 'blando' y del 'duro', como lo llamábamos. A mi padre le gustaban mucho las peladillas y los piñones y siempre compraban una bolsa de cada clase. La abundancia mata el placer y a nosotros un cuadradito de turrón o unas cuantas peladillas nos sabían a gloria. También solían llevar nueces, higos y pasas. Los dueños de la dehesa nos daban la '*colación*' que consistía en un par de barras de turrón y un paquete de peladillas. La traían con una cierta antelación y era ya el preludeo de la Navidad.

Antes de llegar la Nochebuena respirábamos el ambiente hogareño y eso era lo mejor de todo. Asistíamos a los preparativos con expectación. Encendían por la tarde una gran lumbre y estábamos deseando que llegara la noche. Cenábamos a una hora temprana y jugábamos a las cartas esperando que se llegaran las doce de la noche para celebrar el nacimiento del Niño Jesús. Un poco antes de esta hora, mi madre preparaba todo en una bandeja, el turrón duro se partía con una cierta ceremonia. Traía la tabla y el martillo y mi padre con un golpe seco y contundente procuraba hacer trozos iguales cortados a lo ancho; luego se dividían por la mitad. Nos encantaba que se rompieran un poquito porque los pedacitos nos los daban y esto aumentaba los jugos gástricos. El turrón 'blan-

do' era más fácil de partir. Calculábamos bien que las barras nos duraran para los tres días: Nochebuena, Año Viejo y Reyes. Solamente se partía el necesario para que no se reblandeciera demasiado.

Durante todos estos preparativos cantábamos villancicos sin parar. ¡Mi padre sabía tantos! Hay uno que me parecía especial suyo y que lo ha seguido repitiendo todos los años cuando por estas fechas nos reuníamos hijos, nietos y biznietos. Era el siguiente:

*Esta farolita, que alumbra con gas
de la media noche, a la madrugada.
Es la estrella que a los magos
Vino a enseñarle el camino
y no deja de pararse, hasta su rostro divino.*

Había villancicos especiales para la Nochebuena como:

*Ande, ande, ande, la marimorena
ande, ande, ande, que es la Nochebuena.*

A este estribillo le añadíamos todo tipo de estrofas. Algunas que nos hacían reír. Mi padre las entonaba y nosotras repetíamos el estribillo:

*En el portal de Belén, han entrado los ratones
y al pobre de San José, le han roído los calzones
En el portal de Belén, hay estrellas, sol y luna
La Virgen y San José y el Niño que está en la cuna,*

Había estrofas profanas, recuerdo la siguiente:

*En casa de Pedro Lomo, hay un borrico colgado
el que quiera longaniza, que vaya y le corte el rabo*

Añadíamos el estribillo:

ande, ande, ande...

Algunos villancicos eran verdaderos romances:

*Quien es aquel chiquitito
Todo vestido de blanco
Es el hijo de Maria
y del Espíritu Santo*

Estribillo:

*Venid pastorcitos
venid a adorar
al Rey de los cielos
que ha nacido ya
que ha nacido ya
que ha nacido ya
venid pastorcitos
venid a adorar.*

*Quien es aquel chiquitito
Todo vestido de verde
es el hijo de María
que ha nacido en un pesebre.*

*Quien es aquel chiquitito
todo vestido de azul
es el hijo de María
que ha de morir en la cruz.*

Después de cada estrofa realizábamos el estribillo tocando las castañuelas de madera recia que habían pertenecido a mi abuelo.

Otros realizaban la pobreza de Jesús:

*El niño de Belén
carece de cuna
Niño de mi corazón
quiero hacerte una
en la que descansarás
y muy contento estarás
que le pla, pla, pla,
que le ce, ce, ce,
que le place al Niño
nuestro gran cariño.
También le he de regalar
para hacer sopitas
un puchero y además
una cucharita
cucharita y tenedor
para cuando sea mayor
que de pla, pla, pla,
que de ta, ta, ta,
que de pla, que de ta
que de plata nueva
como así lo quiera
Y si lo quiere aceptar
yo le pienso regalar
una blu, blu, blu,
una sa, sa, sa
una blu, una sa
una blusa nueva
como así lo quiera.*

Mi madre no era muy cantadora pero siempre nos acompañaba en estos momentos tan entrañables. Cantábamos, comíamos y aunque no había *champagne* entonces, solíamos tener alguna botella de anís; ese día nos daban un poco. La bebida que más nos gustaba era un licor-café buenísimo, poco cargado y muy dulce. También preparaba en el tiempo de la vendimia, una o dos botellas de vino de confección casera; le cortaba la fermentación, lo colaba bien por un trapo, quedaba espumoso y dulce. Estaba delicioso. En este ambiente de alegría y calor familiar nos parecía que el Niño Jesús estaba ya entre nosotros.

Mi padre cogía el badil y la llave, tocaba marcando el ritmo como si fuera una jota y así bailábamos el siguiente:

*Los pastores y zagales
caminan hacia el portal
llevando llenos de frutas
los cestos y el delantal
Estrillo:
La Nochebuena se viene
La Nochebuena se va
y nosotros nos iremos
y no volveremos más
Larala, larala, larala, la la*

Larala, larala, larala, la, la, la, la, la...

*Los pastores que supieron
que el Niño estaba en Belén
abandonan las ovejas
y se echaron a correr.*

*Los pastores que supieron
que el Niño quería fiesta
hubo pastor que rompió
tres pares de castañuelas.*

Nosotras repiqueteábamos las castañuelas a toda fuerza mientras que bailábamos el menudillo correspondiente al estribillo final de cada estrofa. Mi padre nos decía como teníamos que mover los pies y las manos. Casi siempre nos acompañaba girando él también alrededor de nosotras. Mi madre no participaba nunca pero disfrutaba mucho viéndonos.

Algunos de estos villancicos me evocaban la vida de la dehesa, del campo con sus personas y animales.

Este lo cantaba mi padre y tenía una música especial.

*La Virgen va caminando
por una montaña oscura
al ruido de una perdiz
se le ha espantado la burra*

Nosotras entonábamos el estribillo:

*Venid pastorcillos
venid a adorar
al Rey de los cielos
que ha nacido ya
que ha nacido ya
que ha nacido ya
venid pastorcitos
venid a adorar.*

Nos gustaba mucho el siguiente porque tenía muchas 'erres' y lo cantábamos muy deprisa:

*Hacia Belén va una burra
rin, rin, yo me remendaba
yo me remendé*

*yo me eché un remiendo
yo me lo quité*

*Cargada de chocolate
lleva su chocolatera*

Rin, rin, yo me...

su molinillo y su anafre

María, María,

ven acá corriendo

que el chocolatillo

nos lo están comiendo

María, María

ven acá volando

que el chocolatillo

nos lo están robando.

Este villancico también lo bailábamos y añadíamos estrofas de otros para añadir al estribillo el rin, rin.

Si habíamos matado, con la vejiga del cerdo bien hinchada y un poco seca, nos hacían unas zambombas en un bote. En el centro de ella ataban una paja, cogida de los *encaños* de centeno o de avena salvaje. Mi padre, a veces la hacía en un cántaro y la llamaba '*la berriona*'. Mojábamos un poco los dedos índice y pulgar, los deslizábamos de arriba a abajo de la paja. Producía un ruido sordo, con él conseguíamos dar ritmo a nuestros villancicos. Actualmente la radio y sobre todo las televisiones han matado estos ambientes tan entrañables y es una pena. En esos días nosotras acumulábamos la alegría para el invierno cuando la naturaleza se volvía hostil.

Hacia la una de la mañana nos acostábamos cansadas de tanto cantar y bailar, pero con nuestras mentes llenas de felicidad y de cariño hacia el Niño Jesús que acababa de venir.

Al día siguiente, día de Navidad, íbamos a misa a Cabañas, nevara o diluviara. Nosotros no perdíamos nunca la Misa y menos en día tan especial. A pesar del frío, la gente irradiaba aún la alegría del día anterior y aunque la iglesia era heladora compensaba con el calor humano y el divino. Arriba, en uno de los altares instalaban el Portal de Belén, las montañas, los pequeños lagos hechos con papel de plata y los grupos de pastores que se dirigían hacia la gruta. Nosotras queríamos llegar pronto para acercarnos a ver el Nacimiento antes de que empezara la misa.

Éramos un poco el reloj del señor cura. Cuando nos veían llegar por el camino, una vez que pasábamos la raya de la dehesa, decían: “¡Ya vienen los de Llamas!. ¡Hay que tocar a misa!”. Siempre aparecíamos puntuales. Mis padres nos enseñaron a llevar la puntualidad al extremo.

La Misa en los días de fiesta era cantada y todo el mundo participaba en ella olvidándose un poco del frío. Era una misa de Ángelus, ya un poco transformada y adaptada al pueblo que co-reaba a pleno pulmón. Respondían en latín a su manera pero con todo el corazón.

El pobre Don Aquilino, santo sacerdote, a veces se ponía un poco pesado en la homilía y se nos quedaban los pies helados al permanecer tanto rato sin moverlos. La decía con tan buena voluntad y comunicaba tantas verdades que conseguía mantener la atención de los fieles. Al final de la misa, comenzaba la adoración del Niño. Don Aquilino cogía un Niño Jesús acostado en una cuna y daba a besarlo; con un trapito blanco limpiaba el sitio donde la gente besaba, en una rodilla lo más frecuentemente o un pie que era lo que presentaba más próximo. Mi padre decía: “Yo le beso una mano que está más alejada” y nosotras hacíamos lo mismo.

Iniciaban la adoración los hombres en fila y, al terminar, se salían a la puerta de la iglesia; luego iban las mujeres y finalmente los niños. Durante todo el tiempo se cantaban villancicos y se coparticipaba de una alegría general unidos en unas mismas creencias bajo la dirección del pastor de la iglesia.

Una vez fuera, las señoras marchaban corriendo a hacer la comida, los señores se quedaban charlando un buen rato. Mi padre permanecía siempre rodeado de gente: todos eran sus amigos que apreciaban su charla culta, seria, amena y, según las circunstancias y las personas, con su nota de humor.

Mi madre y nosotras bajábamos a casa de mi tía Serafía, donde siempre parábamos. Nos cambiábamos de calzado, recogíamos las cosas, bajábamos a la Cooperativa a comprar, si no nos había dado tiempo antes de misa y regresábamos a la dehesa.

Los tres kilómetros del regreso se nos hacían mucho más largos porque ya sentíamos ganas de comer. Mi madre dejaba casi siempre la comida al lado de la lumbre y nunca se le quemó. Mi padre comentaba: “¡San José nos atiza el puchero mientras estamos en la iglesia!”. Gran creyente supo retransmitirnos su fe con el ejemplo.

Si el frío no era muy intenso, por la tarde salíamos de caza o a dar una vuelta por Valverde, por la caseta de los pastores, por los carboneros... Normalmente la temperatura no lo permitía y nos quedábamos en casa. Así se pasaban el día de Nochebuena y Navidad.

El día de Nochevieja era distinto. Carecía del misterio del nacimiento del Niño Jesús, pero presentaba la odisea de tragarse las uvas a gran velocidad.

Normalmente en el cernidero, en un estaribel de donde pendía un cañizo, conservábamos uvas, pimientos, tomates. O bien los racimos se colgaban de las puntas o formaban rosarios en los varales de la despensa.

Estas uvas que nos regalaban en su tiempo, las conservábamos así para postre de una parte del año. Guardábamos siempre las mejores para "el día de las doce uvas". Mi madre traía bastantes en un plato para poder elegir las.

Como el día de Nochebuena, después de cenar, jugábamos nuestras partidas. Nos turnábamos por parejas: bien mi hermana y mi padre contra mi madre y yo o bien a la inversa. Yo era más torpe que mi hermana pero mi madre era la más avispada y nos compensábamos. Mi padre apuntaba los juegos en un papel y las partidas estaban a veces reñidas. Yo prefería la brisca al tute. De todos modos no me gustaba mucho jugar a las cartas: sufría cuando perdía porque era torpe jugando. Comprendo que era un gran entretenimiento y una buena convivencia. Con una mirada retrospectiva ahora yo creo que me acomplejaba ante mi hermana y por eso yo no disfrutaba tanto.

También jugábamos al julepe con alubias y con piñones dulces, yo era poco decidida y me daba mucha pena perder mis piñones. En estas partidas evoco siempre la camilla con el brasero; cubierta, para jugar, con una manta preciosa que mi padre llevaba atada a la montura del caballo, si hacía frío. Era de cuadros vivos y muy molletuda. La colocábamos sobre el hule para que no se ensuciaran las cartas.

A las once pasadas ya mi padre se impacientaba y empezábamos a preparar las uvas. Las arrancábamos con cuidado para no espachurrarlas, elegíamos las más gordas y formábamos los paquetes, primero cuatro, luego los cinco cuando mi hermano fue creciendo y ya participaba de todo. Preparábamos el turrón y era una especie de aceleración interior la espera de las doce de la noche.

Mi padre colgaba el badil de hierro forjado que había hecho mi abuelo Félix, de una punta del reborde de la chimenea. En una mano tenía las uvas y en la otra las tenazas para dar con ellas las campanadas sobre el badil. Era todo un récord, dar el golpe, decir una y tragarse la uva... dos... tres... hasta las doce. Nosotras alrededor de él las íbamos tragando como podíamos. A veces nos hacía reír haciendo muecas y nos atragantábamos con la risa. Teníamos que terminarlas después de la última campanada. Procurábamos por todos los medios acabarlas al mismo tiempo que él.

Disfrutábamos mucho comentando las pequeñas peripecias que nos habían sucedido al tragarlas. Era un rato estupendo. El encanto del badil desapareció primero con la radio que daba las doce campanadas y parecía una novedad y, luego, con la televisión que le dio la puntilla.

Teníamos villancicos especiales para este día. Además de los que cantábamos en Nochebuena, que los repetíamos también este día, teníamos que cantar el siguiente:

*Llevemos pues, turrónes y miel
para ofrecer al Niño Manuel, Manuel, Manuel.
Le voy a regalar un pito y un cayado
con que ha de dirigir
a su rebaño amado
Allí, allí nos espera Jesús
Allí, allí, nos da vida y salud
Llevemos pues, turrónes y miel
para ofrecer, al Niño Manuel, Manuel, Manuel.*

Así festejábamos también el nombre de Jesús - Manuel. Recordábamos el santo de los Manueles: mi tío Manuel, marido de mi tía Amelia, a tío Manolo, el de mi tía Serafía. Después de comer, cantar y bailar terminábamos el año felices y contentos. Mis padres tapaban la lumbre y nos íbamos a la cama para empezar con esperanza el nuevo año.

Solíamos tener unos almanaques cuadrados que se clavaban en la parte de arriba del calendario anual. Además de indicar el día tenían el horario de la salida y puesta del sol y de la luna. En la parte de abajo el Santoral. Lo más interesante era lo escrito en el reverso: pequeñas historias, curiosidades, anécdotas, proverbios, acertijos. Era un medio de información interesante y ameno. Este

último día del año mi padre solía arrancar la última hoja del almanaque y del calendario y poner muy repleto el del año siguiente.

El día del Año, como el día de Navidad, íbamos a misa a Cabañas temiendo al bueno de Don Aquilino que se empeñaba en leer todo el movimiento del Año de la parroquia, además de la consabida homilía. Se podían comparar el número de nacimientos y de defunciones, los nuevos matrimonios. Ya tenían tema para hablar a la salida de misa.

Nosotros siempre nos poníamos en la parte de atrás de la iglesia, al lado del altar de Santa Águeda y cerca de la tribuna. Debajo de ella y muy próximo a nosotras se ponía mi padre. Había unos bancos para sentarse los hombres. Las mujeres tenían reclinatorios particulares. Nosotras llevábamos una almohada para arrodillarnos porque el suelo estaba helado y a veces húmedo. Aguantábamos estoicamente de pie la homilía.

Se iban pasando los festejos navideños e íbamos liquidando el turrón. Pero aún nos quedaba el tan esperado día de Los Reyes.

Al tener tan pocos juguetes comprados, la llegada de este día tenía un sabor especial. Siendo pequeñas nos engañaban y nos hacían ir por la mañana a buscar los reyes con unas escaleras para que pudieran bajarse de los camellos. Íbamos cargando con ellas hasta los *ceboneros*, pues nos decían que venían por aquel lado. Cuando volvíamos cansadas, sin haberlos encontrado, resultaba que habían llegado por otro camino. Los Reyes no nos habían podido esperar porque tenían muchos juguetes que repartir. La desilusión de no verlos se compensaba con la alegría de descubrir el juguete: una pelota, una cama para las muñecas, mi madre nos hacía luego el colchón, la almohada, las sábanas. Otras veces un armario para las muñecas y siempre algún cuento. Lo disfrutábamos y cuidábamos tanto que llegaba todo intacto hasta el año siguiente.

La víspera de Reyes, como extraordinario en la cena, solíamos asar el primer chorizo de la matanza. Mi madre elegía uno de los buenos, lo envolvía en papel de estraza, mientras que mi padre hacía un sitio con el badil en el rescoldo de la lumbre. Lo recubrían de ceniza primero, para que no se quemara y de brasas por encima para que se pasara bien. Estaba exquisito, tan jugoso, cuando lo metíamos entre el pan que se impregnaba de la grasa roja. Mis padres opinaban entonces sobre si había quedado soso o salado y de cómo iba la curación. Mi padre lo solía colocar encima del pan y lo cortaba en rodajas con su afilada navaja, comentando lo bien unida que iba ya la carne y si tenía o no pegada ya la tripa.

Después de la cena, rematábamos el turrón, las peladillas, las pasas y nueces mientras cantábamos los villancicos relativos a los Reyes:

*Ya vienen los Reyes
por los arenales*

*ya le traen al Niño
muy ricos pañales*

Estríbillo:

*Pampanitos verdes
hojas de limón
la Virgen María
Madre del Señor.*

*Oro, trae Melchor,
incienso Gaspar
y olorosa mirra
el rey Baltasar.*

Otras canciones eran relativas a la petición del aguinaldo.

Los jóvenes tenían la costumbre de pasar por las casas pidiendo el aguinaldo. La gente les daba chorizo o dinero. Luego se reunían en algún sitio para comerlo. A la dehesa también venían. Algunos eran de la dehesa misma: criados, zagales de los pastores, el rebecero. Se unían todos para

venir a pedir los Reyes. Oíamos ladrar desaforadamente al perro y sabíamos que se acercaban. Cuando llegaban decían: “¿Dan su permiso para cantar los reyes?” Al decirles que sí, empezaban con todo un repertorio de villancicos acompañados de instrumentos variados: castañuelas, cencerros, zambombas. En la noche fría y oscura resonaban las canciones con música casi celestial. Todo ésto realizaba la fiesta. Yo me imaginaba la ida de los pastores hacia el portal de Belén y la adoración de los Magos.

Mi padre nos había enseñado alguna de estas letras entre religiosas y profanas. Se reía mucho cantando alguna de estas estrofas y estribillos.

Estribillo:

*Buenos días, buenos años
que nos deis el aguinaldo
de la longaniza nueva
y un poco de farinato*

*Canta compañera canta
que ya la veo venir
con el candil en la mano
y el chorizo en el mandil
No queremos mucho
ni tampoco poco
un pernil entero
y la mitad de otro*

Entre las estrofas profanas recuerdo una que me hacía mucha gracia porque mi madre era hija de herrero y cuando mi padre la cantaba miraba hacia ella y se reía mientras nosotras bailábamos repiqueteando las castañuelas.

*Salen los herreros
cantando la jota
y la herrera sopla
fuerte de la bota.*

Uníamos unas estrofas a otras aunque no formaran un mismo asunto:

*Carrasclás y que Niño tan guapo
Carrasclás y que bonito está
Carrasclás y que madre que tiene
Carrasclás, carrasclás, carrasclás.*

A veces una estrofa medio gallega

*El pai y la mai
el os fillos los tres
y chascarrasclás y dale que tes
y dale que tes, y dale que tes
el pai y la mai e os fillos los tres.*

Con esta estrofa bailábamos una especie de muñeira al son de la música que mi padre hacía con cualquier instrumento de percusión o raspando una botella. La casa entera se impregnaba de alegría. En nuestras mentes nos acostábamos con el encantamiento de la música, evitando dormirnos para oír venir a los Reyes con los juguetes. Porque algunas veces los Reyes venían de noche. Y tampoco conseguíamos verlos: el sueño nos vencía antes. A la mañana siguiente ya habían pasado. Nos decían: “Han llegado muertos de frío. Han entrado a calentarse y les hemos dado una copa y unos dulces para que repusieran fuerzas”. Dejaban la bandeja bien visible encima de la mesa para que nosotras pudiésemos comprobarlo. Incluso nos enseñaban las huellas de las patas de los camellos. ¡Todo tenía tanto encanto en estos días!

Los dueños de la dehesa tenían la costumbre de traer un regalo para cada niño que viviera en ella. Venían todos bien envueltos y metidos en una caja. Al principio hacíamos nosotros la distribución, asignábamos a cada niño uno según la edad y el gusto. El día de Reyes venían todos a casa a buscarlos con sus padres, era toda una expectación ver las caras expresivas, tímidas a veces, de los pequeños al coger el paquete y la prisa por volver a casa para poder jugar con él. Era bonito tener contacto con el tropel de niños de la dehesa. Este día final de las celebraciones navideñas nos deseábamos muchas cosas buenas para el año que comenzaba. Así terminaban estas fiestas tan entrañables de vida en familia cristiana, rememorando y celebrando la venida del Niño Jesús con todos sus misterios.

En las noches largas de invierno mi padre nos entretenía contándonos cuentos. Otras veces se dormía pronto después de cenar y después de haber pasado al libro de cuentas todas las entradas y salidas, altas o bajas que había habido a lo largo del día.

Me encantaban los cuentos de sordos. Como yo no los recordaba bien pedí a mi padre que me los contara de nuevo .

'La familia de los sordos'.

En una familia eran todos sordos. Estaba compuesta por la abuela, el matrimonio, un hijo mozo y una hija joven. Vivían muy pobremente. El padre estuvo muy enfermo y no pudo trabajar durante algún tiempo y tenía que pagar una deuda a un ricacho del pueblo. El día que se puso un poco mejor, cogió la manta -se tapaba con un tapabocas- y salió a dar un paseo por el campo. Se encontró en el paseo con el señor al que le debía el dinero. El señor muy amablemente se dirigió a él y le dijo:

- ¿Cómo estás, fulano? Me alegro de verte mejor.

El sordo contestó:

- Perdona hombre, que no te hayamos ido a pagar, pero vea usted la situación.

El ricacho le contestó:

- No te preocupes y cuídate que ya pagarás.

Volvió a casa y la mujer que estaba deseando tener un cerdico para cebarlo para la mañana le dijo al marido:

- ¿Ya estás aquí?.

El marido le contó que se habían encontrado con el fulano al que le debían dinero y le había dicho que si no le pagaban enseguida, le embargarían la casa. La mujer-sorda le contesta:

- Pues mira, si vale para cebón lo mismo me da que sea blanco que negro.

La madre se fue contenta a contárselo al hijo y le dijo:

- ¿No sabes que tu padre me va a comprar un cerdico para cebarlo?.

El hijo que tenía ganas de un traje le contestó:

- Lo mismo me da que sea de paño que de pana, el caso es que me lo hagan pronto.

Sale de allí y se encuentra con la hermana y le dice:

- ¿No sabes que me van a comprar un traje?

Y la moza contesta:

- ¿Y va a venir esta noche a verme?. ¿Es guapo?. ¿Es buen mozo?.

Estaba tan contenta que sale brincando de alegría y se encuentra con la abuela que le gustaba empinar el codo y le dice:

- Abuela, ¿no sabe que me ha salido un novio?

- Y la abuela le contesta:

- ¡Coge la garrafa y vete corriendo a buscarlo que lo mismo me da tinto que blanco!.

De ahí la moraleja, cuando todos quieren hablar y nadie escucha al otro dicen: “¡Esto parece el cuento de los sordos!”.

Otro muy gracioso y que luego los nietos contaban a su vez entre sus amigos era el siguiente:

Un padre y un hijo, sordos los dos estaban sembrando patatas para Tamame (pueblo limítrofe con la dehesa). Vieron venir a uno por el camino con un caballo y el padre dijo al hijo:

- Me preguntará qué cuanto he arado y le diré que desde el hato para acá, y qué cuantas patatas he sembrado, y le diré que dos cebaderas llenas. Luego me preguntará que si puede beber agua de la fuente y yo le diré que sí, y que tiene una profundidad hasta la mitad de este nudo de la vara. Después de haber bebido agua me preguntará seguramente que por donde se irá al pueblo, y le diré que por esta cuesta arriba.

El labrador estaba tan satisfecho porque aunque no lo oyera ya sabía lo que tenía que contestarle. Llega el señor del caballo y le dice:

- ¡Buenos días labrador!

El labrador le responde:

- Desde el hato 'pacá' señor.

- ¡Que no te digo eso hombre!. El señor se enfada y le dice: ¡Si comieras cagajones!.

El sordo responde:

- Estas dos cebaderas.

Más enfadado le dice:

- ¡Si te metiera la vara por el culo!.

El labrador responde:

- Hasta este nudo, señor.

Finalmente el señor harto le dijo:

- ¡Si te llevaran los demonios!.

El sordo satisfecho responde:

- Por esa cuesta arriba.

El señor del caballo viendo el panorama espoleó y se fue riendo del percance.

Ejercitábamos la memoria queriendo contarle a continuación.

Capítulo Séptimo

El otro acontecimiento entrañable y lleno también de buenos recuerdos eran las matanzas. Mi padre ya tenía elegido el cerdo que ganaba anualmente. Miraba bien que tuviera buenos jamones y poco vientre, señal de poca grasa. Si el porquero se aproximaba con los cerdos a la casa nos gustaba saber cual era el nuestro..

Con tiempo se estudiaba en el calendario la fecha oportuna para que pudieran venir los familiares sin perder muchos días de trabajo. Casi siempre se elegía la matanza entre Navidad y Año Nuevo. Coincidió a veces con los Santos Inocentes, el 28 de Diciembre.

En la carta de mi tío Manuel que poseía un comercio de ultramarinos en Santa Eulalia se le encargaba un pimentón de muy buena calidad.

Unos días antes mi madre iba a Zamora a comprar lo necesario: orégano, especias, piñones pelados para las morcillas, las tripas que debían de ser bien planchadas y del tamaño adecuado. Adquiría también abundante comida para los tres días de la matanza.

El señor Tentemozo, padre de la vaquera, nos solía traer unas berzas buenísimas, repollos blancos y tiernos que servían para un primer plato en la cena. Nos proporcionaba también unas enormes cebollas para las morcillas. De la huerta o bien de casa de mi tía Serafía provenía la enorme calabaza que había que raspar también para las morcillas. El primo Abundio de Villanueva y el Sr. Rachao previamente nos habían aportado un excelente vino.

Me ilusionaba ver regresar a mi madre en el coche de línea con su cesta de mimbre repleta y un par de bolsas a rebosar. Media hora antes de la venida del coche ya la estábamos esperando.

¡Qué hermosas y qué blancas las escarolas que solía traer para la ensalada! En contraste, las aceitunas negras que le agradaban tanto a mi padre. Las ponía en un recipiente con tomillo salse-ro y cáscaras de naranja. Así tomaban un aroma especial.

También solía comprar pescadilla para la cena de una noche; la preparaba enseguida, la dejaba dispuesta para ser rebozada, la colocaba en lo más fresco de la despensa.

Mi madre con una mente muy bien organizada, estructuraba previamente lo que tenía que hacer cada día, la comida que iba a ser servida; siempre ayudada por mi padre que tanto disfrutaba con todos los preparativos. Nosotras los seguíamos con el máximo interés y llenas de impaciencia.

En esa época se organizaban dos cacerías: una previa a la llegada de los familiares para procurarnos suficientes alimentos y otra posterior para proporcionar placer a los tíos, que gozaban con la caza.

A todos les encantaba la liebre. Mi madre sabía guisarla tan bien que se chupaban los dedos. Necesitábamos al menos dos. Los conejos se podían tener escabechados con antelación o recién hechos, estofados con muchísima cebolla y ajos. De ambos modos estaban deliciosos. Sabían fuertemente a jara, y los de Vallondo a poleo, de tal manera que no necesitaban ninguna especia para realzar el sabor.

Cuando mi padre no había podido hacer acopio de caza antes, la víspera salíamos nosotras con él a ojearle y era un placer venir cargados para casa.

La otra cacería se celebraba el mismo día de la matanza después de matados, chamuscados y vaciados los cerdos. Salíamos todos de ojeo. ¡Cómo disfrutábamos y cómo nos reíamos! Mi tío Andrés, hermano de mi padre, era graciosísimo. Siempre fiel a la cita, llegaba temprano, primeramente en la burra (y entonces le acompañaba mi tía Encarnación), y posteriormente en la bicicleta con un cajón atrás donde solía traer al perro, el Tom, que no obedecía a nadie. Mi tío se pasaba el ojeo dándole voces y espantando toda la caza. Acababa por entregárselo con una correa a mi paciente tío Amadeo que terminaba agotado de hacer los cien metros lisos detrás del perro.

Cuando traía la escopeta, mi padre lo ponía en el mejor sitio por donde pensaba que iba a pasar la liebre. Le voceábamos cuando la veíamos salir: “¡Tío, ahí va, ahí va...!” Cruzaba a veces por delante de él y no le disparaba o le disparaba cuando ya se había ido. Al terminar el ojeo mi pa-

dre un poco enfadado le decía: “Pero Andrés, ¿qué te ha pasado?” y él contestaba con mucha gracia: “¡Pues que cuando veo la liebre no veo el punto de mira de la escopeta y cuando encuentro el punto de mira ya se me ha escapado la liebre!”. Todos nos echábamos a reír, recogíamos las piezas y regresábamos a casa.

Un día que había mucha niebla, nos mandaron dar un ojeo alrededor del montículo de Peñagorda. Los pequeños nos despistamos y no llegamos al sitio donde estaban las escopetas. Mi padre tuvo que gritar para que supiéramos donde se hallaban. Llegamos muertos de risa al sitio, contando nuestras peripecias, pero habíamos estropeado el ojeo.

La antevíspera y la víspera de la matanza todo era movimiento y actividad. El rebecero limpiaba la cuadra del caballo, le echaba paja limpia para meter los cerdos que tenían que estar sin comer uno o dos días a fin de que tuvieran las tripas vacías y fueran más fáciles de lavar. Mi padre llevaba el caballo para las casas de arriba donde estaba el corral y el comedero de los bueyes.

Mi madre tenía mucho trabajo. Lavaba las artesas, los baños, los recipientes para la manteca, la enorme caldera que había que fregar con sal y vinagre: daba mucho trabajo, pero quedaba preciosa. Todo quedaba preparado en el cernidero para cuando llegara el momento oportuno. Se preparaba la leña para derretir la manteca, sacada de una vieja viga que ardía muy bien, se colocaba debajo de la gran caldera en el cernidero. Los criados, por las mañanas temprano, preparaban astillas de las partes gruesas de la encina y un montón de leña para la cocina de la casa. Dejaban grandes troncos que servirían de *arrimaderos* en la parte izquierda del hogar de la cocina.

Recuerdo un día que mi padre y mi tío Andrés iban a poner la lumbre. Se levantaron los primeros, cogieron entre los dos un gran arrimadero. En el momento de situarlo en el hogar no se pusieron de acuerdo. Uno decía: “¡el arrimadero por el nacedero!”, el otro opinaba que por el lado contrario. Tira para acá... tira para allá... Mi padre que seguro que quiso tirar más porque era más fuerte, se hizo daño en los riñones, le dio lumbago y no pudo moverse en toda la matanza.. Mi tío se reía, mi padre voceaba y enseguida cualquier salida graciosa fomentaba la carcajada y el enfado se disipaba.

También recuerdo oír las risas que se traían los dos después de haber puesto la lumbre. Nos despertaron a todos con las carcajadas y... ¿qué era?. Estaban leyendo en alto el libro '*La venganza de Don Mendo*', de Muñoz Seca. Mi tío era un teatrero y mi padre se desternillaba con él. Cuando nos levantábamos nos leían los pasajes más graciosos y la hilaridad era general. Estar al lado de ellos resultaba un placer.

Sobre la mesa nos esperaban los dulces de vino, las pastas, las 'madalenas' y el aguardiente o licor-café que iba tomando la gente, según se iban levantando, para entrar en calor. Las mañanas en este tiempo eran gélidas.

Los enormes cuchillos esperaban el acontecimiento. Mi padre los había afilado a fondo el día anterior sobre la gran piedra de afilar que solía encontrarse al lado de la pila de las gallinas. Aparecía un poco curva por el centro de tanto usarla.

¡Qué enorme era el cuchillo de matar!. Daba miedo, tan puntiagudo. También estaba la *carpa*, de hoja redondeada ya desgastada por el uso con su empuñadura de asta que resultaba inmejorable para raspar. Los demás cuchillos de todos los tamaños para seleccionar la carne permanecían en retaguardia.

Si no había mucha familia, un par de criados bajaban para ayudar a coger el cerdo. Echaban un saco de paja al lado del banco de matar, banco hecho de corazón de encina, y el momento comenzaba.

Sentíamos un poco de miedo. Nos sobrecogía el ver clavar el cuchillo en la papada del cerdo, el gruñir estridente y el chorro de sangre que brotaba a raudales mientras mi madre daba vueltas a toda velocidad a la sangre que caía en una cazuela de barro e iba destinada a las morcillas. No podía cuajarse. Otras veces mis tías la ayudaban en estos menesteres.

Mi padre era muy diestro para matar. Se colocaba detrás del cerdo; le sujetaba la cabeza metiéndole los dedos por los orificios nasales, le levantaba un poco la cabeza hacia atrás y clavaba

certeramente el cuchillo en el lugar adecuado. Lo dejaba sangrar bien para que la carne quedara más blanca. Todos comentaban la pericia de mi padre y él reía satisfecho.

A continuación se cogía al cerdo por las cuatro patas y se le situaba bocabajo sobre la paja. Lo recubrían de *encaño* y lo chamuscaban.

¡Qué llamaradas!. Nos encantaba calentarnos y ver como lo hacían. Con unas *manadas* encendidas por un extremo chamuscaban las pezuñas un rato hasta que tirando se soltaban. También las partes de la cabeza más cerdosas. Vigilaban que no se quemara, le daban la vuelta para chamuscarlo por la parte de abajo y antes de subirlo al banco aún caliente se limpiaban algunas partes. Ya en el banco se raspaba mejor y se le echaba agua hirviendo, no en demasiada cantidad, para que no se ablandara el cuero pero que quedara limpio. Luego el tocino de papada, sobre todo frito, con este cuero tostado y crujiente estaba buenísimo.

Una vez bien raspado, mi padre con precisión cortaba la cinta en la parte central del vientre. Al hacer la incisión, la manteca blanca y humeante quedaba al descubierto. Luego profundizaba el corte con cuidado para no afectar las tripas. Allí estaban dispuestas las mujeres para cogerlas. ¡Cuántas tenían!. Llenaban el baño de la ropa. Hacían un glu... glu... al moverlas y siempre despedían un olor poco agradable.

Mi padre ataba el cerdo por el hueso central con las *cornales* de los bueyes y lo sujetaba a unas escaleras. Le pasaba también las coyundas por el *brazuelo* de los jamones y de las paletillas tirando de ellas hacia atrás para que quedara totalmente abierto. Le sacaba la asadura: hígado, pulmón y corazón y lavaba todo con abundante agua fría. Una vez escurrido el cerdo, lo metían para la cochera donde debía enfriarse bien para poder deshacerlo al día siguiente.

En una gran sartén de altas patas y asas laterales se ponía a cocer la sangre. Se necesitaba tener cuidado para que no se ahumara. Le hacían una gran cruz para poder sacarla más fácilmente en trozos. Esponjaba al cocer llenándose de ojos y al guisarla quedaba más jugosa. Me gustaba cuidarla mientras hervía, darle vuelta y sacarla con la gran espumadera a una cazuela de barro de Pereruela. Se guardaba en la despensa para que se enfriara.

Mientras los hombres se lavaban y recogían, se ponía rápidamente la mesa. Cargábamos el brasero con brasas y almorzábamos todos juntos con satisfacción proyectando la inmediata cacería ya que, como he dicho, era el día de salir de caza.

Los hombres se iban y las mujeres se quedaban para lavar las tripas. Primero se *desentretañaban*, es decir, se separaban con cuidado unas de otras porque estaban pegadas por grasa que había que ir arrancando con precaución para que no se rompieran. Convenía tener al lado un paño y una cuerda por si sucedía alguna avería. Era necesario limpiar y atar rápidamente con el fin de que la porquería no manchara la manteca. Si las tripas eran muy tiernas se rompían con facilidad y era doble trabajo y disgusto para la persona que lo estuviera haciendo.

Una vez desentretañadas se iba a lavarlas al arroyo. El agua estaba helada e incluso había que romper el carámbano. Mi madre cortaba las tripas según la medida adecuada para los chorizos; las delgadas primero, eran más fáciles de lavar aunque tenía su dificultad darles la vuelta con el palo de la rueca que por el uso estaba muy fino y no las prendía. Era todo un arte darles la vuelta para que los chorizos quedaran por la parte más seca y limpia de la tripa. Las más gordas eran difíciles de lavar. Mi hermana y yo echábamos agua con un puchero, primero en las puntas y luego por dentro hasta que quedaban perfectamente limpias. Todas ellas esperaban en un recipiente en el cernidero para recibir las chichas de los chorizos.

Si hacía demasiado frío, se calentaba agua en la caldera en el cernidero y se lavaban con agua caliente. Quedaban mejor y era más rápido aunque se gastaba más agua.

A los pequeños nos divertía hinchar la vejiga del cerdo. Soplábamos por una paja de encaño colocada en ella y le dábamos golpes sobre el banco de matar para que fuera dándose de sí. A veces a fuerza de darle la rompíamos y nos llevábamos una gran desilusión. En algunas casas la llenaban de manteca, decían que se conservaba mejor. A nosotros nos servía de entretenimiento, jugábamos al balón con ella y luego las utilizábamos para las zambombas.

Los hombres regresaban de la caza con- tando todos los incidentes y se encontraban la mesa ya puesta . ¡Qué comidas tan amenas y tan alegres! Mi madre preparaba unas alubias buenísimas o una rica paella. Todos alababan a la cocinera y el cariño familiar que nos envolvía nos resultaba muy entrañable.

Prolongábamos la comida, tan animada que no sentíamos ganas de levantarnos de la mesa. Mi madre se hallaba en todas partes; estos días se multiplicaba por cuatro. Admiro la resistencia y la disposición que manifestaba. ¡Mis padres disfrutaban tanto con toda la familia! Los de Santa Eulalia que hacían un esfuerzo por venir siempre, los de Zamora, tía Genoveva y los suyos, los de Morales: todos acudían a ayudarnos y a acompañarnos en el gran festejo familiar.

Después de comer, mientras las mujeres hacían las morcillas los hombres ayudaban a mi padre a preparar el *estaribel* para los chorizos y a continuación se daban un paseo por la dehesa para ver el ganado . Si hacía mucho frío jugaban la partida.

Para la elaboración de las morcillas ya el día anterior habían migado el pan. Siempre se reservaban un par de panes duros, uno para ellas y otro para los *coscarones*. Si no éramos muchos, mi padre ayudaba; migaba muy fino mientras mi madre picaba la cebolla - lo más desagradable -, y nosotras raspábamos la calabaza. La cebolla y la calabaza se cocían en una gran sartén y se les añadía un poco de pimentón. En la artesa se colocaban las migas y se volcaba sobre ellas la cebolla y la calabaza cocidas. Las gorduras que se sacaban de entre las tripas se freían y se unían también a la masa de las morcillas. Por fin se repartía un puñado de piñones pelados y miel o azúcar. Todo aquello esperaba la llegada de la sangre. Se iba echando con tiento para que no quedaran ni demasiado duras ni demasiado blandas; se amasaban bien todos los componentes para que las migas ya ablandadas se mezclaran con todos los ingredientes. Se probaba el *mondongo* y todo el mundo daba el visto bueno sobre la sal, y sobre si estaban dulces o no. Mi padre, tan goloso, era el que decidía.

Las tripas para embutir las morcillas eran más cortitas, se cortaban todas iguales y se las ataba por una punta. Era necesario meterlas en agua caliente a fin de que ablandaran bien y se deslizaran fácilmente por el embudo o la cuerna. Había que picarlas con una aguja; no mucho, no fuera a salirse la sangre. No se llenaban demasiado para que no explotaran al cocerlas. Se echaban en una gran sartén llena de agua. Hervían durante unos minutos y se las sacaba cuidadosamente. Se las colocaba sobre unos sacos en la parte de atrás de la cocina con el fin de que absorbieran el agua y les sirvieran a la vez de mullido. Las morcillas siempre se hacían en el escaño; allí se colocaba la artesa y allí se iban embudando.

Quedaban preciosas colgadas todas iguales en el varal que pendía de dos cuerdas del techo y estaba situado un poco por delante del escaño. Al día siguiente ya estaban un poco oreadas y no había peligro. Pronto la tripa se iba arrugando y significaba que ya podían comerse fritas. A mi era como más me gustaban; cocidas, quedaban más blanditas pero menos sabrosas. A mi padre le encantaban de las dos maneras y las saboreaba que daba gusto verlo. Se tomaban en esta época en el almuerzo, después de unas sopas de ajo, o en la comida, como ración.

Las partidas de cartas por las tardes eran muy divertidas. Se cubría la mesa con la manta de mi padre de cuadros verdosos y rojos y jugaban a la brisca o al tute. No eran grandes expertos, pero se lo pasaban muy bien. A nosotras nos gustaba ver las jugadas y siempre queríamos que ganara mi padre. A veces no se entendían en las señas que el jugador tenía que dar al compañero y discutían o reían según el caso. Mi padre no salía nunca de la dehesa a jugar la partida, pero en estos días , con la familia ,disfrutaba mucho jugando. Pasaba las cartas con mucha rapidez cuando contaba y yo, que era tan torpe para sumar, lo admiraba.

Algunas veces interveníamos también las mujeres. Cuando éramos muchos jugábamos '*al burro*', '*al un dos tres*', '*a la misericordia*'... y qué palizas nos dábamos, pero siempre se producían motivos de risa. Cuando había que colocar la mano rápidamente sobre la de la persona que decía '*burro*', siempre discutíamos sobre quien era el último. Algunos la ponían por un lado para no dejarla encima y ser los que se llevaban la paliza. Yo creo que fue una vez mi primo Fernando el que al po-

ner la mano, tenía sabañones y le salieron reven- tados de la refriega. Los que más discutían eran mi padre y mi tío Andrés, como siempre, pero con el gracejo de uno y de otro, todo terminaba en carcajadas.

Cuando le tocaba a uno recibir la paliza mi padre cogía las cartas, las barajaba bien, cortaba y le pedía que eligiera una por arriba, por abajo o por el medio de la baraja.

Por el lado que eligieran iba sacando cartas; cada una tenía una canción y mientras cantaban te pegaban con la mano donde pillaran, menos en la cabeza. Acostado sobre la mesa observabas como salían las cartas. Si salía el As, se daba un solo golpe y se decía: “¡As que te saco los ojos!”.. y se hacía ademán de sacárselos. Si era el dos, se decía mientras se daba: “¡Dos, quédate con Dios!”. El tres: “¡Tres miliquitrones tres, la perrita mi tío Andrés y la de mi tío Sebastian, tris, tras!”. El cuadro, “ ¡un sopapo!”... y te daban en la cara. El cinco, “¡un pellizco!”... y los había de todas clases. El seis: ¡”Amenaceis y no deis y si dais perdéis!”... y el que diera liberaba al que se le estaba dando la paliza y se ponía él. Todo el mundo tenía mucho cuidado, pero siempre había alguno despistado. El siete, “¡un cachete!”. El rey: “¡Que estaba comiendo arroz y tanto comió que reventó!”. Había una canción más sucia que era: “¡Rey reinando por las montañas, tirando pedos por una caña!, ¡al respeluz!”.. y se tiraba del pelo. El caballo: “¡Caballo mío careto, te tengo que romper, te echo paja y cebada y no la quieres roer, roer, roer!”. También se cantaba, “¡caballo por ser caballo yo no te puedo tener, te echo paja y cebada y no la quieres comer!”. Lo peor era la cantarena de la sota que era larga, larga, mientras todos *encalcaban* dando: “¡La Bartola se casó con la dote de su padre, como eran tantos hermanos, la dote no era muy grande. Lo primero que le dio, fue un justillo sin ojales, también le ha dado un candil, con el garabato grande, también le ha dado un colchón, que no le sirve para el catre, también le ha dado un borrico de sesenta Navidades que tiene una matadura de las orejas al rabis, al rabis!”. Al decir esto se le hacían cosquillas en el culete al que estaba recibiendo la paliza.

Había otra cantilena más corta, era: “¡Sota marota, no cagues a mi puerta, está mi madre mala y no gana para escobas!”

El que estaba tumbado estaba atento, por si al salir la carta elegida le podía dar a alguien en la mano, al que le diera tenía que recibir la paliza del resto de las cartas. Todo el mundo escondía las manos a gran velocidad.

Otro juego era *'la misericordia'*. Uno tenía la carta que perdonaba, le iban dando la paliza hasta que el que tuviera la carta dijera ¡misericordia! y se paraba de pegar. Esto originaba a veces picadillas porque si tardabas en perdonar cuando te pillaban a ti te breaban a palos. Nunca la sangre llegaba al río porque era para divertirse. Así se pasaba la noche. Mi madre había dado los últimos toques a la cena y ponía la mesa y se cenaba con buen humor.

Llegaba el momento difícil. ¿Dónde acomodar a tantas personas? Se acostaban en los dos dormitorios, unos en las camas y otros en colchones en el suelo. Si aún quedaba gente por colocar utilizábamos las camas de las criadas . A menudo les tocaba a mis padres dormir en la cocina, en el escaño. Cuando todo el mundo se acostaba ponían un colchón sobre él, ampliado un poco con dos o tres sillas; dormían al lado de la lumbre y muy juntos por falta de espacio, así que no pasaban frío. No sé como podían descansar para estar en pie al día siguiente. Yo nunca oí quejarse a mi madre y eso me ha servido de ejemplo en mi vida: he conseguido tener un autocontrol del dolor. Yo también dormí algunas veces en la despensa, ya de mayor, en una cama que me preparaban con un somier viejo. Nunca lo vimos como una incomodidad: estábamos tan felices de tener a toda la familia acompañándonos que aquello nos parecía estupendo.

Todo el mundo se levantaba temprano. Casi había que hacer cola para pescar libre el palanganero. Nos lavábamos con el agua de la tinaja que estaba helada y enseguida nos espabilábamos. Tomaban leche y un dulce, sobre todo los hombres que iban a acompañar a mi padre a la cochera, donde estaba el animal con la carne ya fría, después de haber pasado el día y la noche oreándose.

Se colocaba el banco cerca del cerdo, se iba desatando con cuidado para que resbalara hacia el banco sin caerse. Se le quitaban los *gargantales*, palos que se ponían de un lado al otro del vientre para que quedara más abierto.

Ya estaban preparadas las artesas, los baños, todos los recipientes adecuados para ir poniendo las distintas partes del cerdo, que mi padre iba sacando. Seguía un orden con gran maestría.

Primero separaba la cabeza del resto del cuerpo e iba a parar a una artesa para deshacerla después. Con una macheta muy afilada cortaba, con muy buen pulso y mucha precaución para no estropear los lomos, por los dos bordes del espinazo para dividir al cerdo en dos partes y trabajar mejor. Luego iba separando el lomo del espinazo, sacándolo muy bien, sin darle *javetadas* con el cuchillo. Yo observaba con atención lo bien que lo ejecutaba mi padre mientras los demás sujetaban por las patas y lo admiraban también. Una vez separada la carne del espinazo, tiraba de éste hacia arriba y lo iba sacando. Con la macheta cortaba el hueso del culo y el espinazo salía completo con el rabo incluido. Cortaba finalmente de arriba a abajo el tocino con muy buen pulso ¡Qué alto era en la zona de la cruz entre las dos paletillas! Quedaba dividido en dos mitades. Una se colocaba en una artesa y él seguía trabajando en la que quedaba sobre el banco. Extraía, a mi parecer, lo mejor del cerdo: los solomillos y el lomo. Le gustaba que estuviera mi madre delante cuando los sacaba. Si no estaba decía: “¡Anda, llama a tu madre que venga a ver!”. Ella dejaba su tarea de preparar el almuerzo y venía a dar el visto bueno. Después sacaba las costillas y separaba las paletillas y los jamones del resto. Le quedaba la hoja de tocino libre y preparada para echarla en sal. Según su costumbre, mientras hacía esto, contaba algún cuento gracioso para entretener a la gente como el siguiente:

Había un labriego en un pueblo que intentó robar un cerdo en una dehesa, y después de mucho vigilar cuando los encerraban y cuando iban a comer y pensar cual sería la mejor ocasión para que no lo viera nadie, se decidió a ir a las dos de la mañana y robar el más cebado que hubiera. Lo agarró por una pata, tiraba de él todo lo que podía pero a mitad del camino el cerdo empezó a gruñir tan fuerte: guñiii, guñiiii... que el hombre estaba asustado porque lo iban a oír. El cerdo dio un salto y se le escapó de entre las manos. Pero el hombre era de conciencia y no podía dormir ninguna noche pensando en que había intentado robar el cerdo. Para quedar a gusto pensó que lo mejor sería confesarse con el señor cura. Una mañana, un poco antes de la hora de misa, se armó de capa y traje de fiesta y se acercó al confesionario donde todos los domingos confesaba el Señor Cura antes de misa. Se acercó al confesor y después del consabido 'Ave María Purísima' confesó que el pecado mayor que tenía era que había robado un cerdo. El Señor Cura le dijo que estaba en pecado mortal y para que Dios lo perdonara tenía que dar cinco duros para las ánimas benditas. El hombre se defendía diciendo que tenía muchos hijos y no tenía ni para pan. Pero el cura insistía que no tenía otro remedio que darle los cinco duros para ser perdonado y poder darle la absolución. El pobre hombre sacó los cinco duros del bolsillo, se los presentó al cura y cuando le iba a echar mano el señor cura, el paisano le dijo: guñii, guñiii, así me hizo a mi el marrano y se escapó. El paisano se guardó los cinco duros en el bolsillo y se marchó tan satisfecho.

Los que estaban con él se reían y se le hacía el rato más ameno. Recuerdo que también contaba otro que él llamaba 'el de la chivirrina'.

'El de la chivirrina'

En un pueblo de Sayago, había un sacerdote que tenía otro pueblo anejo para decir misa todos los Domingos y fiestas de guardar. A este pueblo iban en una borrica él y el sacristán que siempre le acompañaba y era del mismo pueblo. Tenían que atravesar una dehesa y vieron corriendo por el campo un cabritillo que se había perdido de la cabra. El cura le dijo al sacristán:

- ¡Corre, corre tras él y cógelo que ya tenemos la cena!

El sacristán tanto corrió que le dio alcance. Le ataron las patitas y lo metieron en las alforjas y 'pa' casa con él después de decir misa.

Llegó el tiempo del cumplimiento pascual y el sacristán, como todo hijo de vecino, se fue a confesar con el mismo sacerdote que era el único que había y le dijo:

- Me acuso, padre, de haber robado una cabra.

El cura muy enfadado le dijo:

- Pero hombre, como lo has hecho, no te puedo absolver, tendrás que restituirla. Como has podido hacer eso con los buenos consejos que te doy.

El sacristán todo compungido le aclaró:

- Pero Sr. Cura, si fue aquel día que íbamos juntos y salió la cabrita delante de nosotros, y usted me dijo: vete corriendo a por ella y tráela para acá.

A lo cual le dijo el cura:

- ¿Pero era aquella cabra que tu dices que has robado?.

- Si Sr. Cura, era aquella.

Entonces el cura le dijo:

- Hombre, el robo de aquella, no es pecado porque era 'una chivirrina' y el cura le dio inmediatamente la absolución.

Así quedó el dicho 'es una chivirrina' para algo que no tiene mucha importancia. Hombre, eso no importa, es una chivirrina.

No se entienda que al narrar estos cuentos algo anticlericales mi padre pretendía ser poco respetuoso con el clero. Más bien transmitía la literatura oral europea que enlaza con los “fabliaux” franceses y los relatos medievales españoles. La moraleja matizada con el humor atraía a este público y le enseñaba.

Entre bromas y veras los cerdos estaban deshechos. Quienes habían trabajado se lavaban las manos y se iban a almorzar.

¡Qué bien preparaba mi madre el hígado con pimentón rojo y bastante vinagre; yo no me cansaba de mojar en la salsa. La chanfaina le quedaba muy rica y jugosa porque además de bastante cebolla le ponía fritada. También se comía un poco de mondongo de las morcillas. Todo acompañado de aquel pan tan natural que elaboraba mi madre y que servía para hacer las sopas de ajo que se tomaban para empezar. Con estas ricas calorías se cogía fuerza para continuar el trabajo.

Una vez deshecho el cerdo, el trabajo de colaboración de todos bajo la supervisión de mi padre empezaba. Se trataba de despedazar todas las piezas, arreglar bien las costillas, jamones y separar minuciosamente la grasa de la carne. Se hacían tres apartados: uno para la manteca que tenía que ir muy limpia, sin nada de carne. A ella se le unían los mantos que se habían despegado del interior de las costillas. Era difícil pelarlas debidamente. Cuando resultaba complicado separar la grasa de la carne se ponía en el apartado de los chorizos malos que iban acompañados de carne de vaca. Esta carne la traíamos siempre de San Marcial, donde nos la elegían porque el carnicero era amigo de mi padre. Como la carne de vaca era bastante seca, era conveniente acompañarla de otra más grasa.

Los tíos ayudaban a mi padre a limpiar las piezas más delicadas. Lo mismo hizo mi hermano al hacerse mayor y con igual pericia.

En el tercer apartado iba la carne mejor, para los chorizos buenos y el salchichón. Si matábamos dos cerdos, se picaban las paletillas e incluso uno de los jamones, porque los chorizos, según decía mi madre 'nos daban más cuenta' que el jamón.

Los huesos no los pelábamos demasiado; servían también para comerlos. Se colocaban al lado del tocino y de los jamones en espera de que los echaran en sal.

Mientras tanto las mujeres ayudaban a mi madre a arreglar la casa. Después pelaban las patas, las orejas y los rabos si no se había hecho el día anterior. Con cuidado de no tenerlos demasiado tiempo en el agua hirviendo porque se encallaban. ¡Cómo cambiaban de aspecto una vez limpios!

Trabajito costaba. A veces te salpicabas la cara y no era agradable. Lo más difícil suponía arrancarle las pezuñas a las patas. Se les daban unos fuertes golpes y por fin salían. Si no estaban mis tías le tocaba casi siempre a mi madre que no paraba un momento: en cuanto mi hermana y yo tuvimos edad la ayudábamos lo que podíamos. Las patas, orejas y rabos tan blancos se metían en agua fría durante un tiempo y luego pasaban al montón del tocino y los huesos para ser salados.

La máquina de picar ya estaba preparada previamente. Cuántos años tendría aquella mesa de madera oscura donde estaba situada la máquina. Pertenece a los dueños que en sus comienzos fueron salchicheros.

En la antigua cesta estaban los embudos chicos y grandes, gruesos y delgados, las zarandas para picar más fino o más gordo. También las cuchillas y había que tener cuidado al cogerlas porque estaban muy afiladas. Parecía que la máquina cantaba según iba engullendo los trozos de carne que se apresuraban a salir por los agujeros de la criba una vez picados. Debían relevar de vez en cuando al que daba a la manivela, sobre todo con la carne de vaca que era más dura. Mi padre, como siempre, organizaba, vigilaba y animaba. De vez en cuando decía: “Esperanza, ven a ver esto. ¿Qué te parece cómo va?” No hacía nada sin consultar con ella y, sobre todo, era como si necesitara de su presencia. Le entregaba un gran trozo de carne para hacer un *sumarro* en las brasas: ¡Qué jugoso quedaba! Todo el mundo hacía un alto para saborearlo acompañado de una pinta de vino *canazo*: -vino con zumo de limón y azúcar o miel-.

Así se pasaba la mañana: escogiendo la carne y picándola. Daba gusto verla en las artesas con tan buen color esperando el adobo.

Después de comer era preciso preparar la caldera y tener todo dispuesto para hacer la manteca. Siempre se hacía en el cernidero. La caldera se colocaba con precaución en aquellas enormes trébedes que no asentaban nada bien. Se le ponía agua en el fondo; se metía a continuación la manteca y con un enorme cucharón de madera se iba moviendo para que no se pegara.

Las astillas de la viga seca ardían con una llama clara y alta. Hacía mucho calor. Casi siempre mi tío Manuel y mi padre se encargaban de este menester; le pedían a mi madre vino canazo para quitarse la sed al lado de la caldera.

Tampoco estaban ociosos los que se quedaban en la cocina. Ahora se trataba ya de migar el pan para los *coscarones*, un pan un poco duro para poder molerlo mejor. No era nada fácil y llevaba mucho tiempo. Colocadas las migas en un gran mantel, todos los que no tuvieran nada que hacer ayudaban a moler el pan apretándolo entre las manos una y otra vez hasta que quedaba en trocitos. Lo peor era cuando había poca gente y nos tocaba a nosotras estar allí toda la tarde frotando que frotando el pan. Se ponían las manos finísimas.

Las grandes ollas panzudas y las latas cuadradas esperaban metidas en unos recipientes con agua a que la manteca tomara un color transparente especial. Se retiraba la caldera del fuego con gran precaución, se sacaba de las trébedes y se situaba sobre un saco en el suelo, sin darle golpe para que no se rompiera. Con un cazo y un cedazo sobre la boca del recipiente se iban llenando los envases. El líquido de la caldera iba descendiendo; cuando ya quedaba poco se ponía de nuevo al fuego para que se pasaran bien los *chichos*. Los más gruesos, una vez escurridos, se sacaban a una cazuela de Pereruela e iban a servir para hacer los bollos de coscarón. Siempre que amasaba mi madre en época de matanza hacía uno que, recubierto de miel o de azúcar nos sabía delicioso. Los *chichos* más finos, una vez escurrida un poco más la manteca, iban a recibir las migas previamente molidas para convertirse en los *coscarones*. Los removían mucho para que se empaparan; se les añadía entonces la miel o el azúcar para endulzarlos.

En la cocina todos esperaban con impaciencia su llegada. Traían la caldera, la colocaban en el centro de la cocina y todos provistos de cucharas comíamos durante un buen rato. Tan calentitos y tan dulces se tragaban sin sentir. Nos gustaba intentar comerlos con el enorme cucharón de madera. En los días sucesivos, iban a servir para el almuerzo. Se calentaban mucho en una sartén y ser-

vían de comienzo. En esta época se solía comer también un torrezno de papada adobada o una costilla frita.

Todos estos productos tan naturales, además del placer de comerlos, daban las calorías suficientes para no sentir frío en las mañanas heladoras del invierno. Es curioso que entonces no hacían daño al estómago ni producían colesterol. Como se trabajaba fuerte, y se andaba mucho, se quemaba fácilmente el exceso de grasa.

En la matanza, después de comer los coscarones alrededor de la caldera, los que estuvieran libres jugaban sus partidas de cartas hasta que llegaba la hora de cenar.

Había que adobar las chichas. ¡Qué bien olían el orégano y los ajos! Con estos últimos, machacados en el mortero, se llenaba un recipiente. A mi padre no le gustaba el embutido con demasiado ajo. Primeramente se echaban las cantidades de sal y de pimentón a bulto. Luego un salchichero le dijo las cantidades exactas y desde entonces se pesaban en la romana hecha por mi abuelo y que, como pieza familiar, formaba parte de la escena. Lo peor era amasar las chichas para que todos los condimentos se envolvieran bien. ¡Qué paliza suponía frotar las chichas pasándolas de un lado para otro!. Luego éstas quedaban en reposo hasta la mañana siguiente.

Pero la jornada no acababa aún porque esa misma noche también había que echar en adobo los lomos, los solomillos, las costillas, la cinta, las papadas. En grandes baños de Pererueta se iban colocando las distintas piezas. El pimentón cuidadosamente espolvoreado las recubría junto con el orégano, la sal y los ajos machacados. Se las frotaba, más bien se las acariciaba con las manos mojadas en un poco de agua, luego con un cántaro se les iba añadiendo poco a poco el agua necesaria. Este adobo estaría reposando unos días, se probaba y si estaba en condiciones se dejaba escurrir. Después pasaban a un varal de la cocina, al lado de las morcillas, para orearse.

Las hojas de tocino, colocadas unas sobre otras, se recubrían con bastante sal; al lado de ellas, previamente partidos, se ponían también los huesos que nos iban a servir de ración cada día después del cocido. El puchero de barro a la lumbre junto al del cocido, servía para cocerlos lentamente. Los huesos de espinazo estaban deliciosos. Nos entreteníamos sacándoles la médula y chupando '*los cajones*' -las uniones entre las vértebras.

Terminada esta jornada tan larga nos íbamos a cenar. Mi madre sabía preparar un plato riquísimo con los riñones del cerdo, el hígado y los sesos. Después de una berza cocida en su punto este segundo plato era extraordinario. Tras cenar, mientras se cortaban las tripas por igual para embutirlas al día siguiente, todos hablaban, aprovechando la última noche de estar juntos, en un ambiente cálido alrededor de la camilla o al amor de la lumbre. Los tíos que habían venido a ayudarnos se iban normalmente al día siguiente en el coche de línea. Deseábamos prolongar estas horas para estar con ellos en familia. Aunque viniera un miembro solo era como si nos trajera la casa entera y estos días disfrutábamos tanto de tenerlos con nosotros que no queríamos que se terminaran.

Mi tío Secundino se quedaba casi siempre a ayudarnos a hacer los chorizos al día siguiente y así no nos encontrábamos de nuevo solos tan de repente. Luego ya mi hermano se fue encargando de todos estos trabajos de la matanza y mi padre disfrutaba viéndolo hacer. Mi tío Manuel, casi siempre presente, contaba cosas graciosas con su repiquete de '*cago en chus*'. Amigo de mi padre en sus años mozos contaban sus conquistas, sus rondas a las mozas y sus peripecias no exentas de picardía. ¡Qué claro tengo su recuerdo! Bajo, regordete, con unos colores como una manzana, sus ojos pequeños eran chispeantes, ligero en sus ademanes y siempre tan familiar.

Mi tío Andrés, mi padrino, tenía una gracia especial: antes de empezar a hablar ya nos hacía reír. Siempre contaba alguna historieta de cuando iba con la burra por los pueblos a arreglar la luz. Era electricista.

Mi tío Amadeo, más serio, disfrutaba con todo y daba gusto estar con él. Tan alto y derecho con sus lentas sentencias, representaba bien al intelectual de la familia.

Cada uno participaba contando algo, dando opiniones o comentando las de los demás. La cocina a estas horas estaba invadida por los dioses del hogar bendiciendo a la familia unida y alegre.

Era el momento de contar los cuentos y mi padre elegía el más oportuno como:

'El del que fue a comprar un burro'

Había un sacristán en un pueblo y se le murió el burro con el que trabajaba la tierra. No tuvo más remedio el hombre que ir a comprar otro. Como era muy pobre, abrieron una colecta en el pueblo para ayudarlo, cada uno le dio lo que pudo.

Fue a la feria, compró el burro, muy bonito por cierto, y según iba llegando al pueblo, con todos los vecinos que se cruzaba le preguntaban:

- ¿Qué te ha costado el pollino?.

El contestaba:

- Cuando estéis todos reunidos os lo diré.

Como todos les habían dado algo para comprarlo no dejaban de preguntarle. El siempre decía lo mismo:

- Cuando estéis todos reunidos os lo diré.

Un anochecer se subió al campanario y venga repicar, venga repicar las campanas toda la noche. El cura fue corriendo a la iglesia. Todos los vecinos acudieron asustados, las mujeres alocadas decían algún castigo del cielo, otros pensaban que sería el fin del mundo porque las campanas parecía que sonaban solas. Todos acudieron corriendo a la iglesia y el Sr. Cura dijo: - Vamos a rezar todos juntos y preguntaremos al Señor que es lo que quiere de nosotros porque seguro que es un ángel del cielo que toca sin parar para reunirnos.

Cuando terminaron de rezar que el sacristán vio que estaban todos reunidos en calma, levantó la voz desde la tribuna, desde donde se accedía a las campanas:

- ¿Estáis todos reunidos?.

El Cura contestó:

- Sí, Ángel divino.

Y el sacristán respondió:

- ¡Sabedlo vecinos, cuarenta reales me costó el pollino!. Así acabó con la curiosidad del vecindario.

Nosotros luego hemos seguido utilizando la frase 'cuarenta reales me costó el pollino', cuando preguntan mucho por el precio de algo con curiosidad.

Todos ya medio adormilados marchábamos a la cama con la sonrisa en los labios. Felices dormíamos hasta el día siguiente: había que levantarse temprano.

Mi hermana y yo nos despertábamos enseguida. Al lado de la lumbre comíamos la buenísima *torrada* que nos preparaban mis padres untada con tocino. Cuando los demás se levantaban ya estábamos nosotras dispuestas para dejar el sitio al lado de la lumbre y poder acompañarlos hasta el coche.

Iban con las cestas cuadradas de mimbre con tapadera y un pequeño cierre metálico. Mi madre les había dado la probadura para que los que no pudieron venir participaran un poco también de la matanza. Les decíamos adiós con tristeza mientras subían en el coche de línea del Sr. Manolo que los llevaría hasta Zamora. Allí tenían que coger el Noroeste por la tarde e ir andando desde Pozuelo a Santa Eulalia. Si tenía sitio el Sr. Belisario los llevaba hasta Moreruela. Las comunicaciones eran tan escasas que para poder acompañarnos dos días se veían obligados a estar cuatro fuera de casa.

Era bonito ver hacer los chorizos; participar en su elaboración era más difícil. Se cargaba la máquina con un gran puñado de chichas; se le daba a la manivela cadenciosamente mientras se las apretaba con los dedos. El que estaba a la tripa tenía que ser muy diestro y compaginar la presión de la mano con la salida de las chichas por la punta del embudo. Los chorizos no podían quedar flojos y, si se apretaban demasiado, podían estallar. Iban formando círculos concéntricos sobre la mesa; luego pasaban a las atadoras.

Era delicada la tarea: había que atarlos muy bien con el fin de que no se soltaran cuando se colgaban. Se les dejaba un moñito al lado de la cuerda para que ésta no se escurriera.

El pequeño ruido que producían cuando se les picaba y soltaban el aire era la sinfonía en do menor que acompañaba el cante de la máquina. El roce de la cuerda sobre los dedos producía 'burras', ampollas que a veces se reventaban y escocían. Nos poníamos unos trapos para protegerlos. Nosotras pronto aprendimos a hacer chorizos y ayudábamos a mis padres.

Primero se hacía el salchichón: tenía un color tan bonito que se transparentaba a través de la tripa. La carne del salchichón resultaba muy buena y tan sabrosa por las especias que yo, incluso, la comía cruda. No hacíamos muchos.

Luego se hacían los chorizos buenos. Empezábamos por los gordos en las tripas *culares* del cerdo. Elegíamos las más rectas. En ellas se conservaba mucho mejor el embutido. Finalmente se rellenaban las delgadas.

Los que llamábamos malos y que eran estupendos, eran mezcla de carne de vaca y cerdo. Estaban muy ricos en el cocido; le daban un buen sabor a la sopa; incluso crudos estaban buenos. Algunos años los hacían de vaca sola y había que comerlos pronto porque luego se ponían durísimos; se parecían un poco a la cecina y daban un gusto especial al cocido. Las grandes artesas se iban llenando con los curvos chorizos. Se transportaban bien a la despensa nuestra en los primeros años; bien al sobrado de la casa de los dueños o incluso a la despensa de los amos donde se curaban mejor. Mi padre había preparado previamente el estaribel con unos cabrios y en los varaes que lo atravesaban se iban colocando los chorizos con mucho cuidado con las puntas hacia abajo. Se vigilaban durante varios días por si se caía alguno, por si se rompía, o bien para abrir y cerrar la ventana, según estuviera el tiempo seco o húmedo.

Daba gusto cuando les iba saliendo un moho un poco blanco a la vez que se les iba apretando la tripa. Por el contrario producía preocupación cuando el moho era grisáceo; entonces mi madre los limpiaba e incluso ponía un brasero para que se secara un poco el ambiente.

Una vez terminados los chorizos y mientras mi padre preparaba los jamones para echarlos en sal, se lavaban la máquina, las artesas y se recogía todo. Era una verdadera paliza. Con los estropajos de lía, jabón hecho en casa y agua caliente, después de mucho frotar todo quedaba como nuevo. Casi siempre esta era la tarea de después de comer. Menos mal que habíamos recuperado fuerzas en la hora de la comida con unas exquisitas chichas; era el día especial de comerlas recién hechas, enriquecidas por el gusto de todos los ingredientes.

Era toda una ciencia preparar los jamones para que no quedaran salados y no se estropearan. Antes de salarlos mi padre los estiraba bien, los apretaba con el puño desde la pezuña a lo largo de una vena hasta el final por donde fluía un poco de sangre.

Los metía en una *cajona* completamente cubiertos de sal. Pasados unos días, los sacaba, les colocaba un saco por arriba y los pisaba bien. Les daba la vuelta, los metía de nuevo en ella y los cubría de sal de nuevo. Cuando los sacaba definitivamente, los lavaba bien, los colgaba en sitio fresco y oscuro y quedaban perfectos.

Los comíamos pasados dos años; el gusto de este jamón ibérico bien curado era siempre alabado por todos los comensales. Mis padres empezaban siempre uno para obsequiar a la familia que había venido a acompañarnos y a ayudarnos.

Así se terminaba la matanza fuente de provisión alimenticia básica para todo el año.

El coche de línea nos privaba al día siguiente de los últimos acompañantes y parecía que nos quedábamos sordos y más solos que nunca aunque con los buenos recuerdos de vida en familia al calor del hogar.

Para nosotras aún quedaban unos días de epílogo porque cuando se sacaban las cosas del adobo había que freír los lomos y las costillas para meterlas en manteca. ¡Qué iguales cortaba mi madre todas las porciones de lomo! Ya desde la calle detectábamos el buen olor. La patilarga sartén acogía los trozos; tenían que estar bien pasados por fuera y jugosos por dentro. Una rebanada de pan en aquella manteca llena de jugo y *zurraspas* del lomo, estaba riquísima.

Los pucheros rojos de porcelana de dos asas o las latas iban recibiendo los trozos fritos de lomo o costilla que servirían extraordinario para algún día especial o cuando llegaba alguien a comer de manera imprevista. La manteca blanca fundida los envolvía tan bien que se conservaban como en el momento de meterlos.

El día de preparar el lomo lo celebrábamos comiendo una parte de sus sobras con patatas fritas más algún solomillo. Esto rompía la monotonía del cocido diario.

Por último había también que probar el chorizo frito o, aún mejor, asado. Se le envolvía en papel de estraza, se raspaba con el badil en la lumbre donde hubiera habido brasas, se colocaba allí y se cubría con el rescoldo. Estaba jugosísimo. Cortándolo a rodajas sobre el pan, lo impregnaba del jugo que soltaba y al final el pan estaba tan rico como el chorizo.

Todas estas actividades nos gustaban tanto que nunca echábamos de menos la vida de la ciudad. En cambio ahora si añoro aquellas buenas y sanas vivencias de la dehesa.

Capítulo Octavo

La vida continuaba su rumbo diario. Mi padre se levantaba de nuevo temprano para ir a dar su vuelta por la dehesa. Desde casa, cruzando la carretera de Zamora lo veíamos subir, acompañado del perro, por el camino paralelo a la carretera de Cabañas hasta la casa del aperador, para ver si los criados se habían despertado. A la izquierda, quedaba el gran muladar oscuro. Cuando los criados daban la vuelta al estiércol, salían unos grandes *ronchos* blancos, cabezones, que contrastaban con lo oscuro del estiércol. Mi padre pasaba luego al lado de las *tenadas* del corral, donde estaba el potrero en el centro para herrar o curar en algunas ocasiones a los bueyes.

¡Cuánto jugábamos en esas tenadas al escondite con los hijos del aperador, Pura y Federico!

La casa del Sr. Antonio y la Sra. Estrella me parecía enorme. Allí vivían también los criados en una habitación pequeñísima, dormían en sacos de paja sobre unos camastros de madera. Yo veía un gran contraste entre las proporciones del portal, de la cocina, de las habitaciones, con dos alcobas una de ellas y esta minúscula habitación para los criados. La casa siempre estaba limpiísima. El piso de cemento verdoso relucía. Esto originaba problemas porque los criados al entrar, como era lógico, lo manchaban.

La cocina con enorme campana albergaba el gran puchero del cocido, de las patatas, de los fréjoles, y la gran sartén con los enormes torreznos que tomaban por la mañana. Cuando se levantaban solían tomar el aguardiente con un poco de pan. Era entonces cuando mi padre los esperaba, o bien los llamaba si el Sr. Antonio no lo había hecho ya.

Para iniciar la mañana, y antes del almuerzo, alrededor de las nueve, mi padre distribuía el trabajo: hacer leña, limpiar el corral, preparar la simiente, ir a la fragua a aguzar las rejas, etc..

El Sr. Antonio, el aperador, se encargaba de la labor. Hombre recio, de tez tensa, de pocas palabras, prudente, hacía su trabajo con seriedad. Con su boina negra salía siempre el primero para dar ejemplo al grupo de los criados.

Mi padre concretaba con él los trabajos del campo, las labores que había que hacer en todo el tiempo. Sin presunción sabía cumplir bien con su obligación y se dejaba dirigir fácilmente.

Su mujer, la Sra. Estrella, era más movida. De buen corazón pero de temperamento más fuerte, se complementaba muy bien con su marido. Era abierta a la conversación y muy trabajadora. Se encargaba de hacerle la comida a los criados que comían en un único recipiente; si era invierno en una mesa pequeña en la cocina, y en el portal donde estaban más frescos si era verano.

Sus hijos, Pura y Federico, eran casi de la misma edad que mi hermana y yo. Pura era agradable, cariñosa, trabajadora. Participe de juegos y de nuestra increíble fantasía. Compañera de los desplazamientos a la escuela y siempre una buena amiga. Federico tenía otro carácter. Probablemente su comportamiento se debía a estar casi siempre a la defensiva. Era el único niño entre nosotras, mi hermana, Pura y yo. El se defendía como podía, nos pegaba y la que siempre salía perdiendo era Pura. Con cuanto cariño la recuerdo.

Hacíamos vida independiente en nuestras casas, pero en cuanto había algún enfermo o algún pequeño problema estaban dispuestos a ayudar, a hacer compañía.

Tengo viva la imagen de la Sra. Estrella cuando venía a casa con la llave en la mano atada a una pequeña tabla. Mientras hablaba le daba vueltas y revueltas, yo no le perdía ojo.

El Sr. Antonio y la Sra. Estrella fueron los grandes compañeros de mis padres mientras estuvieron en la dehesa. Ellos daban vida a la casa habitada más próxima a la nuestra, formábamos parte de su vida y a la inversa. Desde la ventana de nuestra cocina seguíamos sus movimientos: la Sra. Estrella que bajaba a amasar a nuestro cernidero hasta que hicieron el suyo cerca de la fragua. La veíamos también empujando el carretillo, derecho a la fuente para ir a lavar. Ese carretillo de madera, hecho por el Sr. Antonio, a mí me parecía una obra de arte. Me sentía casi envidiosa de él

porque ayudaba a llevar ligeramente el baño de la ropa y los cántaros hasta la fuente. El toque de la rueda sobre los laterales producía una musiquilla especial.

La vivienda del aperador se proyectaba más hacia Cabañas. Iban más que nosotros al pueblo y solían venir de él más personas hacia ella. Cuando venían a coger el coche si llovía o hacía frío se refugiaban allí.

Era un núcleo con mucho movimiento: los criados, el rebecero siempre haciendo algo, los animales: los burros, los bueyes saliendo del corral o al trabajo, las gallinas escarbando por todas partes. La Sra. Estrella poseía muchas y tenía autorización de los amos para vender los huevos. Venía el Sr. Oencio a buscarlos todas las semanas con la burra y las aguaderas. Las gallinas daban alegría a los alrededores de la casa. Me gustaba la pila donde bebían, situada en una esquina de la puerta del comedero. Lo que no me agradaba nada era un gallo jacarandoso que tenía. En cuanto nos veía, venía corriendo hacia nosotras a picarnos. Una vez que estábamos allí jugando con Pura, me vi de malas para librarme de él. Fui a hacer una necesidad detrás de una carrasquera y me arreó dolorosos picotazos.

Todo estas personas formaba parte de nuestro mundo y sobre todo la familia del Sr. Antonio que la sentíamos como parte nuestra dentro de la convivencia familiar de la dehesa.

¡Qué misterio y encanto tenía para mi la fragua! Estaba separada de la casa del aperador. Los alrededores se mostraban ennegrecidos por el hollín y los mocos (residuos de escoria mezclados con hierro). El interior solamente se iluminaba con el brillo de las chispas y del fuego. Allí aguzaban las rejas; tenían que ponerle un poquito de hierro en la punta. Mi padre también sabía cómo hacerlo y aconsejaba al Sr. Antonio como debía templar el hierro. El pim...pam... de los martillazos rompía el gran silencio matinal o nocturno. Los inmensos arados, obra maestra de mi abuelo, esperaban en la puerta a ser calzados con las rejas a punto para penetrar en la tierra. Las había de distintas clases según la labor. Unas grandes y orejadas para los arados de vertedera que removían más la tierra; las normales de arar resistentes y muy puntiagudas para profundizar; las de aricar más livianas. Todas ellas formaban una gran exposición en la fragua.

Era un momento interesante cuando calzaban los arados. Se necesitaba mucha pericia y venía algún herrero a hacerlo. Yo recuerdo con afecto a Lorenzo, el hijo del Sr. Marcelino el albañil. Era fornido y moreno. Al salir de la fragua solamente se le veían los dientes blancos. Con una forma de hablar fuerte también tenía su gracejo. Cuando venía a trabajar comía casi siempre en nuestra casa. Quería y admiraba a mi padre, él pasó también a formar parte de la gran familia de la dehesa.

Una vez que los criados ya habían almorzado salían a arar, a echar abono con los carros, a llevar paja para las ovejas si era el invierno, etc... Todo se organizaba según el trabajo de la estación. El movimiento era constante desde el amanecer. De sol a sol la actividad no cesaba.

Tras el Sr. Antonio, el primero que se movía era el *apajador*. Muy temprano debía dar de comer a los bueyes ayudado por el rebecero. Los metían desde el corral o desde el cercado al gran comedero. Daba gusto verlos, con sus enormes cabezotas y gran cornamenta, atados a los pesebres. Todos ellos negros zainos. Solamente hubo dos enormes bueyes blancos y eran preciosos. Uno se llamaba el Jabonero y fue el que corrió a mi madre cerca del huerto. En el comedero, con el hocico, removían en los pesebres la paja y la harina de cebada que el apajador les iba echando. Les ponía dos o tres posturas según el trabajo o la estación.

El rebecero previamente había llenado las pajeras de madera que corrían a lo largo de los pesebres. Los bueyes, al comer, producían un ruido rítmico especial, roto por el resoplido de alguno, o el entrechocar de los cuernos cuando querían comer el pienso del vecino. Me gustaba acompañar a mi padre a este lugar por la noche. Aquel rato observándolos, mientras él charlaba con el apajador sobre el trabajo del día, me resultaba agradable. El polvo de la harina al removerla en la panera contigua me hacía estornudar. El gran pajar, al otro lado, al fondo del recinto me evocaba los temerarios deslizamientos por la paja, cuando de pequeños en Requejo, nos tirábamos los primos, mi hermana

y yo, en el comedero de las vacas, desde un pendolón bastante alto, hasta los montones y bajábamos rodando.

Cuando terminaban de comer los bueyes los sacaban al agua de la charca que estaba junto a la casa, en una hondonada. Daba gusto oír cantar, en el silencio de la noche al rebecero y a veces a los criados que los acompañaban. Cuando salían, se oían muy bien desde nuestra casa, mis padres decían: “Ya salen los bueyes, es hora de acostarse”.

El apajador era un criado ya mayor: ganaba más que los demás debido a la superior jornada de trabajo y a la gran responsabilidad del cuidado de los bueyes. El último en ocupar este puesto fue Eusebio, hijo de un pastor de la finca; se casó y se quedó viviendo en ella, pasando a formar parte de la gran familia de la dehesa.

Las parejas de bueyes uncidas a los pesados yugos y tirando de los arados invertidos hasta llegar a las tierras, caminaban cadenciosamente por el camino hacia las *ensebadas*, hacia Montealto, o bien hacia El Cerrolamesa: distintos sitios de la dehesa que se dedicaban a la agricultura. Los criados los seguían, llevando en la mano la enrejada, con un extremo terminado en una especie de palita de hierro aplastado, para quitar la tierra pegada al arado, en el otro tenía una punta bien afilada, con la que picaban a los bueyes para hacerlos torcer o cuando un poco cansinos se paraban.

Mi padre después de almorzar, salía a dar vuelta y vigilaba estos trabajos. Observaba si se profundizaba bien, si la tierra tenía tempero, si los surcos quedaban bien derechos. Charlaba con los criados mientras fumaban un cigarro y contaba alguno de sus cuentos. Los criados reían y continuaban su trabajo.

Estaba precioso el campo, cuando empezaba a nacer la semilla, esparcida a golpe de brazo por el Sr. Antonio, ayudado de vez en cuando por el apajador. El paso concordaba con el movimiento rápido, ágil y hábil del brazo, que cual resorte, penetraba en el sembradero y arrojaba con destreza la simiente.

Las puntas tiernas de color verdoso claro asomaban tímidamente entre la tierra; el color ocre del terreno se tornaba verde poco a poco. Este nacimiento iba ayudado por el paso de la rastra que aplastaba suavemente los surcos y descubría las plantas que habían quedado más profundas. Labor delicada que se hacía con tiento y en el momento oportuno. Los criados caminaban con rapidez levantándola de vez en cuando para depositar la hierba y los terrones que se acumulaban en ella.

Así crecía todo rápidamente y en unos días, los campos estaban completamente vestidos de verde. Era difícil distinguir los distintos cereales sembrados: el trigo se diferenciaba de la cebada por su tono oscuro. Ambos crecían en los terrenos fuertes. El centeno más fino tenía el color verde azulado, se aprovechaban los terrenos más ligeros de Montealto o Peñagorda. Mi padre seguía su crecimiento, observaba si tenían problemas de exceso de humedad y había que echarles potasa, mineral, etc.

Después de haber *asucado* los sembrados porque la rastra los había aplastado, se esperaba unas semanas y estaban ya a punto de encañar. Algunos años llovía mucho y se llenaban de hierba en cuyo caso necesitaban traer una cuadrilla de *esyerbadoras* de Cabañas lo que modificaba un poco el ambiente generalmente masculino de la dehesa.

Eran en su mayoría chicas jóvenes que ya habían salido de la escuela, viudas que necesitaban ganar algún dinero o personas casadas que les venía muy bien un ingreso extra. A mi padre le agradaba estar con ellas y las seguía surco arriba, surco abajo animándolas para que no se pararan y el trabajo fuera rentable y ameno.

Cuando llegaba a casa nos contaba todos los pormenores del pueblo, nos retransmitía la manera de hablar de unas y otras; nos decía las que se quedaban para atrás y él las ayudaba, o lo valiente que eran algunas manejando la azada y yendo a la cabeza de las demás; también las había pícaras que se hacían las remolonas. Entre bromas y veras, con el buen tiempo de la primavera, era cuando se esyerbaba, y entre canciones el trabajo se hacía seriamente.

Para nosotras, este acontecimiento era como una ventana abierta por donde entraba el viento de novedades de Cabañas, historias de la juventud, bodas previstas, bautizos, etc. Todas estas noticias se comentaban en las solanas del pueblo y llegaban a nuestra casa haciendo zig-zag a través de las esyerbadoras.

Mi padre charlaba con ellas, siempre dispuesto a ayudarlas, a darles un consejo y a veces a gastarles alguna broma o a relatarles alguna historia con cuya moraleja intentaba animarlas o enseñarles algo práctico. Un ejemplo es el siguiente cuento sobre el tema “de gallegos”, muy apropiado puesto que ellos venían a segar por la región:

Era una cuadrilla de gallegos que vinieron a trabajar a Castilla. No hablaban el castellano. Había en el pueblo una reunión en el Ayuntamiento de los Concejales y el alcalde del pueblo. Allí se fueron a escuchar para aprender el castellano.

Uno aprendió la palabra, 'nosotros', otro aprendió 'porque nos dio la gana' y otro aprendió 'la razón es esa'. De aquel pueblo se fueron para otro en busca de trabajo. Como a un Km. de marcha, por el camino, encontraron a un hombre muerto, lo habían asesinado. Se quedaron allí parados mirando el muerto, en ésto llega la Guardia Civil, al ver allí a los gallegos les preguntó:

- ¿Quién ha matado a este hombre?.

Ellos contestaron por el orden que habían aprendido, y claro, respondieron:

- ¡Nosotros!.

Le preguntaron de nuevo:

- ¿Y por qué lo matasteis?.

Contestó el segundo:

- ¡Porque nos dio la gana!, que es lo que había aprendido.

Entonces la Guardia Civil les dijo:

- Entonces os llevaremos a la cárcel.

Contestando el tercero:

- ¡La razón es esa, la razón es esa!.

Y así sin haber tomado arte ni parte en el asesinato y por no saber el castellano fueron encarcelados.

Lo prudente es callarse cuando no se sabe bien algo.

Estos cuentos eran cortitos; el tiempo justo de un pequeño descanso. También les contaba el siguiente:

Otra cuadrilla de tres gallegos volvía de la siega en Castilla. Se subieron a un moral a comer moras, cuando llevaban un buen rato subidos comiendo llegaron unos ladrones, se sentaron bajo el moral a repartir los dineros que habían robado. Cuando estaban repartiéndolo a uno de los gallegos le dio tos, entonces uno de los ladrones sacó la pistola y sin más miramiento le disparó y el pobre cayó al suelo muerto. Como sangraba mucho por la herida recibida, uno de los ladrones comentó:

- ¡Qué sangre más negra tiene!.

Y entonces otro de los gallegos que estaba escondido arriba dijo:

- ¡Claro, como no va a ser negra si hemos estado comiendo moras!.

Así que le dijeron:

- ¡Baja, baja pajarraco!... y lo mataron igual que al primero.

Uno de los ladrones dijo:

- Este pobre si no hubiera hablado estaría vivo a estas horas.

Entonces el otro gallego dijo arriba en el árbol:

- ¡Por eso estoy yo tan calladito!.

Sufriendo, por no pensar antes de hablar el mismo final que los otros dos.

A veces al cavar salía algún bicho, alguna lombriz de tierra, alguna oruga y a propósito mi padre contaba el siguiente cuento también de gallegos.

Unos gallegos venían a esyerbar a Castilla, como vosotras. Uno de ellos presumía de que conocía todos los animales de Castilla. Vieron por el camino perdices, conejos, liebres y todos los conocía Pedro, que así se llamaba el jactancioso gallego. Pero, héteme aquí, que encontraron un sapo grande, de esos que salen de noche por los campos y uno dijo:

- ¡Oye mira!, esto es un cochinillo de Castella.

- ¡No, hombre no!, dijo otro, esto es un elefante de Castella.

Al fin decidieron:

- ¡Que venga Pedro, él es quien conoce todos los animales de Castella!.

Llegó Pedro y dijo:

- Así que no sabéis qué es este animalejo que estáis viendo, pues mirar, es bien claro: hocico romo, pata corta... pues, la cirigoña, la cirigoña...

Esta salida producía la risa general y mi padre les decía: “¡Así se cubren de ridículo los que presumen de saber y luego no saben nada!”.

En Primavera alta, si había llovido a tiempo los cereales encañaban. A pesar de la eficacia de las azadas de las esyerbadoras, algunas flores conseguían vivir y levantaban sus cabezas multicolores por encima de la mies. Me encantaban las amapolas que contrastaban con el verde de los campos. Había unas flores azulonas que llamábamos arañas por su forma. Eran también muy bonitas. Cuando íbamos a buscar *pipas* -pequeñas flautas- cogíamos ramos de flores. No era nada fácil hacer sonar estas pipas. Se elegía una resistente caña de cebada, se tiraba suavemente de ella hasta sacarla de la vaina del tallo. En la parte más blanda se cortaba un poco con los dientes, se abría ligeramente en el extremo para hacer el efecto de lengüeta y se soplabla. Emitían todo tipo de tonos: soplabamos largos ratos organizando sinfonías campestres, a nuestro gusto e invención, queriendo competir un poco, con el trinar de los pájaros que en esta época primaveral cantaban como locos, felices con la nueva vida que estaban incubando. Nos sentíamos un elemento más de la naturaleza, entre las plantas, las flores, los pájaros, con el viento y el sol a raudales. ¡Qué de cosas para disfrutar!

Si salíamos de paseo con nuestros padres nos enseñaban a hacer estas actividades y a disfrutar al máximo de cada momento. También con las *cañaflejas*, plantas altas de tallo leñoso y poroso, nos hacía mi padre molinos de viento con aquella navaja que le servía para todo. Corríamos con ellos para acelerar el movimiento de las pequeñas aspas. Estas flores tenían un olor especial a limón: nos entusiasmaban.

Los primeros calores fuertes hacían amarillear las espigas que se iban cargando con el peso de los granos. Un viento suave las movía y decían que era estupendo para el graneo. Si el calor era muy fuerte y se secaban demasiado de prisa, entonces el color se volvía blanquecino y la espiga quedaba como *sumida*: la temperatura excesiva la había arrebatado. Si llovía demasiado los trigos se llenaban de una especie de hongo rojizo que llamaban pimienta. Era también perjudicial para el grano.

Cuando aún se hallaban verdes, las espigas de cebada nos parecían un manjar. Mi padre nos enseñó a cogerlas a medio granar para que no supieran a pienso: era entonces cuando estaban ricas. Nos decía como debíamos cortarles las argañas, todas al mismo tiempo para no correr el peligro de ahogarnos. Luego tirando con cuidado de cada una de ellas, íbamos cogiendo uno a uno los granos: con un movimiento de dientes y labios sacábamos de la pequeña vaina los titos; muy jugosos, nos sabían riquísimos y nos entretenían un rato. Si mi padre nos traía las espigas a casa y mi hermana y yo hacíamos '*retiteras*': un montón de titos ya limpios. Juntábamos los que habíamos pelado las dos

y los comíamos de la siguiente manera: se trataba de coger uno a uno con la lengua, si cogías dos perdías y le tocaba a la otra. La más experta comía más. De todos modos era un juego divertido; nos lo pasábamos bien, que era lo principal.

También comíamos las *alverjacas* que nacían entre el sembrado. Arrancábamos algunas parras de las lentejas si íbamos a la tierra o bien nos las traía mi padre y nos entreteníamos sacando y comiendo las pequeñas semillas escondidas en la vaina. Más divertido era coger los garbanzos verdes. Hacíamos explotar las envolturas rechonchas antes de comerlos. La pelusilla exterior se pegaba a los dedos y les daba un sabor entre amargo y ácido. Nos encargaban bien, cuando íbamos al garbanzal que comiéramos pocos porque eran muy dañinos; no se podían tomar cuando estaban calientes por el sol, ni era conveniente beber agua después de haberlos ingerido porque podía enfermarnos. Nos contaron que alguna de nuestras bisabuelas murió de un cólico de garbanzos y este recuerdo nos hacía tomarlos con precaución.

Los granos henchidos de las espigas empezaban a secarse lo que hacía ya pensar en la siega. Las legumbres maduraban las primeras; luego las cebadas se tornaban de doradas a blanquecinas y los trigos iban tomando color.

En aquel entonces no había máquinas; se segaba a mano y había que ajustar la cuadrilla para la siega. Nuevos personajes venían a formar parte durante dos meses de la vida de la dehesa.

Mi padre y el amo se habían reunido de antemano para calcular el tiempo que llevaría segar la cosecha y el número de segadores necesarios. Todo estaba en relación con la cantidad sembrada y la abundancia de paja, si el año había sido húmedo. Mi padre sacaba su libro para cerciorarse bien de que el pago correspondía al número exacto de fanegas.

El mayoral, que se iba a encargar de la cuadrilla, acompañado de algunos segadores más, bajaba de Peñausende. Era agradable ver aquellas personas valientes que iban a emprender uno de los trabajos más duros del campo.

El ajuste de la siega estaba rodeado de un cierto secreto. Se retiraban a la casa del dueño y empezaba la oferta y la demanda. Mi padre se encontraba entre la espada y la pared: hombre muy humano no quería explotar a los que iban a segar pero tenía también la obligación de defender los intereses del amo. Al final se ponían de acuerdo, salían echando un cigarro y regresaban para Peñausende.

Pocos días después, venía ya toda la cuadrilla a arrancar las algarrobas, las *abesas*, las alverjas porque se secaban antes. Iban a descansar unos días a su pueblo y ya volvían definitivamente a segar el resto de los cereales: centeno, cebada y finalmente el trigo.

Los fardos de lías se apilaban en la cochera. Como ya hemos dicho al comienzo, la cuadra del caballo, previamente limpiada por el rebecero, iba a servirles de estancia; los sacos de paja estirados por el suelo, de camas, muy poco confortables desde luego: el cansancio les obligaba a dormir en cualquier parte. Los muros sostenían las estacas de donde colgaba la ropa. De vez en cuando la pared se adornaba con una nota femenina: el espejo. A las atiñas les gustaba lavarse y peinarse en cuanto regresaban del trabajo.

El cernidero se convertía en el dominio de la señora encargada de hacerles la comida. Recuerdo con mucho cariño a la Sra. Candelas, esposa del Sr. Natalio, que fue muchos años mayoral de la siega; tan buena y cariñosa, tan limpia y tan prudente que daba gusto convivir con ella. Me agradaba que viniera porque nos hacía compañía. Traía a los niños pequeños con ella. Cuando se ausentaba para llevar algo a los segadores, y los niños quedaban dormidos, mi madre o nosotras íbamos por allí a vigilarlos. Disfrutábamos con ellos.

Se traían de casa del dueño cazuelas, grandes pucheros, baños, una sartén grande de largo rabo y seguras patas que se escarranchaba en la lumbre para freír los torreznos, otra más pequeña para componer. En el exiguo reducto del cernidero se colocaban perfectamente organizados comida y utensilios para hacerla. Mis padres se encargaban de entregarles lo necesario, si ganaban la comida para mantenerse, o de apuntar todo lo que compraban al dueño si comían por su cuenta.

Aquellas admirables personas, recias y austeras, realizaban unas comidas poco variadas. Normalmente para almorzar sopas de ajo o sopas y patatas y un torrezno que cortaban sobre el pan. Como se levantaban tan temprano les llevaban el almuerzo al corte. La burra con las aguaderas era la transportadora guiada por la señora, que les preparaba la comida. A veces, a media mañana, tenía que ir a llevarles agua. Los cántaros que mi padre había mandado traer con antelación, a cambio de leña, iban a conservar el agua fresca a la sombra de una encina o debajo de los haces.

El barril del vino parecía el gran protagonista. Echaban justo una pinta, y se lo iban pasando de unos a otros. Eran prudentes y no se quedaban con el barril en la boca más tiempo del normal. Esta pinta los animaba y les daba fuerzas para continuar. La comida del mediodía era casi siempre cocido: la sopa, los garbanzos y como ración tocino y a veces chorizo. Todos utilizaban un mismo recipiente, un gran barreño de Pereruela. ¡Qué gana tendrían de dormir la siesta después de una mañana tan larga y con tanto calor!. Descansaban una hora todo lo más, y vuelta a empezar surco arriba surco abajo.

El mayoral salía el primero, la cabeza baja, la hoz bien afilada en la mano derecha, los dedales de cuero en la izquierda para no cortarse. Los pies calzados con albarcas de suelo de llanta de coche, iban protegidos por una especie de calcetines de lona dura para que no se le clavaran las arañas de las espigas y las pajas. Llevaba un ritmo rápido y cadencioso. Tras él salía el segundo segador, el tercero y con la misma rapidez y ritmo todos los demás. Se veía solamente el movimiento de los sombreros de paja que avanzaban seguidos de espaldas cubiertas por camisas de sarga. Los riñones curvados todo el día eran protegidos por unas fajas de tela: grandes tiras de tejido de algodón enrolladas a la cintura.

Las atiñas seguían a los segadores. Cada una ataba lo que segaban dos. Se las adivinaba bajo el gran sombrero de paja, la cara y cabeza tapadas con un gran pañuelo que cruzándose por delante de la boca lo anudaban sobre la nuca. Ropa áspera y resistente les cubría el cuerpo, sujeta a la cintura por una lía de la que pendían sobre los riñones todas las demás cuerdas que necesitaban para atar los haces de lo que llamaban '*una mano*'. Con un movimiento rápido las iban sacando para liarlos. Se afanaban en ir recogiendo acompasadamente las gavillas que los segadores iban colocando sobre los surcos. Juntaban dos grandes brazadas ayudadas por un pequeño cuerno de madera que les iba a facilitar también el atado pasando el nudo de los extremos de la lía. El haz tenía que quedar muy apretado y seguro. Con un fuerte golpe de rodilla, el pequeño cuerno sacaba el nudo de la lía por debajo. Realizaban un trabajo muy penoso. Llevaban unas medias de lana que les protegían las piernas, las abarcas de goma debían de recalentarles los pies. Ligeras, no perdían ni un minuto; corrían de surco en surco para coger las gavillas y aún tenían el humor de cantar.

Era una estampa preciosa la de la cuadrilla de segadores. Mi padre nos llevaba casi siempre a verlos; charlábamos con ellos y observábamos su trabajo. Se mostraban siempre agradables con nosotras; correctos y con el buen sentido de la gente del campo, nos explicaban lo que nos podía interesar mientras echaban un cigarro. Yo miraba sus petacas de cuero, que encajaba una parte sobre otra, el tabaco de cuarterón y los librillos del Rey de Espadas que tomaban vida entre sus ásperas manos y escuchaba atentamente las historietas que les narraba mi padre. Había una, que decía ser verídica, acaecida en un pueblo no muy lejos de Peñausende, de donde eran los segadores que transcribo aquí:

En un pueblo de Salamanca llamado Santiz, tienen de patrono del pueblo a San Miguel. Tenía un traje muy viejo y el Sr. Cura dijo a los feligreses que había que cambiarle de traje. Hicieron una colecta y sacaron una cantidad muy considerable. El Sr. Cura mandó al sacristán que fuera a Madrid y comprara el traje más elegante que hubiera para que el santo lo estrenara el día de la fiesta.

El sacristán que no conocía Madrid, buscó a un hermano de la mujer que vivía allí. Le explicó a lo que iba y que llevaba el dinero para comprar el traje más bonito que hubiera. El cuñado del sacristán, que era 'un viva la Virgen', al ver los dineros que llevaba para el traje, se le abrieron

los deseos de aprovecharse de él. Pinchos en un lado, cervezas en otros, ver espectáculos caros y divertirse... pronto le dieron fin a la bolsa del dinero.

Cuando el sacristán se dio cuenta de lo que había hecho empezó a llorar y no había consuelo para él. El cuñado le dijo:

- ¡No te apures que tengo yo en casa un traje nuevo de mi cuñado que es guardia civil, está completo con adornos, tricornio y todo!.

Metió el traje en una caja y todas las cosas y regresó al pueblo. Llegó ya de noche. Llamó a la puerta del Sr. Cura y le dijo:

- ¡Ya estoy aquí con el traje!.

El cura le preguntó:

-¿Qué tal es?.

Y él respondió:

- Muy a propósito para San Miguel con espada y todo.

El cura le dijo, mañana madrugas, lo vistes, le pones una cortina por delante y no lo des-tapas hasta que yo no diga tres veces:

- ¡Lo veréis y no lo conoceréis!.

Dijeron la misa solemne, como siempre se hacía el día del patrón del pueblo y el Sr. Cura se subió al púlpito y dijo a los vecinos:

- Ya están cumplidos vuestros deseos, vuestros sacrificios se han hecho realidad, ya está el santo con el traje nuevo y lo veréis y no lo conoceréis y así repitió tres veces la frase: 'lo veréis y no lo conoceréis'.

Entonces el sacristán tiró de la cortina y el santo quedó al descubierto vestido de guardia civil. Entonces el cura soltando un taco dijo:

- ¡Cago en tal, ni yo mismo lo conozco!.

El sacristán tuvo que salir por pies porque el pueblo quería lincharlo, una vez descubierto el engaño.

La tarea continuaba tras el cuento y el cigarro y mi padre los seguía surco arriba , surco abajo, observando el estado de la mies y viendo como trabajaban.

Paraban a merendar pan con tocino o con chorizo. Así recuperaban fuerzas para terminar la larga jornada. Se les veía regresar al atardecer con paso cansino, con ganas de lavarse y quitarse la ropa sudada y polvorienta. ¡Qué resistencia mostraban ante estos trabajos tan duros aquellas mujeres que los aguantaban sin poder lavarse y a veces incluso estando embarazadas!. Era un dinero muy difícil de ganar.

Sin embargo aprovechaban esos minutos de descanso para gastarse bromas, reír y cantar. Resultaban una compañía muy grata y a nosotras nos gustaba merodear por el corral para verlos.

Cenaban alrededor del gran baño lleno de fréjoles pintos mezclados con un puñado de arroz, que ofrecían un aspecto estupendo. Detrás, un pisto de bacalao o incluso nada. Sólo cuando alguna oveja se moría se les daba y celebraban el hecho de comer carne con un festejo. Bailar después de una jornada de trabajo tan agotadora despertaba todo mi asombro y me parecían ejemplares, mostrándose tan alegres a pesar de lo duro de la tarea. Se acostaban pronto porque se levantaban al rayar el alba.

Así, día a día, domingos y festivos incluidos, trabajaba de sol a sol la cuadrilla de segadores. Bajo sus hoces iba cayendo toda la mies: cebada, trigo, centeno. Los garbanzos eran duros de arrancar; si habían sembrado muchos les ayudaban los criados. Había que cogerlos muy temprano y al atardecer para que no perdieran las vainas.

Cómo les cambiaba la cara el día que cogían 'la raposa'. Ya todo había terminado. Bien aseados y alegres iban todos juntos a recibir la cuenta. La ida a la casa del señorito había perdido su misterio; hablaban con más familiaridad y se atrevían a pedirle una propinilla por el trabajo bien realizado; les pagaban un extra si la siega se había prolongado algo más de lo debido. La justicia se

imponía siempre y marchaban tan satisfechos. Pasaban por nuestra casa a despedirse porque apreciaban a mis padres. Nos agradaba aquel cultivo de la amistad plasmado en los besos cariñosos de la despedida y cuando nosotros íbamos a Peñausende ya teníamos allí un poco de familia que nos acogía siempre con afecto.

El trabajo en la dehesa continuaba: había que recoger cada besana segada. Los bueyes salían a los rastros en busca de la mies uncidos a los potentes carros de herrajes bien trabajados. Se adornaban con grandes estacones sujetos en las *pernillas*, para sujetar las legumbres o los haces que subían, subían hasta ocho y diez *vueltas*. Había un criado-jefe para cada carro, ducho en el arte de cargarlos. Subido en lo alto, esperaba la llegada de cada haz pinchado en la larga tornadera sostenida por el otro criado. Trabajo duro el de venir con el haz en el extremo de la tornadera e izarlo hasta la parte superior del carro, a medida que iban subiendo las vueltas de haces. Los criados tenían a honra saber cargar bien y colocarlos lo más alto posible sin que se cayeran. Regresaban unos tras otros formando caravana por los caminos irregulares aunque alguna vez un carro mal atado '*paría*' en medio del camino con el disgusto de los cargadores. Mi padre les echaba un buen 'rapapolvo' por haber exagerado la altura. Me parecía una estampa hermosa verlos venir: los grandes bueyes con paso cansino y el ruido rítmico de las ruedas que acompañaba la cadencia de la marcha. Por fin llegaban a la era, gran explanada a la derecha de la carretera de Cabañas, cerca de la casa del aperador. Formaban enormes montones de haces que esperaban a ser deshechos para formar la trilla.

Se veía el montón oscuro de las algarrobas, más pequeño que los otros. Con él se comenzaba. Los criados con las tornaderas las iban extendiendo hasta formar la trilla. Aquel blando colchón era rápidamente triturado por los pesados trillos de madera con el envés empedrado muy cortante.

Las primeras vueltas eran difíciles de dar; aquello parecía un pequeño tobogán. Poco a poco las mieses se iban aplastando y había que darles la vuelta. Dos o tres criados con las tornaderas en ristre, comenzaban por un lado mientras los *trilliques* seguían triturando en lo que iba quedando; luego pasaban para lo volteado y, sin parar, la trilla quedaba toda tornada. Al final, cuando ya la paja estaba más molida, se le daba la vuelta con una pala de madera.

Las algarrobas se trillaban pronto. Una vez molida la paja, se *acambizaban* formando un montón en el centro o una larga parva. Mi padre y el aperador, dirigían el trabajo. Se barría bien la era alrededor con las pesadas escobas de balea, y se esperaba que el viento fuera propicio para empezar a limpiar.

Mi padre con un biello pequeño iniciaba la operación lanzando al aire de una manera especial una bieldada, de modo que el viento se llevara la paja a un lado y las algarrobas a otro. Así se formaba el *peje* donde se iban acumulando las oscuras algarrobas. El Sr. Antonio y otros criados le seguían. ¡Qué bonita era la imagen del dominio de la parva mientras lanzaban al viento la paja con la semilla! Lo peor era el polvo; picaba mucho el de las algarrobas; se ataban un moquero al cuello pero de todos modos se les metía por todas partes y resultaba molesto. Por fin quedaba separado el grano de la paja. Mientras el montón de algarrobas estaba sin limpiar se convertía en la atracción de los vencejos que amenizaban con sus trinos y revoloteos a los que trabajaban, intentando cazar al vuelo los bichos que salían del interior de las algarrobas. Para matar esos bichos las metían enseguida en las paneras o en una habitación que llamaban el 'asfíxiadero'. Se les echaban unos productos que olían muy mal; cerraban herméticamente puertas y ventanas con papeles untados de engrudo para que pegaran bien, y los pobres bichos morían asfixiados.

Las enormes circunferencias formadas por el trigo y la cebada eran también trituradas por los trillos y muy pateadas por los bueyes. Suponía para nosotras un acontecimiento que mi padre nos llevara a la era. Pocas veces nos dejaban solas con la enrejada en la mano para dirigir los bueyes: parecía tan fácil, pero no lo era porque si los dirigías mal se salían o producían un atasque al cortar el paso a los demás. Los bueyes resoplaban con frecuencia, el polvo se les metía por la nariz. Sacudían los rabos peludos para espantar las moscas de los lomos recalentados.

Las horas, bajo este sol de justicia castellano, pasaban lentas en las trillas. Los grandes círculos se iban convirtiendo en altos conos y pirámides alargadas, esperando el momento de la limpia. Este trabajo resultaba difícil, pero tenía más encanto que el ejecutado a máquina. El ver como los hombres dominaban los montones, disfrutando con la separación del grano de la paja, en silencio o cantando en comunión con la naturaleza resultaba todo un espectáculo. Las canciones que interpretaba mi padre con buena voz y entonación se dividían por lo general en dos repertorios: el de la zarzuela, influido en especial por las canciones de Marco Redondo escuchadas una y otra vez en la gramola de Requejo y el flamenco, coreado por los criados que alegraban el ambiente. Entre las que más recuerdo se hallan “La Espigadora”, “Canta, canta vagabundo”, etc.

La aparición de la máquina limpiadora rompió aquella armonía con su ruido monótono y estridente. El hombre empezó a estar dominado por este invento. Había que darle a la manivela sin parar: todos estaban a su servicio. Beldar para la tolva, retirar el grano con las palas de madera, la paja con las enormes bieldas dentadas. Trabajo más rápido, más duro y sobre todo se había perdido la creatividad del hombre en cada instante; habían desaparecido el silencio y la comunicación.

Después la gran máquina trilladora se instaló detrás de la casa de labranza, cerca del transformador y con una caseta para el motor. Dominio exclusivo de mi padre, esta máquina lo iba a esclavizar durante todo el verano.

El montador la revisaba cada año; le explicaba el funcionamiento y mi padre dirigía a lo largo de los dos meses del verano todo el trabajo de la trilla. La era había desaparecido. El enorme ruido de la máquina nos iba a acompañar en todos los momentos del día y hasta marcaba el ritmo de nuestro hogar porque en casa esperábamos a que bajara mi padre para almorzar. En cuando oíamos que la máquina se paraba, mi madre calentaba el almuerzo, poníamos la mesa y comíamos todos juntos.

Trabajo muy duro para mi padre pero que le gustaba. Vestido con unos pantalones azules y una chaqueta del mismo tono, o bien con un mono de tela de algodón para tener menos calor, cambiaba el sombrero de paño por uno de paja. Bajaba y subía hacia la máquina siempre acompañado del botijo de agua fresca que guardaba en la caseta, al lado de los cántaros de donde bebía el resto del personal.

Elegía siempre a criados expertos para el trabajo de meter las gavillas que vorazmente tragaba la máquina y para retirar los sacos que se iban llenando rápidamente. Mi padre tenía que vigilar estas tareas, observar el ruido monótono y constante por si había algún sonido raro que podía significar una avería o un atasco al meter demasiado de prisa las gavillas. Era curioso lo bien que lo hacía un criado que era sordomudo. Se llamaba Alfredo y servía a la máquina mejor que nadie guiándose por las vibraciones.

Nosotras íbamos a acompañar a mi padre con frecuencia porque nos gustaba jugar con el carretillo metálico que servía para transportar los sacos llenos. Mi hermana y yo nos paseábamos en él mutuamente. Cuando mi hermano fue haciéndose mayor era él quien siempre acompañaba a mi padre.

Sentíamos un placer especial jugando entre los sacos que se iban apilando, bien ordenados. Evitábamos acercarnos al enorme tubo que lanzaba la paja a distancia formando una montaña. Lo observábamos desde lejos, promotor de la gran polvareda. Aquel montón nos serviría alguna vez de tobogán. ¡Qué gozada tirarse desde arriba *revoltillando* entre la paja!. El problema era cuando bajábamos a casa rebozadas de polvo, aunque mi madre nunca nos reñía.

Mi padre aprendió a dirigir la máquina y también a arreglar las averías. Se metía por el interior, la revisaba, la engrasaba y mantenía, de modo que sólo en casos graves de roturas había que llamar al mecánico. En casa nos explicaba todo con tanto detalle y tanta claridad, que participábamos de su trabajo. Me gustaba observarlo mientras merendaba la ensalada de pimientos, tomates y cebolla que lo refrescaba. El chorizo, las sardinas en aceite o un trocito de jamón sobre el pan que le daban fuerza. Lo partía con su navaja muy afilada, siempre a punto. Con ella misma cortaba tam-

bién un poco de pan que mojaba en el aceite y vinagre de la ensalada y se lo llevaba a la boca ignorando el tenedor.

Después de la pausa se reanudaba la actividad: Mi padre o el Sr. Antonio medían con la fanega o con la ochava, la misma cantidad de grano que echaban en cada saco y luego mi padre hacía el cómputo final para saber el número de fanegas que se cosechaban de cada producto.

Este grano envasado en la era, bien por las mañanas temprano cuando había '*marea*' y no se podía trillar o bien al atardecer, era traído en grandes y pesados carros a las paneras del corral.

¡Qué fuerza tenían los criados! Uno, desde lo alto del carro iba dando los sacos; los otros los transportaban a hombros hasta los distintos departamentos.

Cómo me gustaba el libro de cuentas de mi padre. Bueno, tenía dos. Uno más pequeño de pastas de hule negro que llevaba en el bolsillo y donde apuntaba a lo largo del día el movimiento de entradas y salidas de productos de la dehesa: si vendía algún carro de leña, alguna encina, con el precio de cada cosa. Si se moría alguna oveja y había que darla de baja. Todas estas altas y bajas, entradas y salidas quedaban allí reflejadas. Anotaba todo a lápiz, siempre con una punta muy fina, muy bien sacada. La navaja tan afilada le servía también de sacapuntas. Tenía una forma de letra inglesa muy bonita con mayúsculas cuidadas. Su lema podía ser : “el trabajo debe hacerse bien y con arte”.

El otro libro era grande, alargado, de pastas duras. Allí quedaba reflejado todo el movimiento mensual y anual de la dehesa. Era el libro de contabilidad con el haber y el debe. Mi padre por las noches pasaba todo a cada uno de los apartados. Las altas o bajas del ganado en los apartados ovejas blancas, ovejas negras, vacas, cerdos... La cantidad de algarrobas que llevaban para las ovejas; la harina para el consumo de los criados, el pienso para los bueyes, etc., etc. Todo quedaba allí reflejado con precisión y honradez. Siempre le salían las cuentas al céntimo cuando venía el señorito a pasar la contabilidad del libro de mi padre al suyo.

Casi todos los meses bajaba el Sr. Antonio por la noche a hacer las cuentas de los gastos de alimentación de los criados. Tenía un lápiz regordete ya muy gastado, con una goma atrás que me encantaba. Era meticuloso aunque le costaba escribir y hacer las operaciones aritméticas. Los mirábamos en silencio y nos gustaba que viniera a hacer este trabajo porque era la única vez que lo veíamos por casa. Como era correcto y discreto, lo queríamos mucho.

Capítulo Noveno

El trabajo de mi padre continuaba en otros ámbitos. En Septiembre empezaban las *monta-neras*. En la dehesa se criaban numerosas piaras de cerdos. Los dueños se dedicaban al trato de ganado. Mi padre, cuando el señorito Paco era aún pequeño, tenía que ir a Extremadura a comprar partidas de negros o rojos que luego embarcaba en el tren hasta Corrales, próximo a la finca o hasta Zamora. Así se me hicieron familiares nombres como: Cañaveral, Fregenal de la Sierra, Jerez de los Caballeros, etc. Pueblos donde mi padre iba a embarcar los animales que había adquirido en alguna de las dehesas extremeñas. Nos narraba con humor sus peripecias. Recuerdo cómo nos decía que en una pensión había tantas chinchas que tuvo que envolverse en la manta que llevaba siempre consigo y aún entraban para picarle por el pequeño hueco que había dejado para respirar.

También contaba el miedo que pasaba al pensar que podían robarlo porque llevaba todo el dinero encima para pagar las partidas que compraba. No se dejaba engañar fácilmente y nos refería que en una de las dehesas, él se dio cuenta que le habían dado mucho de cenar a los cerdos. Había que pesarlos al día siguiente por la mañana muy temprano y como era lógico, pesarían por lo menos un kilo más cada uno con lo que habían comido y bebido. El se levantó por la noche, dijo que iba a orinar, salió al corral y los despertó a todos para que hicieron sus necesidades y al día siguiente estaban en canal.

Como hacía fácilmente amistad con todo el mundo, ya las familias de las dehesas extremeñas lo invitaban a sus casas e incluso pasó alguna Navidad con ellas. Mi madre que se quedaba sola en casa con mi hermana y conmigo siendo aún pequeñas. Si estaban los Lagumanes, nos acompañaban, porque dormían en casa. Si no, bajaba un criado, casi siempre José Manuel, el hijo del cabrero de Llamicas que trabajó muchos años en la dehesa. Era grandote y bonachón y su presencia nos daba seguridad.



Yendo desde nuestra casa por el carril de la fuente, pasado el arroyo, al fondo se divisaban los *ceboneros* ocultos entre las encinas. Resultaba bonito este sendero flanqueado de jaras, carrasqueras y tomillos. La mejorana, con flores blancas y un aroma particular, era la preferido de mi madre y mi padre cuando pasaba por allí siempre le traía unas ramas.

Un barranco blanquecino, en pendiente, nos llevaba hasta los pontones. A la derecha un teso recubierto de encinas y carrascos descendía en ladera suave formando al final una nava de espesa hierba. A la izquierda el arroyo serpenteaba desde la charca que los albañiles habían construido para que bebieran los cerdos y las ovejas. Más tarde, al lado, hicieron un pozo que abastecía a las familias que vivían en Los Ceboneros. El olor de los cerdos se olfateaba antes de llegar; a veces andaban sueltos comiendo las bellotas caídas. Se espantaban al vernos, corrían atolondrados con el rabo enroscado en alto. Otras veces permanecían acurrucados en los ceboneros: enormes naves donde se distribuían por tamaños y que daban al corral central lo mismo que la panera del pienso.

La familia del Sr. Doroteo vivía en la casa adosada a los pocilgos. El y los hijos mayores se encargaban de cuidar los cerdos. La casa, aunque pequeña para tantos resultaba acogedora. Trabajadores, agradables y cariñosos formaban también parte de la gran familia de la dehesa.

Mi padre vigilaba y dirigía la evolución de la producción. Con unas tenazas especiales les ponía las anillas en el morro, con el fin de que no hozaran y estropearan las praderas. Sabía cuando darles “salón”, cebada húmeda con sal, que les servía de purgante y luego comían mejor. Yo sufría cuando llegaban los capadores ya que me parecía que debían hacerles mucho daño. Eran amigos de mis padres y después de realizar diestramente su trabajo venían a comer a casa. Traían a veces algunas criadillas que mi madre guisaba muy bien.

Mi padre ordenaba a los porqueros el momento de empezar a comer las bellotas de roble que eran las primeras en madurar. ¿Cómo podría calcular con tanta precisión con sólo mirar los árboles el número de días que había comida para los animales? Sabía perfectamente la cantidad que podía cebarse y más o menos las arrobas que pondrían a lo largo de la montanera.

Nos gustaba verlos evolucionar: desde que los traían de camperos y corrían a comer los primeros frutos, hasta que en Navidades, después de haber aprovechado la montanera, ya casi no se podían mover de gordos que estaban.

¡Qué destreza tenían los *porqueros* al vear las encinas y hacer caer las bellotas!. Una gran pértiga llevaba atada al extremo por medio de una correa, una vara más corta: el *manganillo*. Con un movimiento de la más grande hacían que la más pequeña, cogiendo voleo, golpeará los frutos sin dañar demasiado las ramas.

Mi padre, que con frecuencia iba a verlos, nos traía siempre los bolsillos llenos de bellotas, de las mejores que hubiera podido encontrar, grandes y dulces. Existía una encina en Montealto que la llamaba la Marquesa y cuando estaban maduras íbamos un domingo a buscarlas. Las extendíamos en el suelo o sobre un saco y nos duraban meses. Cuando se avellanaban un poco sabían aún más ricas. A veces las asábamos en la lumbre o las cocíamos. Nos gustaban de todas las maneras. Más tarde, cuando estábamos estudiando en Zamora, mis padres nos las mandaban y las recibíamos con mucha alegría.

Existía la costumbre en Cabañas de ir a robar bellotas el día de los Santos. Se juntaban pandillas de chicos y chicas e iban a Montealto, la parte de la dehesa que limitaba con Cabañas, a hurtar una pequeña cantidad para comer. Mi padre salía con el caballo a vigilarlos; los hacía correr un poco y era la gran diversión.



El negocio de los cerdos aumentaba, era necesario arrendar montaneras en otras dehesas. Por la mañana temprano, mi padre cogía el caballo e iba a ver las belloterías del Monte Venialbo y las de Peñalba, dehesa de mi tío Lorenzo, padrino de mi padre. También en este caso me admiraba que con una simple ojeada al monte que pensaban arrendar ya conociera la cantidad de cerdos que se podían cebar. Como la compra se hacía en subasta, mi padre le decía al dueño lo que él pensaba que valían las bellotas; metían el pliego ofreciendo la cantidad de dinero y casi siempre eran ellos los que se quedaban con la montanera. Suponía mayor trabajo para mi padre porque de vez en cuando se veía obligado a comprobar el aprovechamiento. Era necesario buscar siempre porqueros expertos que supieran cuidar bien los cerdos y no desperdiciaran el alimento.

También arrendaban casi siempre las de las dehesas de Requejo y Quintanillas, situadas al lado del pueblo de mi madre, Santa Eulalia de Tabarra.

En estas ocasiones la llegada de mi padre para vigilar la evolución de la bellotera suponía una gran alegría para toda la familia ya que él les transmitía más directamente el cariño de mi madre y el nuestro. La acogida era especial y la cena de mi abuela Felisa extraordinaria.

Tras una vuelta a pie por las dos dehesas, después de darse una gran paliza andando comía en Requejo, en la casa de sus padres que tantos recuerdos le evocaba. A los dos días regresaba a Zamora a decir el número de cerdos que se podían cebar. Casi siempre cogían esta montanera y año tras año tenían a las mismas personas, serias y responsables, que se encargaban de preparar *los porcillos* y cuidar los cerdos durante la misma. La familia de Pedro Castro sabía hacerlo muy bien, Santiago, el del tío Vitoriano era la persona de confianza. Todos los que trabajaban de Santa Eulalia eran de fiar, querían y respetaban a mi padre, y todos lo hacían lo mejor que podían. El señorito, venía a veces a buscar a mi padre a Llamas para llevarlo a dar una vuelta por Requejo. Mi padre al regreso nos contaba todas las novedades de la familia en estas fincas. Participábamos a través de él de todo ese mundo del trabajo de las dehesas y de quienes les dan vida.

Una vez terminadas las montaneras, los cerdos ya bien cebados eran vendidos a los salchicheros de Zamora en partidas completas o bien en el mercado de los martes. Los Cachos (que así se apellidaban los dueños) tenían fama de ser unos buenos tratantes, sobre todo de ganado porcino.

Al lado de Los Ceboneros se encontraba también la casa del Sr. Román, el pastor.

El suelo sembrado de cagalitas y el montón de abono con un olor particular anunciaban el corral de las ovejas. Bajo las grandes tenadas se quedaban por el día las madres recién paridas o con corderos enfermos. Los corderitos sacaban las cabezas por entre las cañizas. En esta parte de la dehesa vivían las ovejas blancas, los corderos con la lana nueva parecían estar recubiertos de algodón.

¡Qué bonitos son los corderos de pequeños! Sus grandes ojos redondos encuadrados por las colgantes orejas nos miraban atentos, extrañados. Asustados salían corriendo moviendo el largo rabo. Daba pena que se lo cortaran cuando eran mayores.

Delante de las tenadas, en el corral, estaban las pilas de madera de patas altas para que pudieran comer con mayor facilidad. Paja y harina de algarrobas constituían el alimento reconfortante. En aquellos días no había ninguna mezcla química en los piensos y no se forzaba a la oveja a tener dos crías al año: se respetaba la evolución natural y sana. La carne de aquellos corderos era sabrosísima.

El Sr. Román era el pastor de la piara blanca. Un doctor en el cuidado del ganado. Conocía perfectamente a cada oveja, con sus características físicas y temperamentales; sabía como reaccionaba cada una de ellas. Las atendía tan bien que eran siempre las mejores. Criaba más corderos que los otros pastores y siempre hablaba con orgullo de sus ovejas y de las suyas propias, es decir, las que él ganaba como excusa. Estaban tan bien cuidadas que la mayoría tenían dos corderos. Sabía como tratarles las enfermedades. Recuerdo que si tenían malo el ojo derecho les ataba una correa fina en la oreja izquierda perforándola para que sangrara un poco. Siempre llevaba una lata de *zotal* para desinfectarles las heridas y que no criaran cocos.

Corto de cuerpo pero recio, con el sombrero de paño en invierno y de paja en verano, la mochila al hombro, la piel tersa, fina y sonrosada, su cadencioso andar apoyado en la cayada: resultaba un personaje único. Con sus frases sentenciosas, su capacidad de observación, su picaresca para lo que le convenía, era un hombre admirable y digno de estudio. La naturaleza sabia lo había cincelado a su imagen. Formaba parte de las encinas, de los carrascos, de la hierba, de las ovejas y de su familia ante todo. A los 99 años continuaba viviendo en la dehesa cual roble añoso y resistente.

La caseta del señor Román era pequeña, demasiado para toda la familia. La señora Vitorina, su mujer, la tenía siempre extremadamente limpia. Unas *veras* impecables enmarcaban el tiro lleno de hollín de la chimenea. El mal piso de barro siempre bien barrido. Esta mujer delicada, de tez blanca y pálida, salía pocas veces del hogar. Sus hijas Anuncia, Tere e Inés hacían su vida alrededor de la caseta. Nos gustaba ir a verlas y jugar con ellas. Siempre que las visitábamos era para nosotras una fiesta. El hermano mayor, Heliodoro, ayudaba a su padre como zagal.

¡Con qué tristeza recuerdo la muerte de la señora Vitorina! Anuncia que era tan niña se hizo cargo de la casa y de sus hermanos. Es increíble como en un cuerpo tan pequeño pueden encerrarse tantos valores.

Mi padre quería y admiraba al señor Román. Cuando iba a dar vuelta le agradaba llegarse hasta el rebaño. Las ovejas siempre *careadas*, dirigidas por tan buen pastor ayudado por el perro obediente y fiel, aprovechaban mucho los pastos y se las veía gordas. La charla con el señor Román interesaba tanto a mi padre como el careo de las ovejas. Al regresar a casa nos contaba siempre las últimas anécdotas suyas.

Su trabajo era variado: por las mañanas temprano cambiaban las cañizas de sitio y este *majadal* bien abonado cuando llovía, producía un pasto especial.

Cuando debían cambiar las cañizas para las tierras lo que suponía un duro trabajo, por orden de mi padre los criados con los carros las transportaban e instalaban. Este abono natural favorecía el terreno.

El balar fuerte de las madres llamando a los corderos o el más fino y triste de los corderos llamando a las madres, rompía el silencio de esta parte alejada de la dehesa. Recorrían la zona de Peñagorda, el Cerrolamesa y Navalosmorenos. Esta nava producía siempre mucha hierba. En la parte superior había una charca rodeada de encinas y de alcornoques: allí bebían agua. Los rebordes de granito mezclados con caliza blanca contrastaban con la hierba verde, lisa y suave.

Las cencerras de algunas ovejas nos guiaban hacia el lugar donde se hallaban, todas diseminadas parecían aún más numerosas. Quinientas ovejas blancas de formas redondeadas a menudo acompañadas de los corderos, se mezclaban con la naturaleza de carrascos, jaras, tomillos, encinas, robles y alcornoques.

Los conejos buscaban la grama fresca por el borde de la charca y de vez en cuando también alguna liebre que ocultaba la cama entre las altas hierbas. Los perros del pastor afilaban las uñas corriendo tras ellas y tras los conejos mientras chillaban afanándose por atraparlos.

A esta charca abrigada y de agua soleada veníamos algunas veces a bañarnos: mis padres nos acompañaban y traíamos la merienda. Debajo de una gran encina copuda dejábamos la ropa y nos metíamos en el agua. Nada fácil porque había mucho lodo y el fondo se revolvía. Así y todo, como estaba calentita invitaba a zambullirse.

Resultaba difícil aprender a nadar allí y todo se limitaba a un chapuzón entre risas y el miedo a las culebras que nos sacaban la lengua desde el otro extremo. Mi madre nos vigilaba y se reía al vernos; mientras, mi padre se iba con la escopeta hasta unos *vivales* que había en el cercado de las vacas, próximo a la charca, para matar algún conejo. Al atardecer mientras merendábamos, veíamos todos los pájaros que se acercaban a beber. Los había de todas clases y mi padre los identificaba. Con frecuencia venían allí palomas torcaces y patos.

¡Qué sensación de bienestar se respiraba en esta parte de la dehesa; la naturaleza era una sinfonía de armonía!

Para bajar un poco el estómago demasiado lleno de la merienda corríamos por entre las peñas. Por la zona del robledal que estaba en la parte superior de la charca cogíamos *abojacas* que luego nos servirían para convertirlas en pucheros, cazuelas o sartenes en nuestras casitas. Mis padres cogían baleo para escobas o piñerina para encaladores. Nosotras aprendimos a conocer estas plantas y les ayudábamos.

En otras ocasiones cogíamos corcho ya que por esa misma zona, alrededor de Navalosmosenos, se encontraban el robledal y el alcornocal.

Parece oportuno exponer aquí y ahora el trabajo de la extracción de este material y su entorno.

Los enormes alcornoques de hojas más oscuras exhibían unos cuerpos ásperos envueltos en densa capa. Aún se les conocían las señales de la saca anterior. Los redondos ombligos formados en los troncos servían de refugio a las abejas. Allí los enjambres instalaban sus panales. Llamaba la atención el ruido zumbón de las abejas entrando y saliendo sin parar y las escurriduras de la miel a lo largo del tronco. Nosotras introducíamos un palo por el hueco para impregnarlo de miel y chuparlo. Semejante golosada nos acarrea la picadura de alguna abeja; mitigábamos el dolor orinando en un pañuelo y poniéndolo en la zona afectada.

Las ramas de los alcornoques recubiertas de corcho *bornizo* resquebrajado por el crecimiento, eran preciosas. Los líquenes las recubrían dándole unas tonalidades verdosas.

Mi padre nos mostraba cortando un trozo con la navaja, como se distinguían los distintos años de crecimiento. Había capas más gruesas, las de los años húmedos, y delgaditas, las de los secos. El corcho se sacaba cada once años. Tenía que ser en una época adecuada para que se diera bien.

En la dehesa aparecían los corcheros, personas muy diestras en el oficio que iban a dejar a los pobres alcornoques desnudos luciendo sus interioridades rojizas. Cortaban con cuidado en los troncos; primero todo alrededor, luego de arriba a abajo, con las afiladas machetas haciendo rectángulos. Introducían el mango aplastado de las hachas y con un movimiento brusco arrancaban cada trozo. Cortaban con precaución a ras de suelo para no herir las raíces. Los grandes trozos recubrían la hierba alrededor del alcornoque.

Más difícil era arrancar el bornizo de las ramas más gruesas hasta una cierta altura, no podían pelarlas demasiado. El montón de bornizo, separado del resto, asemejaba un enorme belén. El aspecto general del alcornocal pelado visto desde lejos evocaba una gran danza de personajes desnudos. Rompía la monotonía del color verdoso de la dehesa.

El corcho era acarreado hasta una gran explanada situada entre el camino de Valverde y el arroyo que corría detrás de nuestra casa. Los enormes montones iban a servirnos de entretenimiento. Nos atraía ir a jugar allí, correr por encima o hacer casas, apilando trozos, orientadas hacia el sol para estar a la abrigada. Buscábamos trozos de corcho bornizo arrancado completo en redondo de las ramas para hacer tiestos. Guardábamos algunas piezas para montar el nacimiento y mi padre elegía la mejor, sin poros, para hacer los tapones. Sabía tallarlos a la perfección.

Cuando los corcheros terminaban la saca se trasladaban a las corcheras a prepararlo bien. El bornizo era vendido más barato tal y como salía; servía para molerlo y hacer aglomerado. Para arreglar el resto montaban al lado del arroyo una gran caldera con agua hirviendo; introducían cada tira, la raspaban con unas cuchillas especiales, las colocaban unas encima de otras y las prensaban para que se estiraran bien. El señor Vicente era el capataz que dirigía las operaciones. Nuevas

herramientas y nuevos trabajos aparecían en la dehesa. Me gustaba mucho verlos e iba por allí con frecuencia.

¡Qué susto nos llevamos una noche! Alguien avisó que ardían las corcheras. Mi padre llamó inmediatamente a los criados que bajaron con cubos y utensilios para apagar el fuego. Mi madre y nosotras desde el dormitorio, por la ventana que daba al corral, veíamos por arriba del palomar las enormes llamas. Oíamos el chisporroteo del corcho al arder e incluso las pavesas que el viento traía hasta el corral. Recluidas en casa ya que mi padre había cerrado la puerta para que no nos diera la tentación de salir a ver y nos ocurriera algo, pasamos un miedo terrible. Después de trabajar toda la noche, consiguieron aislar las pilas que ardían de las seis restantes. A la mañana siguiente, sólo quedaban de ellas dos grandes montones negros humeantes y varios trozos de corcho medio quemados esparcidos por la hierba. La lumbre mal apagada de debajo de la caldera pudo ser la causa; se supone que al llevar el viento alguna chispa prendería inicialmente en la hierba seca y luego en el corcho.

Todo esto lo evocábamos cuando íbamos a la charca de Navalosmorenos, a merendar. Al atardecer nos volvíamos a casa, nava abajo, felices y contentos. Bordeábamos la ladera espesa de vegetación de la montaña de la derecha; arrancábamos juncos de las junqueras que estaban cerca de los restos de unas carboneras; veíamos correr algunos conejos y revolotear las palomas torcaces de unos árboles para otros alertadas por el ruido de los pasos y, finalmente, desembocábamos en el camino de Valverde desde donde a cien metros divisábamos los dominios familiares.

Allí volvíamos a encontrar la piara de ovejas blancas que también pastaban la hierba alrededor de nuestra casa y de la del aperador. Nos hacía compañía el rebaño extendido, nos resultaba curioso el movimiento de los perros y nos alegraba observar los saltarines corderos. El señor Román aprovechaba la ocasión para llenar la lata de zotal de un gran bidón que se guardaba en la cochera; para llevar sal y echársela sobre unas grandes piedras lisas cerca de su casa. También para traer algún cordero o alguna oveja muerta que destinaban después como alimentación de los criados y que mi padre daba de baja en el libro. Y se acercaba, en especial, para charlar con nosotros.

Recuerdo una vez que se hallaba sentado en la cocina al lado de la lumbre. Nosotras siempre lo observábamos y de repente... vimos que una cabeza verde se le asomaba entre la chaqueta a la altura del cuello, era un lagarto bastante considerable que se le había metido mientras había estado sentado al sol junto a unas peñas.

Las ovejas también comían los rastrojos de la dehesa, aunque normalmente se arrendaban *espigaderos* en los pueblos circundantes: Cabañas, Corrales, Casaseca, Madridanos, etc. En estas épocas de verano y otoño aprovechaban también el *hojadero*. Los pastores con sus familias tenían que trasladarse a vivir a esos pueblos.

Mi padre cogía el caballo y pasaba el día inspeccionando el espigadero que luego saldría a subasta. Tenía que observar también si había agua abundante para las ovejas y arrendar una casa para el pastor. Una vez arrendado debía vigilar el buen aprovechamiento de las espigas, de las hojas de las viñas y de los pastos. Para los pastores, aunque les era molesto el traslado, tenía su parte positiva: la familia salía una temporada de la dehesa y vivía en un pueblo.

Antes del verano para liberar a las ovejas del vellón que les daba mucho calor era necesario hacer el esquileo.

Era un acontecimiento nuevo. Venían los esquiladores, sobre todo de Mayalde, un pueblo cercano. Sus nombres y circunstancias se nos hacían familiares por el trato a lo largo de los

años. El señor Toribio y su hija Soledad, que se encargaba de hacerles la comida los últimos años, nos llamaban la atención de una manera especial por sus bonitos ojos azules.

Una actividad diferente rodeaba entonces nuestra casa. Los primeros años mi madre hacía la comida a esquiladores y pastores. En el portal se preparaba la mesa y un olor especial a lana grasa de oveja lo inundaba. Los grandes recipientes se apropiaban de la cocina: la cazuela con las sopas de ajo y la sartén con los torreznos contrastaban con la otra más pequeña para hacer los huevos fritos. Todos charlaban animadamente mientras desayunaban, cogían calorías y fuerza para trabajar durante la mañana. La alimentación solía ser más variada: un cocido, una fabada, repollo con patatas y de segundo plato carne. Mataban una oveja o algún cordero y constituía la base de la comida del centro del día y de la cena. Como mi madre guisaba muy bien la carne no había ningún inapetente y todo desaparecía rápidamente. Con los esquiladores comían también el pastor y el zagal del rebaño que se estaba esquilando.

Las tenadas del corral de la casa del aperador se dividían en dos partes por unas cañizas. En una de ellas se encerraban un grupo de ovejas prestas a ser esquiladas. En la otra muy limpia trabajaban los esquiladores. Los pastores, ayudados por algún criado, las cogían del pequeño aprisco, las tumbaban sobre el suelo y les ataban las patas. Los esquiladores las sujetaban y con el tris-tras de las aguzadas tijeras, les iban cortando la lana. El ruido rítmico inundaba las tenadas, roto de vez en cuando por la voz de uno de los esquiladores que pedía: “¡moreno!”. El pastor acudía con una especie de hisopo mojado en un líquido espeso formado por hollín de la fragua y zotal. Se le aplicaba en la cortadura y parece que eso era un buen desinfectante y cicatrizante. Mi padre pasaba largos ratos con ellos observando el trabajo. Le pedíamos que nos llevara a verlos; admirábamos su rapidez y destreza.

Empezaban por una pata, iban cortando los rebordes del vientre dejando una pequeña señal por donde iban los cortes, remontaban la zona del espinazo y llegaban de nuevo al vientre por el otro lado, remataban bien la zona de la cabeza y del rabo. Así la oveja quedaba ligera del abrigo que la había recubierto todo el invierno. Corría feliz para el corral cuando la desataban.

El pastor tomaba el vellón, ponía en el interior los trozos sueltos; con una rama de *ba-lea*, echaba una rociada de agua y lo envolvía con tanta maestría que quedaba hecho una gran pelota que no se deshacía fácilmente. Amontonaban los vellones en una habitación especial y allí esperaban a ser vendidos a los laneros de Béjar. La apreciaban mucho, porque se trataba de una lana de gran calidad llamada extrafina, mezcla de merina y churra, a la vez fina y resistente.

Los esquiladores se protegían la muñeca con una especie de venda; el trabajo de sujetar todo el día las tijeras y el movimiento de abrir y cerrar los dedos constantemente debía dañárselas. Serios en su comportamiento, trabajaban contentos, se gastaban bromas, sobre todo a los pequeños que aparecíamos por allí. Nos decían: “¡venga, a ayudar, traed moreno!”. Cuando íbamos con el hisopo untado en vez de la cortadura nos enseñaban el trasero de la oveja para que se lo pusiéramos allí, originando la risa general. Mis padres nos advertían bien antes de ir a verlos.

Permanecían unos ocho días. Ya que esquilaban el rebaño de las blancas, de las negras y de las cancinas, corderas que eran madres por primera vez. En mi casa esto suponía mayor trabajo, sobre todo en el momento de fregar porque la despensa no reunía condiciones; pero para nosotras era un acontecimiento nuevo, el trato con otras gentes correctas y afectuosas. Nos daba pena que se terminara el esquileo.

Capítulo Dé cima

Por el camino que lleva a Valverde, a dos kilómetros de nuestra casa, después de pasar un altozano peñascoso que se deshacía en una arenilla blanca, divisábamos la pequeña caseta del pastor de las ovejas negras. A la izquierda, la nava que venía desde el cercado de las vacas, empapada de agua en invierno, la vertía atravesando el camino por entre los matorrales de la derecha, cayendo en cascada por el desnivel peñascoso. Esta parte la llamaban El Chorro. El agua al caer espumeante y cristalina repiqueteaba en el charco formado en el fondo, rompiendo el silencio de esta zona recóndita de la dehesa. Las praderas bien regadas producían abundante hierba, rota por el sendero que, bordeando la tapia de Llamicas, se unía al camino de Valverde.

Una vez pasada la nava, la pequeña caseta del pastor de las ovejas negras, aparecía a unos cincuenta metros del camino, achaparrada, con una chimenea poco esbelta, casi sin ventanas,. Parecía dormir entre las encinas, pero tenía vida. Allí vivía el señor Benito, hermano del señor Román, con sus cuatro hijos que ayudaban al padre. Su mujer, la señora María la pastora, era algo gruesa, tranquila, agradable. Tomás, uno de los hijos era solamente un poco mayor que nosotras y nos gustaba que viniera a casa a buscar la harina para el perro. Parecía que nos traía un poco de vida de esta zona de la dehesa. Teresa, la hija mayor, era muy guapa; esbelta, sonrosada, con un pelo rizado muy bonito: adornaba aquella casa tan abandonada.

Los pastores ganaban lo que se llamaba “la excusa”: unas cuarenta. ovejas, unas cabras, la burra y las gallinas. Éstas escarbaban en libertad alrededor de las peñas buscando las orugas. El gallinero estaba situado al lado de la burrera; hecho de piedras superpuestas y cubierto de leña las cobijaba durante la noche y las protegía de las zorras ya que en esta zona había muchas.

El majadal verde se extendía hasta el barrero y hasta las casas de Valverde. El rebaño de ovejas negras paciendo por esta zona se confundía con el paisaje. Los corderos blancos de las ovejas de los pastores formaban un dominó con el resto del rebaño. Las cabras se encaramaban para comer los brotes tiernos de los carrascos y de las encinas y la burra pacientemente los seguía. El pastor, en la época de las pariciones, llevaba en la mano un palo largo con un gancho para coger los corderitos por una pata. El zurrón de piel de perro curtida en bandolera, tenía el mismo brillo por el uso que los pantalones de pana y las botas de becerro. El rebaño de las negras solamente se acercaba a nuestra casa en la época del esquileo.

Nosotras no solíamos aparecer por aquí: era una novedad cuando nos llevaba mi padre y disfrutábamos con avaricia de este precioso lugar. Las jaras de los rebordes de la ladera que se extendía desde el barrero hasta la tapia de la dehesa de Amor, aparecían cubiertas de exuberantes líquenes y eran tan altas que nos inundaban; nos perdíamos entre ellas. Inspeccionábamos las cuevas que las barreras habían hecho para sacar el barro blanco y nos llamaba la atención la gran piedra lisa donde lo machacaban.

Casi siempre vivían conejos en el barrero; al oírnos llegar salían a toda velocidad, escondiéndose entre las jaras o en los vivales. Mi padre llevaba alguna vez la escopeta y nosotras agazapadas y en silencio íbamos tras de él para no hacer ruido. Participábamos en la cacería: él disparaba e inmediatamente salíamos corriendo a recoger la pieza. En este testero había también perdices. Mi padre se guarecía en las tenadas de las ovejas o detrás de una encina e imitaba con arte el canto de la perdiz. Normalmente la atraía y él podía dispararle. Otras veces se ayudaba de un aparato que llamaban "el reclamo". Consistía en una especie de fuelle terminado en una trompa metálica perforada; dando rítmicamente sobre la mano, producía el canto de la perdiz si se sabía manejar bien.

En el reborde de este testero construyeron después una caseta nueva para el pastor, con unas grandes tenadas para cobijar las ovejas con los corderos y una panera . Un pajar en cada uno de los lados cerraba el conjunto. Aquí vivió el señor José, la señora Paulina, su mujer, y sus hijos , familia numerosa y activa que dio vida a este rincón de la dehesa y a quienes hemos querido entrañablemente, sobre todo a Blas y a Eusebio que siguieron viviendo allí muchos años. Desde entonces esta casa ya no aparecía dormida: siempre había alguien en movimiento.

En este majadal además de las negras estaban las cancinas; la abundante hierba de estas navas podía alimentar mucho ganado. Por aquí daba vuelta mi padre con frecuencia, vigilando cómo aprovechaban la hierba, el estado de las ovejas, el nacimiento de los corderos y si los pastores necesitaban algo. Ocasionalmente les servía, incluso, de cartero, porque las cartas que llegaban para cualquiera de la dehesa se las daban a él que las repartía puntualmente. Les ponía también las inyecciones si estaban enfermos. Charlaba largos ratos con ellos, aunque con el pobre señor José le costaba bastante trabajo porque era muy sordo, sobre todo cuando se hizo viejo. Vivió en la dehesa hasta su muerte.

El campo de visión se extendía al llegar a Valverde, inmenso valle que alcanzaba por la izquierda hasta la dehesa de Amor y por la derecha hasta la raya de Tamame. Altas colinas lo enmarcaban a un lado y a otro de este último lugar, cerrándose por la parte de Amor hasta casi encajonar el arroyo. Enormes cahozos conservaban el agua hasta el verano. En uno de ellos en la arena acumulada en las orillas o sobre los grandes peñascos que penetraban en el agua había siempre galápagos. Nos gustaba ir a verlos; la escasa frecuencia con que lo hacíamos ya que se hallaba muy lejos de nuestra casa, aumentaba el placer. Eran enormes; su caparazón verdi-negro se confundía con las algas de las orillas y con los parduscos peñascos. Eran preciosos cuando nadaban sacando la cabeza antediluviana del caparazón. Una vez mi padre nos cogió uno y fue todo un acontecimiento. Lo tuvimos mucho tiempo en la despensa para que comiera los insectos.

Sobresaliendo de las planas praderas se destacaba una especie de inmensas ballenas acostadas. Eran grandes rocas de granito que no se habían erosionado. Rodeadas a veces de carrasqueras, servían de refugio seguro para los conejos. Daba gusto verlos correr largo rato por la hierba hasta llegar al escondite. En los primeros años había tantos que formaban casi un rebaño. Una de estas peñas la llamaban la "Ciudad de Barcelona". Luego la peste y los hurones en las cacerías los hicieron casi desaparecer. Las escaladas por aquellas rocas nos parecían un triunfo aunque de vez en cuando nos ganábamos unas desagradables raspaduras.

En lo alto de la colina recubierta de encinas y matorral cual faro vigilante estaba la Caseta del Alto: pequeña, con una sola habitación que se usaba como cocina y dormitorio. Parece increíble que hubiera podido albergar a la familia numerosa del vaquero. En compensación las vistas desde allí resultaban extraordinarias.

Descendiendo la ladera a unos cincuenta metros del camino después de atravesar el arroyo, se encontraban las múltiples edificaciones de Las Casas de Valverde. Pasado el tiempo albergaron al vaquero y su familia que se desplazaron de la Caseta del Alto; también en el cernidero a uno de los porqueros y a las vacas en el gran corral con tenadas. Cerraban el rectángulo los pajares.

Los redondos pilones a la orilla de las casas esperaban el pienso de las vacas en las épocas de poca hierba. El señor Maudilio, el vaquero, daba una cierta categoría a esta parte de la dehesa. Alto, derecho, con una visera o un sombrero de ala ancha. Con su honda certera era capaz de lanzar una piedra al ganado que se salía del grupo y trizarle una oreja contra el cuerno. Cuidaba muy bien de las vacas. Siempre tenían el pelo brillante: negras zainas de grandes cornamentas. Da-

ba gusto verlas comer por la pradera o en el cercado. Nos aconsejaban tener mucho cuidado con ellas: de raza morucha se arrancaban fácilmente, en especial cuando estaban paridas. Sentíamos no poder acercarnos a los terneros, preciosos, de cabezas redondas con enormes ojos negros como moras.

Bebían agua en la charca que se encontraba delante de las casas, a la derecha y que la mantenía todo el año. En ella proliferaban ranas y tencas. A mediados de verano, cuando bajaba de nivel mi padre y los dueños iban a pescarla. Se ponían un mono, se metían con el trasmallo por la mitad y lo arrastraban con cuidado hacia un lado y otro. Daba gusto sacar las *tencas* de la red: tan resbaladizas que se deslizaban fácilmente. Las metían en un cántaro con agua para que no se escaparan ni se murieran. Nos parecía todo un festejo. Las ranas, más listas, se escabullían, pero algunas caían también. Había muchísimas y alegraban con su croar penetrante las noches silenciosas y solitarias de este rincón de la dehesa.

En la parte de abajo, en frente de las casas y ya cerca del arroyo existía un pozo bastante profundo. El agua aunque abundante no era muy buena. De allí se abastecían el vaquero y los pastores. La gran ladera cubierta de encinas y espeso matorral servía de abrigo, en días fríos, a las vacas. Por arriba se extendía una amplia meseta sembrada de piedras, con escasa vegetación porque casi no tenía suelo. Solamente en primavera aparecía cubierta de preciosas *gamonetas* floridas. Cruzando esta plataforma se llegaba al cercado de las vacas donde las encerraban para dormir en algunas épocas del año, otras las metían en Vallondo.

La casa de Valverde era enorme. Dos poyos de piedra enmarcaban la puerta de entrada que daba acceso a un largo y ancho pasillo de suelo verdoso de cemento brillante. A la derecha un gran dormitorio que recuerdo con angustia. Lo conocía de ir con mis padres a visitar al señor Maudilio que enfermo de asma, pasaba temporadas en la cama medio asfixiándose. El polvo de la harina de las vacas era casi siempre el culpable de estos accesos asmáticos. La señora Juliana, su mujer, era valiente, agradable y muy cariñosa. En ocasiones a media noche, cuando aún sus hijos eran pequeños, tenía que ir a buscar al médico al pueblo o venir hasta nuestra casa y mi padre mandaba enseguida a un criado con el caballo a buscarlo.

Solamente tenía dos hijos: Teodoro y Valentín que son actualmente vaqueros de reses bravas, y cinco hijas Paca, Marta, Julia, Amelia y Socorrito que llenaban la casa de Valverde. En una época de postguerra, con tanta familia y un sueldo pequeño se vivía con dificultad. La lejanía de Cabañas les impidió ir a la escuela. Tamame, pueblo más próximo también les quedaba lejos, pero la naturaleza y los padres fueron sus maestros. Eran responsables, rectos. Nosotros los quisimos y los seguimos queriendo. Formaban parte de nuestra gran familia de la dehesa.

Cuando vino mi hermano al mundo la señora Juliana y el señor Maudilio acompañaron a mis padres toda la noche hasta que por fin nació. Recuerdo a la señora Juliana enseñándomelo mientras lo lavaba. El parto había sido muy difícil y el niño estaba tan colorado, que me pareció muy feo. En cualquier acontecimiento familiar, bueno o malo, siempre acudían.

La señora Juliana era de Cabañas y su familia la sentíamos como nuestra. El padre nos abastecía de repollos todo el invierno. Venía con la borrica, las alforjas repletas de lo que producía en el huerto. Le teníamos mucho cariño al señor Tentemozo, como lo llamaban en el pueblo.

En la casa de Valverde había una gran cocina de abierta campana, unos vasales en las paredes exhibían los cacharros de barro y porcelana roja. Tajos alrededor de la lumbre. Un viejo escaño servía de asiento y cama. Por una pequeña ventana se asomaban al corral. Otra habitación en

aquel largo pasillo se compartía con alguno de los criados que temporalmente vivían en esta parte de la dehesa.

Nosotras visitábamos el gran corral en la época del herradero. Se ponía la marca del dueño a los terneros ya casi añojos. Consistía en un círculo abierto por un lado con una cruz arriba y una C en el interior: la inicial de Cacho.

Con antelación mi padre daba órdenes para la organización del acontecimiento: suponía un festejo especial. En una burra se llevaban unos cántaros de vino, unos manojos de chorizos, escabeche y un par de panes para la cuchipanda que tenía lugar después de haber marcado los becerros.

Una gran lumbre de canutillo de encina recibía los hierros de marcar, terminados al final de la barra de metal por un mango de madera para poder sacarlos del fuego sin quemarse. Los criados se veían forzados a coger los becerros al asalto. Carreras, revolcones y risas inundaban el corral. Cada uno quería probar su valentía, ser el primero en agarrarse a las orejas o al rabo para sujetarlos y tumbarlos en el suelo para ponerles la marca. Casi siempre era mi padre el que marcaba. El berrido del becerro dolorido por la quemadura me encogía el corazón. Un olor a cuero quemado se esparcía por el corral. Era preciso tener cuidado con los hierros de marcar ya que estaban al rojo vivo.

Como había bastantes terneros que herrar, de vez en cuando hacían un alto para echar un trago y comer un tentempié. Con la alegría del vino se hacían más valientes y atrevidos para coger los becerros y cuando terminaban de marcar todos se convertían en toreros.

Después de herrados, los más bravos se encerraban en una tenada aparte y al final, con un saco por muleta, los asistentes hacían alardes de grandes toreros ganándose con frecuencia fuertes embestidas y revolcones. Incluso acudía un aficionado a torero, hijo del señor Rachao, e intentaba dar pases de maestro demostrando más bien sus escasos conocimientos y aptitudes. Como el miedo es libre terminaba escondiéndose en las tenadas y no volvía a salir.

Las mujeres y los niños nos guarecíamos en la puerta del pasillo de la casa o detrás de unas cañizas. Mi hermana siempre fue más valiente que yo; con una de las hijas del vaquero, Marta, acostumbrada a estar entre las vacas, se metieron en el pajar donde tenían encerrado un becerro bravo, dispuestas a torearlo antes que los demás. Les arreó tales coscorriones que, menos mal que pudieron trepar por la paja y salir de allí.

A mi madre también la golpearon en una ocasión. Estaba en la puerta de la casa del vaquero, que daba al corral, y desde allí, como nosotras, contemplaba a los becerros, que, después de herrados, quedaban libres. Mi padre, que quería tenerla siempre a su lado la llamó: “Esperanza, ven, que no hay peligro porque están todos juntos”. Ella, confiada, atravesó el corral para acercarse donde estaba mi padre poniendo la marca. Cuando iba por la mitad, un par de chotos se arrancaron. Yo creo que por el miedo se paralizó y no pudo correr así que le dieron unos cuantos testones.

Todos estos incidentes producían hilaridad aumentada por las frecuentes visitas a la jarra del vino. Recuerdo a media tarde ver regresar al grupo de los criados cantando y uno de ellos terciado en la burra porque ya no podía tenerse en pie. Mi padre decía: “Mirad, no viene como conviene que viene como con vino”.

Años más tarde en un herradero de éstos, a mi sobrino Toniche le desaparecieron las aficiones toreras con las que soñaba de pequeño. Yo le había comprado una muleta, una espada de juguete y la montera. En casa nosotros hacíamos de toros y él nos toreaba. Mi padre siempre complaciente, sobre todo con su primer nieto, se dejaba torear, caía por el suelo como si estuviera medio

muerto para recibir el descabello. Llevamos a Toniche al herradero pero en cuanto vio que los becerros se arrancaban y tenían cuernos, guardó todos los archiperres, se metió para la cocina y nunca más volvió a hablar de toreo.

Los becerros se hacían grandes, pasaban de añojos a erales, utreros, cuatroños que ya igualaban en tamaño a las vacas y finalmente los veíamos desaparecer porque los vendían. Solamente quedaba con las vacas el toro padre, ejemplar único, de cabeza provista de potente y bien formada cornamenta, de gran talla, bien cuidado, que representaba la fuerza, el señorío de la vacada. Era muy peligroso cuando alguna vaca estaba en celo porque embestia con facilidad: su mugido ronco advertía del peligro.

El ciclo continuaba cada año: las vacas quedaban preñadas, nacían los terneros que alegraban con sus pequeños mugidos y rebrincos; luego pasaban a becerros y se marcaban. Los años implacables también iban pasando para las personas que iban envejeciendo y desaparecían.

La gran vacada se extendía con frecuencia Valverde arriba hasta la raya de Tamame. El valle abierto cruzado por el arroyo abastecía de comida y agua durante muchos días tanto a las vacas como a las ovejas. Era ejemplar esta convivencia de los animales comiendo apaciblemente. Nos gustaba descubrir como cada uno tenía su propia personalidad. El vaquero, y el pastor los distinguían bien, les daban nombres propios y conocían sus peculiares reacciones. Boñigas y cagalitas abonaban la hierba, servían de alimento también a los escarabajos peloteros que encontrábamos con frecuencia en los caminos empujando una bola hecha con los excrementos de las vacas, sobre todo, y cinco o seis veces mayor que ellos en tamaño.

Al final del valle, hacia la izquierda había una zona sembrada, terreno más bien centenero de no mucha fertilidad. Era ya el límite con Tamame. Por el borde de la tapia había unas zarzas enormes. Como a mi madre le encantaban las moras, en el mes de Septiembre, algunos años nos llegábamos por allí a buscarlas. El primer momento era de admiración ¡Qué racimos tan grandes y tan maduros! La tentación era irresistible, nos abalanzábamos sobre ellos dispuestas a saciar el apetito. Mis padres nos aconsejaban prudencia. Boca y manos iban tomando el color de las moras. Ya satisfechas empezábamos a cargar una cesta que llevábamos llena para casa. Al comerlas allí evocábamos la buena tarde pasada en esta parte de la dehesa.

Una veta de cuarzo pasaba por esta zona; las paredes tenían piedras blancas que nos llamaban la atención. Buscábamos trozos cristalizados con una profusión de pequeñas pirámides que llevábamos a casa para usar como prensapapeles. Nos preguntábamos si las piedras tendrían vida para transformarse así.

De regreso, pasábamos por Navalasesperas por donde otro arroyo haciendo socavones, los cahozos, llegaba hasta una zona salvaje que yo consideraba preciosa y que llamábamos el "Galápagos" por la forma de un inmenso peñasco. El arroyo tenía que abrirse paso entre estos gigantes peñascales formando pequeñas pozas donde se mantenía el agua hasta el verano, refugio de ranas y sardas.

Las lagartijas y los lagartos se estiraban al sol sobre las parduscas piedras, se refugiaban al menor ruido entre las grietas o los matorrales circundantes. A un lado, un grupo de encinas proyectaba amplia sombra; el reborde de una roca plana bajo ellas y protegida por las carrasqueras, nos servía de mesa cuando algunas veces veníamos a merendar aquí, sobre todo el 18 de Julio, fiesta nacional. No se trabajaba y lo festejábamos desplazándonos con la merienda a esta zona agreste, salvaje, tranquila y acogedora.

La excelente ensalada de pimientos, tomates y cebolla acompañaba la tortilla. El mejor chorizo gordo, el especial de las grandes ocasiones, puesto en una gran rodaja sobre el pan recibía

las alabanzas de mi padre mientras lo cortaba con la navaja. Nosotras a muerdo limpio lo liquidábamos enseguida: en el campo siempre se abre el apetito. El jamón serrano ibérico de dos años cortado en trozos macizos cerraba la rica merienda. A menudo un delicioso queso en aceite era el remate final. De postre alguna dulzura: las exquisitas pastas o dulces de vino o un rico flan de huevo que mi madre llevaba en una cazuela y no lo sacaba hasta el último momento. Correteábamos entre las peñas después de merendar y mi padre nos enseñaba la Fuente el Pioyo, en el límite de Peñausende donde la vegetación era distinta, más verde, con álamos y chopos al lado de la fuente y donde él daba vuelta con frecuencia porque, los de Peñausende entraban con las vacas y comían la hierba. En una ocasión se las cogió y las trajo para el cercado de casa; tuvieron que bajar los dueños a buscarlas, intervino la Guardia Civil y les puso una fuerte multa. A mi padre le dolió hacerlo pero sirvió de escarmiento a los demás y durante un tiempo no volvieron a entrar.

Atravesando el camino de Tamame, después de una gran explanada donde se criaba mucha piñerina, a veces sembrada de centeno, se hallaba el imponente Cerrolamesa. Remontando la espesa ladera se accedía a una amplia plataforma con poca vegetación: jaras y tomillos. Desde esta especie de meseta que limitaba con la Dehesa de Sesimal, se divisaba casi toda la extensión de Llamas. Era una especie de cubeta rodeada de cerros más altos y ella, a su vez, aparecía ondulada con colinas y navas. Creo que la palabra "lama" en celta significaba lugar bajo y arenoso, tal y como era la dehesa.

Al regresar tomábamos el camino de Tamame, poco frecuentado y en no muy buenas condiciones. Algunas personas en burros iban a buscar vino a Cabañas: el señor Oencio con la burra y los cuévanos a comprar huevos, el señor Serafín, el Jalillo que era tratante, en el caballo a alguna feria; éstos eran los únicos asiduos de este camino que llegaba hasta la carretera de Peñausende a Zamora.

Al otro lado de Valverde, desde la Caseta del Alto hacia la derecha, se extendía la gran explanada de Carroزامora que iba descendiendo y encajándose en Vallondo. El camino de Valverde que continuaba por Castro hasta Mogátar la dividía en dos partes muy diferentes.

La parte de arriba se presentaba más llana: los grandes valles enmarcados por piornales en primavera parecían un cuadro impresionista. Las flores amarillas de los piornos unidas a una gran variedad de flores multicolores que crecían entre ellos contrastaban con el verde intenso de las praderas. Si el año había sido húmedo la hierba era tan abundante y crecía tanto que tenían que segarla utilizándose como heno para las vacas en la época del invierno. El señor Antonio, en primavera alta, preparaba la máquina de segar tirada por una pareja de bueyes y se desplazaba a Carroزامora. Sentado en un alto pescante metálico colocado entre las dos ruedas, dirigía el brazo de afilados dientes que cortaba la hierba. Se la dejaba secar extendida durante varios días. Iba cambiando de color; pasaba del verde oscuro de recién cortada al verde claro apagado cuando estaba ya seca.

Mi padre daba vuelta por allí y dirigía las operaciones aunque le suponía una larga caminata ya que esta parte de la dehesa se encontraba a cinco kilómetros de las casas. Ordenaba que se la voltara para que se secara aireándola con un ligero movimiento de la tornadera. Finalmente se amontonaba. Entonces se anexionaba a la máquina un aparato especial de altos hierros curvos que la iban arrebañando formando montones. Permanecía aún algunos días en oreo y se acarrea hasta los pajares de Valverde.

Un año hubo un acontecimiento especial: apareció una gran plaga de langosta que se propagó a una velocidad increíble. Con las patas como sierras y los dientes agudos iban cercenando toda la hierba. ¡Cómo podían cortarla tan rápidamente! Costó trabajo descartarla porque habían incrustado los huevos en el suelo y al año siguiente volvían a aparecer. Había tantas que cuando con-

siguieron matarlas con un insecticida mezclado con salvado y quemarlas después, formaban verdaderos montones.

También los conejos hacían mucho daño en esta zona: comían la hierba y los sembrados. Decidieron venderlos a unos señores que con unos hurones metiéndolos por las peñas y los vivales los sacaban, los cogían con unas redes o los mataban a tiro. Consiguieron casi exterminarlos. ¡Qué pena! Resultaban tan bonitos corriendo por los carriles que preparaban entre la hierba y alrededor de las peñas que, al quitarlos, perdió vida esta parte de la dehesa.

En una explanada próxima a la raya de Castro había perales bravíos: la fruta era incombible, no se le podía meter el diente de lo dura que estaba, pero la gente venía a buscarlos para injertar sobre ellos perales de calidad. Como se encontraba muy lejos nos acercábamos raras veces por aquí y cuando lo hacíamos resultaba toda una novedad. Procurábamos abrir bien los ojos para llenarlos de las cosas nuevas que veíamos. Crecían unas flores únicas, que no aparecían en ningún otro sitio de la dehesa y que llamábamos “flores de lobo”. Eran peonías salvajes que formando preciosas manchas rojas, adornaban con su profusión de color esta parte recóndita de monótono paisaje.

Cerca de la raya de Castro a la derecha, una mancha de vegetación coronada por formas irregulares peñascosas era conocida como Los Castillos, nombre debido a la forma de las rocas o bien a algún castro celta de los que había por esta zona. La dehesa contigua se llamaba Castro. Parte intrincada de espesa maleza servía de protección a los zorros. Advertidos por el olor salían corriendo entre los pasos excavados por el agua sobre las peñas; solamente se divisaban las puntiagudas orejas y la abultada cola entre el paisaje. Cuando veíamos alguno regresábamos locas de contentas para casa por lo inusitado del espectáculo.

Un pequeño refugio hecho con piedras, adosado a una gruta, servía de abrigo a los pastores y al vaquero, cuando en los inviernos venían por aquí con las vacas o con las ovejas. Era una zona alta, hostigada por el viento y la lluvia. Las espesas jaras y las copudas encinas de los bordes de la ladera cobijaban también a las vacas en los días fríos del invierno.

Descendiendo escalonadamente y siguiendo el curso de un pequeño arroyo con las márgenes cubiertas de poleo bien oliente descubríamos un valle mimado por la naturaleza. Encerrado entre los dos brazos de las laderas, cortada a pico una de ellas y de pendiente suave la otra, formaban una oquedad maravillosa. Para descubrirlo, yendo desde la zona de Los Castillos, había que salvar un laberinto de peñas multiformes que la erosión había resquebrajado y desprendido sobre el arroyo. Las encinas, carrascos, zarzas y fresnos apenas se atrevían a crecer entre los peñascos. El arroyo luchaba por abrirse paso entre las ranuras de las rocas y de la vegetación hasta llegar a una pequeña falla donde formaba una fuente que tenía agua todo el año. Era una conjunción de arroyo-manantial que atraía a los pájaros sedientos en épocas estivales y a las personas que frecuentaban esta zona. Las peñas se separaban hacia los lados con formas más compactas pero inmensas; por el centro corría el arroyuelo que al fondo formaba una charca antes de perderse en el valle. Estábamos en Vallondo.

Los fresnos al lado de esta charca daban una nota de color más suave. Los rebordes arenosos mostraban las huellas de las patas de los pájaros que se acercaban a beber tranquilamente: aquí nadie los molestaba.

Los patos salvajes se zambullían también en el agua para beber y comer las sardas; si llegábamos en silencio podíamos verlos.

Inmensos bastardos descansaban enroscados al sol o pasaban entre las ranuras de las peñas. Una vez mi padre vio uno inmenso con unas cerdas en la conjunción de la cabeza y del cuerpo, lo que significaba que era muy viejo. Los había que medían casi dos metros. Sus camisas completas

las dejaban entre las rocas o las carrasqueras en la época de la muda. Nos gustaba cogerlas y observar, como en un molde, las formas de las escamas más pequeñas del vientre y mayores del lomo, la triangular de la cabeza y redondeada de la cola. No teníamos miedo a los bastardos. Silbaban cuando nos aproximábamos y se deslizaban a toda velocidad para guarecerse.

Los grandes lagartos de colores vivos se solazaban entre los riscos sin ser molestados; las lagartijas corrían por entre las carrasqueras, tomillos y piornos. Pequeños insectos y animalitos de todo tipo, hormigas, escarabajos, etc. corrían por entre la hierba o volaban tranquilamente antes de ser atrapados por las arañas que tendían sus telas entre la espesura. Las mariposas de todos los tamaños y colores, con su vuelo suave posándose de flor en flor alegraban la vista. Era una zona idílica.

El valle estrecho al fondo daba una hierba espesa, alimento de las vacas en primavera alta; cuando se había acabado en otros sitios esta zona fresca la conservaba más. También ahí dejaban las vacas recién paridas, con los terneros, que no podían seguir a las demás. Un cercado de piedra las guardaba: eran peligrosas.

Trepar por la ladera era casi practicar alpinismo para nosotras. Cortada casi a pico, la dificultad del acceso se veía aumentada por la espesa vegetación: jaras y carrasqueras se habían unido para impedir el paso. Teníamos que buscar algún sendero para conseguir llegar arriba y disfrutar de un horizonte amplio. Se dominaba toda la zona de Valverde, la dehesa de Amor limítrofe a unos metros solamente de Vallondo y casi toda la dehesa con sus formas onduladas.

Asomándonos por el reborde contemplábamos el correr de los conejos entre las jaras: los había pequeñitos, gazapos, que eran preciosos. Nos llamaba la atención el volar silbante de una bandada de perdices en la parte alta y llana que se alargaba hasta la raya de la Tuda. Podíamos dominar la zona de la ladera de enfrente, más baja, donde sobre los brazos de las encinas había cantidad de nidos de cigüeñas. Habría más de cincuenta. Durante algún tiempo eligieron esta zona para anidar. Su silueta zancuda se recortaba por las praderas comiendo saltamontes y ajos de cigüeña y en los arroyos cogiendo pequeñas culebras y renacuajos. Pero, un buen año, desaparecieron y los nidos se deshicieron poco a poco, quedando de nuevo solitarias las encinas. Más allá de estos árboles una gran extensión de piornos dificultaba el paseo por aquella zona. Las púas eran un peligro para las piernas; los pinchazos dolorosos. Entremezclados con ellos las reviejas alfombraban de flores amarillas, moradas y blancas esta amplia extensión.

Si permanecíamos quietos y callados, cuando mi padre llevaba la escopeta, al pasar los conejos entre las jaras era fácil dispararles "a tenazón". Caían rodando por la ladera y era necesaria la ayuda del perro para encontrarlos. Tenían un sabor especial a jara y poleo. Cuando organizábamos algún ojeo en esta ladera constituía toda una aventura llegar hasta el *revarco* donde se colocaba mi padre para tener más visibilidad. Pocas veces mataba los patos. Si alguna vez lo hacía no nos gustaban demasiado: los encontrábamos excesivamente grasos. Por entre las encinas de la ladera de enfrente volaban las palomas torcaces, grandes, grisazuladas. Cuando mi padre las cazaba, la carne, aunque oscura, resultaba sabrosa pero costaba un trabajo enorme desplumarlas.

Bajando de nuevo al valle, los espinos y los gavanzales salpicados por el borde de la ladera ponían su nota de color. Un sendero nos conducía hasta la portera del cercado de las vacas que daba a la zona de Valverde. Después de caminar un rato por entre encinas y carrasqueras llegábamos a este gran valle por la parte de abajo. En este borde hasta la Caseta del Alto, solía haber trufas. Algunos años en Abril y Mayo veníamos por aquí con mis padres a buscarlas. Una vereda poco frecuentada nos acercaba hasta el camino de Valverde por la parte inferior de la Caseta del Alto, dejando a la derecha la gran ladera que escalonaba la bajada al valle.

Capítulo Undécimo

En este ambiente natural de la dehesa, libro abierto que fui pasando hoja a hoja acompañada por mis padres que me enseñaban lo que yo no alcanzaba a ver, pasé mi infancia hasta los siete años. Pero llegó el momento de tener que aprender cosas nuevas, de relacionarme con otros niños, de abandonar mi paraíso natural y de encontrarme con otras realidades. Tuve que salir de mi capullo e ir a la escuela.

Mi madre con su infinita paciencia me había enseñado las primeras letras al amor de la lumbre. Mientras tejía o cosía me las iba mostrando con el dedo o con la aguja de hacer punto. No tuve problema, me gustaba aprender. Me asustaba un poco verme obligada a pasar todo el día fuera de casa y encontrarme sin la protección de mis padres aunque me tranquilizaba pensar que a mi lado permanecía mi hermana, más fuerte y más veterana que yo en las lides de la escuela. Había ido a la de Doña Florentina en el pueblo de mi madre, Santa Eulalia de Tábara; ella había soportado las teorías de que las letras con sangre entran. Doña Florentina las cumplía a rajatabla: pescozones, palizas con un palo de escoba y castigos sin comer encerradas en la escuela y que practicaba con frecuencia. Mi hermana se lo tomaba a risa. Llevaba a la escuela una banqueta que trincaba y cada poco se caía, todas las niñas se reían, ella cobraba pero volvía a empezar. Otras veces la castigaba sin comer. Como la escuela ocupaba la primera planta de la casa de mi tía Amelia, que poseía un comercio en el piso bajo, mi hermana la llamaba por la gatera de la puerta que comunicaba las dos dependencias para que mi tía le pasara la comida. Un día que Doña Florentina se encontraba en el comercio la oyó y le dio una paliza. Yo no asistí de pequeña a esa escuela, gracias a Dios: los métodos duros nunca he podido soportarlos.

Por la carretera de Cabañas, con la cesta de la comida en la mano, todas las mañanas a las nueve menos cuarto salíamos hacia la escuela. En el invierno llevábamos una estufa que me parecía preciosa: una caja de hierro rectangular con agujeros artísticamente hechos se cubría con una tapa también perforada. Dos listones de madera sujetos con clavos a la tapa servían para poner los pies sobre ellos y recibir el calor que salía por los agujeros. Un asa de hierro con empuñadura de madera servía para transportarla. En el interior tenía un recipiente metálico, compacto, que recibía las brasas. Mis padres, momentos antes de marcharnos para la escuela, nos preparaban la estufa con ardientes brasas recubiertas con un poco de ceniza para que se conservaran durante más tiempo. Por el camino, si teníamos frío, nos parábamos un poco, la rodeábamos con la toquilla que llevábamos para taparnos y cogíamos un poco de calorcito para continuar. Nos separaban del pueblo tres kilómetros. Al pasar por delante de la casa de la Sra. Estrella, Pura primero y más tarde Federico, se unían a nosotras.

Se nos hicieron familiares los charcos a un lado y otro de la carretera, en la parte de la era. Las *ensebadas* con sus grandes terrones, la tierra resquebrajada por la sequía en verano, empapada cual esponja en invierno donde no podías poner los pies porque te hundías, arcilla pegajosa que no conseguías despegar de los zapatos. Una vez que subíamos la cuesta, Montealto con las grandes encinas nos cobijaba. La tierra se hacía arenosa, los carrascos, tomillos y reviejas adornaban las cunetas de la carretera, las tierras sembradas de centeno a un lado y de algarrobas a otro nos atraían a veces para coger vainas o preciosas flores en primavera.

Por fin llegábamos a la raya de la dehesa. En la cima de Montealto el horizonte se abría; aparecía otro paisaje, otro mundo distinto. A medida que descendíamos nos íbamos introduciendo en el mundo de los pueblos castellanos. Cabañas de Sayago era el último pueblo de Sayago limitando con Zamora.

El paisaje era diferente pero bonito: a un lado y otro de la carretera grandes extensiones cubiertas de viñas bajaban escalonadamente hasta una gran hondonada por donde discurría el arroyo que venía desde la Charca de Sesmil.

Antes de llegar al alto puente de un solo ojo, con grandes terraplenes laterales y con una fuerte corriente de viento que nos hacía temblar y casi nos arrastraba, se extendían las huertas en la última parte de la ladera. A la derecha, cobijada por un pequeño bancale estaba la de mi tía Serafía y de mi tío Manolo, el Tristán, con una pequeña viña de uvas de albillo que tanto nos gustaban, las colmenas de corcho rodeadas de grandes matas de romero y sobre todo el gran manantial de agua cristalina que se acumulaba en una charca de altos rebordes de arenisca blanca. La superficie estaba recubierta por berros y *maruja*, tan ricos en ensalada.

Por la parte inferior una pequeña presa regulaba el agua que servía para regar el resto de la huerta que se extendía hasta el arroyo. Árboles frutales colocados a un lado y otro de un pequeño paseo producían una fruta que atraía la vista y adornaba el paisaje.

La regadera que discurría rápidamente hacia la parte de abajo bordeaba la carretera. La recuerdo bien como refugio de nuestros pies maltratados por aquellas chancas que ante nuestra insistencia compraron mis padres porque todas las niñas las llevaban. Nosotras calzábamos unas botas de piel fina que se abotonaban hacia un lado con una carrera de botones. Eran preciosas. Mi padre, siempre complaciente, cogió un día el caballo y fue a buscarlas a Tamame. ¡Qué ilusión ponérmolas por la mañana con los calcetines de lana fina hechos por mi madre! Pero a medida que fuimos caminando, la rigidez de la madera nos impedía el normal movimiento del pie; la parte del contrafuerte subiéndolo y bajándolo nos fue rozando el talón formándonos unas pompas que no nos dejaban andar. Al llegar a la regata, ya no podíamos más y nos metimos por ella a ver si se ablandaban. Pasamos un mal día a cuenta de las chancas que desde entonces adornaron la despensa colgadas de una punta.

Por la parte de la izquierda cultivos de cereales cubrían la ladera y alguna viña. Había que remontar la última cuesta, bastante empinada para llegar a Cabañas, situado en un testero. Las casas se apelotonaban alrededor de la iglesia edificada en un reborde cortado casi a pico. Todas las calles descendían hacia el arroyo que discurría al otro lado del pueblo. Se trataba de una ladera soleada con hermosas vistas hacia la zona de la Matanza lugar de abundante agua, lleno de huertas y árboles frutales. Desde allí se divisaba también Bermillico, dehesa donde nació mi padre y en la que vivieron mis abuelos hasta que se fueron a la de Requejo donde nací yo. Desde la iglesia se divisaban estos paisajes y el gran valle que viniendo desde Sesmil y pasando por la dehesa del Hospital se perdía de vista al llegar al término de Villanueva.

Cerca de la iglesia se encontraba la casa de mi tía Serafía donde parábamos. Casa pequeña, pero acogedora. Nos recibían siempre con mucho cariño. Allí dejábamos la cesta de la comida, nos calentábamos un poco los pies y las manos y nos íbamos a la escuela calle abajo, a unos cien metros de la vivienda de mi tía.

Estas pequeñas distancias se convertían en una carrera con obstáculos a cuenta del barro. Teníamos que ir adivinando las piedras que sobresalían un poco para poner los pies. Parece increíble que una calle en pendiente y con un firme de piedra se pudiera recubrir de tanto barro. Todos los desperdicios se tiraban para el exterior. Montones de estiércol humeaban en las proximidades de las cuadras y escurrían calle abajo. En esta época no era muy bonito el pueblo. Una metamorfosis total se ha operado desde hace pocos años. Ahora están cementadas, con jardines en los rebordes y modernos chalets que han sustituido las casuchas de barro. A pesar de aquella fea apariencia yo guardo un grato recuerdo de él.

La escuela de las niñas estaba adosada a la de los niños y ambas daban hacia una pequeña plaza. ¡Qué pobres eran!

Acurrucada en mi timidez hice mi entrada en la escuela. Dos bancos bajos alargados, situados cerca de la tarima donde estaba la maestra, recibían a las pequeñas. No todas cabíamos en los bancos y algunas tenían que sentarse en el suelo mientras sostenían con las manos la pequeña cartilla de enroscadas hojas y la pizarra reposaba en el suelo. Mis padres mandaron hacer unas banquetas para poder sentarnos. Esto nos distanciaba un poco de las demás. Mi hermana, más fuerte y veterana que yo tenía que defenderme cuando me pegaban. Así lo hizo cuando una chica malísima me metió una mano en la estufa y mi hermana le arreó un fuerte tirón de pelos. Las de las otras niñas estaban hechas de una lata de escabeche vacía a la que se le colocaba un asa de alambre. En el recreo le daban vueltas al aire para que se reanimaran las brasas; era peligroso porque se podían volcar encima si tropezaban con alguien mientras las volteaban.

Nuestra situación a ras de suelo nos hacía ver aún más grande la mesa de la maestra encuadrada por cajones. Sobre ella un pequeño cartapacio y el tintero de tapa anexionado a una base con una ranura para poner la pluma. Debajo de la mesa, el brasero de cisco cubierto de ceniza para que no se gastara demasiado de prisa era la calefacción de la escuela. Un armario mal cerrado dejaba ver la botella de la tinta que preparaban las mayores mezclando agua y una pastilla negra o azul; se agitaba bien y estaba presta para llenar los tinteros. Los pocos libros mal colocados, medio abiertos dejaban al descubierto sus amarillas hojas. Detrás de la mesa casi siempre de pie, a veces sentada en un sillón, serena, paciente, elegante y delicada la maestra, Doña Adela. Pertenecía a una familia acomodada de Madrid con problemas derivados de la postguerra. Las distintas secciones iban desfilando por su lado para dar las letras o las lecciones. Mientras estudiábamos ella aprovechaba para poner algún problema en la pizarra que debían resolver las mayores o ir con un grupo hacia el mapa para aprender la geografía. Todas estudiábamos en voz alta y así un zumbido inmenso de abejas afanosas rodeaba las escuelas. Nuestra capacidad de concentración era extraordinaria: podías aislarte en lo tuyo mientras tu compañera repetía al lado, sin parar, algo completamente distinto. Era difícil distraerse mirando por las ventanas porque la mayoría de los cristales, rotos desde hacía mucho tiempo, aparecían tapados por unos cartones.

El recreo suponía la gran libertad para la mayoría; se hallaban en su mundo, en su pueblo. Para mí era distinto; temía a los muchachos que arrojaban cantos o nos quitaban las cosas. En una ocasión un chico iba a tirarnos una piedra por detrás; en ese momento providencial llegó mi padre que se dirigía al Ayuntamiento, situado al lado de la escuela. Le cogió la mano y le dijo: “¿A quién le vas a tirar?”. Le quitó la piedra y gracias a eso salimos ilesas.

Además de los juegos normales de la comba, el escondite, la rayuela, etc los había curiosos como, por ejemplo, jugar a los alfileres y a las estampas. Para los primeros, jugábamos de dos en dos. En el suelo hacíamos un montón de tierra, poníamos allí dos o tres alfileres cada una, los cubríamos bien y teníamos que destaparlos lanzando una piedra de punta redondeada sobre el montón. Tirábamos por turno y los que descubrías los ganabas. Este juego nos ensuciaba manos y ropa pero nos entretenía mucho y nos relacionaba con las demás niñas de la escuela. Las había muy duchas en el manejo de la piedra. La cajita llena de alfileres pasó a formar parte de nuestro tesoro.

El otro juego era el de las estampas. Recortábamos de revistas, periódicos y libros algunas ilustraciones que enseñábamos a las compañeras para que les entraran ganas de jugar. Les decíamos: “Te juego a las estampas”.

Las escondíamos, sin que la contrincante nos viera, en una de las pastas de un libro de tapas duras. Dábamos vueltas al libro con un movimiento rápido y la otra tenía que acertar en qué lado estaba. Mientras tamborileábamos las pastas con los dedos decíamos la siguiente cantinela: “Ta, te, ti, suerte para mi, Dios me dijo, que estaban aquí.” Y donde coincidiera la palabra final decíamos que allí se encontraban. Unas veces acertábamos y otras no. También decíamos: “ballesta, ballesta, camino de cuesta, Dios me dijo, que estaban en ésta”, o también: “dime la verdad, que en ésta está”.

Las niñas querían jugar siempre con nosotras porque teníamos muchísimas estampas diferentes a las suyas. Mi madre nos las dejó recortar de un grueso figurín que alguien había traído de Estados Unidos. Cuando las perdías te daba pena, pero eran las consecuencias del gana-pierde de los juegos infantiles que te enseñan a saber perder lealmente.

Por medio de estos pasatiempos fuimos haciendo amigas con las que nos íbamos compenetrando al pasar juntas a las distintas secciones. ¡Qué gusto pasar a la siguiente y dejar las banquetas! Sentadas en altas mesas corridas y un poco inclinadas, delante de la enciclopedia o escribiendo en cuadernos, primero con lápiz y luego a tinta, nos parecía que éramos ya mayores. El catecismo pasó a formar parte también de nuestro bagaje. Teníamos que prepararnos para la Primera Comunión.

Doña Adela, mujer muy religiosa, nos leía por las tardes vidas de santos, narraciones ejemplares y aprendimos de memoria la Historia Sagrada. Creo que ella fomentó en mí, además de mi padre, el mundo mágico de la lectura. Siempre he sido más imaginativa, fantástica que razonadora.

Después de las lecciones del Catecismo y de Historia Sagrada las de Literatura y de Ciencias Naturales fueron preferidas. No se le daba gran importancia a las Matemáticas y viví feliz sin tener que hacer muchos problemas. Mi hermana, fuerte en esta materia, me enseñaba a razonarlos. El mayor trabajo se realizaba por las mañanas; por la tarde después de estudiar un poco o resolver problemas, cosíamos. Preparábamos un costurero precioso: el dobladillo, la vainica, los frailes atados, bodoques, ojales, punto atrás, cordón etc. se nos fueron haciendo familiares. Gracias a la ayuda de mi madre, que nos enseñaba en casa, nuestro costurero era uno de los mejores.

Nosotras estábamos siempre esperando que el Señor Joaquín, el cartero, viniera a buscarnos. Su cara bonachona de media luna asomaba por la puerta y decía a la maestra: “¿Doña Adela, me las puedo llevar ya?” Nosotras salíamos corriendo a recoger las cosas donde mi tía Serafía y regresábamos, acompañadas por él, a casa. Tenía que ir todos los días a buscar el correo que el coche de línea traía hasta la dehesa. Con él contábamos los pasos que había desde la salida del pueblo a nuestra vivienda. Con la gran cartera de cuero en bandolera se bamboleaba mientras caminaba porque era bastante cojo. De conversación amena, nos preguntaba por las cosas de la escuela o nos contaba cosas de la guerra mientras seguíamos su paso rítmico y continuo.

¡Qué ilusión nos hacía que viniera mi padre a buscarnos! Cuando llovía o hacía mucho frío, mientras fuimos pequeñas venía a recogernos con el caballo: nos situaba una delante de él y otra atrás, nos tapaba con una manta y así llegábamos calientes y pronto a casa. Si mi padre no podía, venía Antonio el Lagumán en la burra.

Regresar a casa era un placer. Contar las cosas en familia, merendar juntos y seguir disfrutando de la dehesa. Por las noches los deberes nos esperaban. Sobre el hule-mapa que recubría la camilla, aprendíamos los límites, costas, ríos, montañas y provincias ayudadas por la enciclopedia y por mis padres. Sentadas al amor de la lumbre y a la luz del candil o del carburo, estudiábamos las lecciones o el catecismo que mi madre nos preguntaba una y otra vez hasta que lo sabíamos de corrido mientras que mi padre hacía las cuentas de la dehesa.

Cuando el Señorito se quedaba a dormir en la dehesa cenaba en nuestra casa y lo temíamos porque nos ponía cuentas y cantidades. Yo me echaba a temblar. Una vez quiso que le escribiéramos mil, un millón, mil uno. No se me olvida lo que trabajé, sentada en el escaño, hasta que conseguí escribir la cantidad correcta. Era muy cariñoso y le gustaba que aprendiéramos.

Así se fueron pasando nuestros años de escuela repartidos entre la dehesa y Cañas, aún unidas a la familia por el cordón umbilical de la carretera que nos llevaba y nos traía todos los días a casa.

Llegó el momento de tenerlo que romper definitivamente. Mi madre, persona inteligente y sacrificada, quería que sus hijas estudiaran una carrera. Para eso tenían que mandarnos a Zamora a hacer bachillerato. A mi padre le costó aceptarlo: pensaba más bien que las niñas tenían que quedarse en casa y los varones estudiar. Eran otras épocas y otras mentalidades. Por fin mi madre consiguió convencerlo. Así mi hermana, que era la mayor, empezó a prepararse para hacer ingreso. Asistió a la escuela de Doña Florentina que le enseñó Matemáticas para el resto de su vida. Se examinó de ingreso y aprobó en Junio. Entonces mi madre pensó que sería mejor que estudiáramos las dos juntas: yo me examiné en Septiembre y aprobé.

¡Qué pena tener que separarnos de mis padres y de la dehesa! La ilusión de conocer la vida de la ciudad la contrarrestaba un poco. Mis grandes trenzas desaparecieron; mi padre nos cortó el pelo cortito, a lo *garsón*, para que no tuviéramos problemas al peinarnos. Con la ropa preparada en una bolsa y la comida para una temporada en una gran cesta de mimbre con tapadera nos llevaron a Zamora, a casa de mi tía Genoveva, hermana de mi padre. Mi tío Amadeo, profesor destituido del Colegio de Moreruela de la Fundación de Sierra Pambley, tenía una academia y él nos preparó del primer curso. Nos examinamos por libre. Las pruebas nos parecieron terribles, pero aprobamos. Todos los demás años los cursamos oficiales en el Instituto Claudio Moyano.

El coche de línea del Señor Manolo nos seguía uniendo a la dehesa. Mis padres nos mandaban por él, el pan en un pequeño saco cada dos o tres días y la ropa limpia. Nos sorprendían enviándonos cosas que nos gustaban en este bolso viajero. Nos encantaba leer la carta de mi madre con su letra mal formada o la de mi padre con su cuidada letra inglesa: siempre llenas de cariño y contándonos algo de la dehesa. ¡Cuánto nos alegraba que vinieran a vernos!. Cargados siempre con la comida: garbanzos, lentejas, fréjoles, huevos, chorizo, tocino, la base del cocido diario, la merienda y la cena. Mi tía Genoveva primero y las distintas patronas después nos hacían la comida.

Tengo en la mente imágenes preciosas de mis padres durante este periodo de estudios en Zamora como cuando mi padre vino una vez al Instituto a buscarnos feliz y sonriente, con un paraguas destinado cada una para que no nos mojáramos. Recuerdo a mi madre tan guapa y tan joven que nos recogía para comprarnos lo que necesitábamos, o bien algún capricho extraordinario. Si mi padre se quedaba a pasar la noche con nosotras nos llevaba al cine. Nos compraba galletas de coco. Disfrutábamos tanto que nos parecía que estábamos mimadas por la fortuna.

Tener dos hijas estudiando en Zamora en aquella época suponía un gran gasto. No se compraban nada para ellos e incluso tomaban la leche sin azúcar para gastar menos. Como este sacrificio muchos más que guardo en lo profundo de mi corazón. Así me enseñaron con el ejemplo a ser generosa.

La pena de estar separados se compensaba con la alegría de regresar al hogar. Soñábamos con las vacaciones. Contábamos los días. El mundo se nos abría de nuevo al volver a casa. Hacíamos participar a mis padres de nuestros estudios. Se le hicieron familiares los nombres de las compañeras: Celia Cortés, Chonita Prieto Cereceda, Dorita, Mary-Bi etc. Entonces estudiaban pocas chicas; conocían también a alguno de nuestros compañeros: Claudio Rodríguez, Luis Augusto, "Cotorra", etc. Les hicimos conocer a nuestros profesores con sus características personales: Don Eliseo y su "dos de Mayo", Don Pepito y sus nervios, Doña Concha tan elegante, Don Ramón Luelmo tan equilibrado y Don José María el Director del Instituto entre otros. El mundo de mis padres se abría, se ensanchaba al mismo tiempo que el nuestro.

Comprendivos al máximo, no nos reñían nunca y si sacábamos algún suspenso sufrían al pensar que nosotras llevábamos la peor parte. Comentaban con orgullo nuestras buenas notas y ocultaban los escasos suspensos no fueran a pensar que éramos torpes. Mi hermano nos admiraba y acaparaba el cariño de mis padres en nuestra ausencia. Disfrutábamos con sus fechorías cuando nos las contaban al volver de vacaciones.

Nuestra primera salida de Zamora fue a examinarnos a Salamanca del Examen de Estado, final de un bachiller ecléctico de siete años. Primero hacíamos el examen escrito con una larga y difícil traducción de latín, una redacción sobre un tema más bien cultural y unos problemas. Si aprobabas el escrito pasabas al oral: un numeroso tribunal te iba preguntando de todas las materias dadas en el bachillerato, las de letras, las de ciencias. Era difícil aprobarlo a la primera vez. Todo nos parecía hostil y nuevo: la ciudad desconocida, la residencia poco acogedora y la Universidad donde nos examinábamos impresionante. La voz potente del profesor que nos llamaba desde lo alto de la artística escalera, que ni la veíamos por el miedo de no oír bien nuestro nombre, inmersas en el pelotón que esperaba. La gran galería de la parte superior, nos acogía y te convertías en un número más, todo ojos y orejas para mirar y escuchar a los profesores. Me encontraba en un combate desigual pero dispuesta a luchar para conseguir el título de bachiller.

Mis padres, sufriendo por nosotras, esperaban el regreso. Les hacíamos partícipes de nuestras vivencias y compartiendo nuestra impaciencia esperábamos que salieran las listas en el periódico. Yo aprobé, no a la primera y mi hermana que nunca pudo hacer una traducción de Latín decidió dejar el Examen de Estado.

En casa creyeron oportuno que hiciéramos unas oposiciones a telégrafos y correos. El Morse y los partidos judiciales se nos fueron haciendo familiares. Fuimos a prepararlas a Zamora, a mi no me gustaban nada. Yo había soñado siempre con poder ir a la Universidad y estudiar Filosofía y Letras. Después de las Navidades me encontré con Celia, amiga mía de bachiller, que estudiaba en Salamanca, en la Universidad. Me dijo que podía asistir como oyente y examinarme por libre, que ella podía dejarme los apuntes. Se lo dije a mi hermana; me animó a que fuera a la dehesa a comunicárselo a mis padres. Ella prepararía oposiciones ya que no pensaba presentarse más al Examen de Estado.

Cuando regresé a la dehesa casi no me atrevía a proponérselo a mis padres: este desplazamiento iba a suponerles un gasto mayor. Siempre complacientes y sacrificados, unidos a mi ilusión, prepararon todo lo necesario para que me fuera a Salamanca. Mi madre me dio la única ropa bonita que tenía: una falda gris y una chaqueta que arregló a mi medida. Cedió con primor mi abrigo viejo, teñido de azul marino. Me quedaba precioso con un jersey de punto inglés que me hizo, con una lana finísima que ella misma había hilado. Estaba cerrado en el cuello por un cordón que se terminaba con dos pompones de lana. Me dieron dinero para la matrícula y para unos zapatos y fui sola a Salamanca a buscar una patrona.

Por primera vez tenía que defenderme por mí misma, sin mi hermana, sin mis padres. Vencí mi timidez, y fuera de mi crisálida, intenté volar por mi cuenta. Tuve que vencer grandes dificultades; había empezado con más de un trimestre de retraso; solamente conocía a Celia que me ayudaba. Yo asistía a las clases como libre-oyente. Poco a poco mi tenacidad fue dando sus frutos y ya en segundo curso conseguí ponerme a nivel de los demás. Mis padres estaban orgullosos de tener una hija en la Universidad y yo no quería defraudarlos.

Mi padre o mi hermano, que ya se había hecho mayor, en los últimos años de mi carrera me llevaban a coger el tren a Corrales, a siete kilómetros. La pesada maleta cargada más de comida que de ropa fue mi compañera durante los años de estudios en Salamanca. Mis padres habían preparado un cajón de madera que se adaptaba a la mitad de la maleta para colocar en él los huevos envueltos en papeles, el chorizo, el tocino que seguiría siendo la base del cocido diario, las lentejas y los fríjoles completaban la monótona alimentación. El camino de la dehesa a Corrales fue testigo de los viajes bien a pie o en burra cargada con el equipaje. Gracias a Doña Carmen que me acogió en su casa con todo cariño y me asimilé a su familia se me hizo más agradable la estancia en Salamanca. Era la patrona de mis primos Amadeo y Publio; a petición suya me puso una cama turca en el comedor y en aquel hogar estuve hasta que enfermó. Sigo considerándola mi familia en Salamanca. Su hijo es mi ahijado.

Mi deseo de libertad y aire libre lo compensé practicando deportes. El Botánico - pabellón deportivo- absorbió las horas de ocio. Era feliz en el equipo de balonvolea. Llegamos a ser campeonas de España durante cuatro años. Una copa de la Unión Deportiva de Salamanca ofrecida cuando terminé, es muestra patente de mi participación en el equipo.

De nuevo mis padres compartieron conmigo todos los momentos y acontecimientos de mi vida universitaria. Conocían perfectamente de nombre la mayoría de mis profesores: Don Antonio Tovar, Don Manuel García Blanco, Mme. Paulette, Don César Real de la Riva, Lainez Alcalá, D. Alonso Zamora-Vicente, Lázaro Carreter entre otros. A mis compañeras del equipo de balonvolea: Celia, Isabel Vicente Cruz, las portorriqueñas Leila y Manana que una vez vinieron a buscarme a la dehesa en taxi para jugar un partido importante y pasaron la tarde con nosotros. Mis padres seguían impacientes e interesados nuestros viajes cuando íbamos a jugar fuera de Salamanca los campeonatos universitarios: los J.U.N.S. Jugamos en Oviedo, Valencia y siempre la final en Madrid.

Sobre todo mi padre ya tenía un nuevo tema de conversación con la gente de la dehesa. Les contaba con orgullo todo lo que yo hacía; formada sanamente en plena naturaleza poseía una gran fuerza física. Mis saques eran como balazos; esto unido a mi tenacidad por triunfar me convirtió en un buen pilar del equipo. Cuando yo volvía me encontraba de nuevo muy unida a toda esta querida gente que disfrutaba oyendo mis proezas de la boca de mis padres.

La llamada de la dehesa me vencía de vez en cuando; cogía el tren para Corrales y desde allí, andando, me iba a casa a pasar el fin de semana. Era como una necesidad vital estar con mi gente, con mi entorno, compartir con ellos mis vivencias, cargar mis baterías de cariño, aire puro, sol y belleza natural. Regresaba a Salamanca con nuevas energías.

Cuando se pasaba tiempo sin poder ir, mi hermana venía a traerme algo y pasar conmigo el fin de semana. Otras veces llegaba mi padre. ¡Qué ilusión me producía su venida! Caminaba hasta Corrales y regresaba también a pie. Siempre temía perder el tren ya que mi madre se quedaba sola. Recuerdo un día que lo perdió; no pudo dormir en toda la noche y al amanecer del día siguiente salió a la carretera a hacer auto-stop. Desde Corrales debió regresar casi volando a casa.

Después de los dos años de Comunes elegí como especialidad Filología Moderna: inglés y francés. Mis escasos conocimientos de francés adquiridos en bachiller con el pobre Don Pepito, me hicieron sufrir durante el primer año. Mis compañeras se iban a Francia a cuidar niños y yo

decidí hacer lo mismo. Se lo planteé a mis padres y ellos, con una visión optimista y positiva de las cosas, ocultaron para sí su preocupación y me permitieron ir a París a cuidar niños en una familia durante un curso completo.

Nuevos horizontes se abrían ante mí: Un largo viaje, un país nuevo, la gran ciudad, la lengua distinta. Mi espíritu animoso, sin darle demasiadas vueltas a las cosas viendo solamente la parte buena, como me habían enseñado mis padres, me ayudó a emprender el viaje y superar todas las dificultades.

Cuidé niños, luego un perro y unos pájaros en casa de una artista que me dejó una habitación en su casa. Asistí a las clases de la Alianza y de la Sorbona; me ocupaba de una niña por la noche cuando salían sus padres y ganaba para mis gastos. ¡Qué tristeza pasar mis primeras Navidades fuera de casa! Una familia española, extraordinaria, me acogió en la suya y me convertí en un miembro de la misma mientras estuve en París. Mi corazón conserva de ellos un grato recuerdo.

Durante toda esta temporada hice copartícipes a mis padres de las nuevas experiencias. Les escribía con frecuencia contándoles cada detalle: París y sus monumentos se les hicieron familiares. Con mis vivencias también ellos ampliaban sus horizontes: como vasos comunicantes, ellos me daban mucho y yo trataba de devolvérselo con creces.

Me ilusionaba comprar cosas que no teníamos en España y traerlas para el hogar: una vajilla de Duralex, una raqueta de tenis, utensilios para la cocina, algo para mis hermanos, etc.

La alegría de regresar a casa era indescriptible, la saboreaba mientras preparaba el retorno. Mi corazón saltaba de impaciencia por abrazar a mi padre cuando descendía del vagón en la estación de Medina del Campo y donde él me esperaba para que no estuviera sola por la noche mientras llegaba el tren de Zamora. En la cantina de la estación tomábamos algo mientras atropelladamente yo quería contarle todas las cosas. Su cara tan expresiva, tan satisfecha me colmaba de felicidad. Le desaparecían las muestras del cansancio de caminar hasta Corrales tras una jornada de trabajo, de ir a Medina y pasar la noche sin dormir con el fin de que yo no estuviera sola en esta estación solitaria e inhóspita.

Al bajar del coche del señor Manolo, mi madre, tan limpia, tan peinada, con cara de felicidad me esperaba. A veces la acompañaba también mi hermano que ya estudiaba en Zamora después de que mi madre lo hubiese preparado hasta cuarto de bachillerato examinándose él por libre en el Instituto. Los siguientes cursos asistió oficial en Zamora y más tarde en Salamanca. Hasta que yo terminé la Licenciatura estuvimos juntos en la misma patrona .

Mi familia y la dehesa me acogían de nuevo. ¡Qué pobre es el lenguaje para describir el mundo de los sentimientos! Me parecía que, a más distancia de separación, más alegría de volver, más ganas de estar con mis seres queridos, de encontrar mis pertenencias en el hogar y los cimientos que mis padres me habían dado...

Capítulo Duodécimo

Los frutos de esta piña familiar, ya maduros, comenzaban a esparcirse a distancia del árbol original. Yo era consciente de ello y deseaba atesorar los momentos afectuosos que la presencia mutua nos proporcionaba.

El éxodo lo empezó mi hermana, trasladándose por su matrimonio y el trabajo de su marido primero a Palma de Mallorca, a continuación a Alicante, Vivero, Carrión de los Condes y Cacabelos. Después mi hermano, también casado, siguiendo un poco a mi hermana, desempeñó su trabajo en Carrión de los Condes y luego en Bembibre. Yo, soltera, me desplazé a ejercer mi carrera como profesora de idiomas a Jerez de la Frontera.

En Llamas la casa se hallaba cada vez más vacía a pesar de nuestras visitas constantes y de la llegada de los primeros nietos. Mis padres empezaban a sentir la soledad. Se iban haciendo mayores. El deseo de ver a sus hijos comenzó a arrancarlos de la dehesa, viajando para verlos ya que no les bastaba con que volara su pensamiento hacia ellos.

Finalmente aparecieron las primeras conversaciones de cambio de residencia. Accedían a dejar la dehesa si nos juntábamos los tres hermanos o estábamos lo más cerca posible. Como mi hermana ya residía en Cacabelos y mi hermano en Bembibre yo pedí traslado a esa población y me lo concedieron. Mis padres irían a vivir conmigo.

Era una realidad de la que casi no hablábamos; teníamos que trasladarnos y dejar la dehesa.

Mi hermana nos hablaba de lo hermoso que era el Bierzo, de los buenos amigos que esperaban a mi padre. De la espléndida casa que nos había arrendado, muy próxima a la suya, etc. Estas pequeñas ilusiones y perspectivas iban mitigando el dolor de la ruptura.

La balanza se inclinó por la familia y, en el mes de septiembre, dejábamos la dehesa: un mundo que tan generosamente nos había cobijado. Lorenzo, el de Llamas, quedaba atrás.

Emprendíamos una nueva vida lejos de nuestra tierra. Mis padres eran valientes, con una gran capacidad de adaptación y fueron felices en la agradable tierra berciana. Mi padre, gran conversador, hizo amistades fácilmente. Daba largos paseos con sus amigos narrándoles su pasado con el mismo gracejo de siempre.

El Bierzo era un vergel; el paisaje aparecía escalonado por las montañas circundantes rodeadas de pinares, por las laderas de viñas rojizas en otoño, al fondo el río Cúa con sus márgenes pobladas de una variada vegetación y con abundantes truchas en los pequeños saltos de agua. Cantidades ingentes de árboles frutales, sobre todo cerezos, inundaban de flores el fondo del valle. El clima era suave y ayudaba al crecimiento de esta rica vegetación.

Gracias al cobijo de la naturaleza y de la familia se adaptó mi padre a una vida tan distinta a la que había llevado hasta entonces.

Mi madre, casi siempre sola en la dehesa, hizo nuevas relaciones y sobre todo tenía a sus hijos y nietos al lado. Procurábamos reunirnos los fines de semana.

En mi cargo de directora del Instituto me veía obligada a presidir los actos oficiales entre las autoridades, bajo la mirada orgullosa y satisfecha de mis padres. Gozaban viéndome organizar eficientemente la vida del centro y promoviendo actividades culturales para el pueblo. Compartieron minuto a minuto esta nueva faceta de mi carrera, me ayudaban, colaboraban de algún modo y eso les llenaba de felicidad.

Cuando mis sobrinos necesitaron continuar los estudios en Salamanca la familia se trasladó a esta ciudad. Yo conseguí hacerlo al año siguiente.

Dejamos atrás otro pasaje de nuestra vida, la estancia en el Bierzo de la que guardamos vivencias inolvidables.

Así mis padres fueron trasladándose progresivamente de la dehesa a un gran pueblo y de éste a la ciudad. Sin ningún trauma se adaptaron también a esta nueva vida.

En Salamanca vivíamos relativamente juntos, en una zona abierta, bien ventilada por donde poder pasear. Cuando mi hermano consiguió también el traslado, el clan Garrido volvió a reunirse en un barrio que, curiosamente, llevaba su mismo nombre.

Por las mañanas venían juntos a visitarnos. Luego mi padre continuaba solo el paseo: se destacaba su silueta algo obesa por la vida sedentaria, conservando siempre el sombrero y vestido con traje y corbata en épocas frías y camisas sueltas estilo cubano en primavera y verano. Oía la misa en M^a Auxiliadora a las once de la mañana. Allí se reunía con antiguos amigos de Cabañas y juntos iban, tras la misa, al Hogar del Pensionista donde tomaban un café mientras charlaban con la gente. Antes de regresar a casa al mediodía se paraba en el Parque Garrido para hablar con otro grupo de montaraces, vaqueros, pastores y gente del campo que compartían el mismo tema de conversación. El pasado se asomaba siempre al presente.

Por las tardes nos reuníamos a jugar las partidas de dominó y por la noche, ya solos en casa, continuaban con ese tipo de juegos que les conservaban la mente ágil.

Sin embargo el tiempo, inexorable, los iba envejeciendo. Celebraron con alegría las bodas de oro. La ceremonia en la iglesia, rodeados de los hijos, nietos y biznietos resultó entrañable y conmovedora. La comida en la casa, apiñados alrededor de los padres simbolizaba la unión familiar. El patriarca, con mi madre pegada junto a él, reinaba sobre todo el clan.

De joven mi padre había fumado en exceso y por ello la parte débil de su naturaleza residía en los bronquios. Una alergia asmática posterior agravaba su estado produciéndole accesos de tos que lo asfixiaban. Una gripe aceleró el proceso. La víspera de su ingreso en el Clínico era Miércoles de Ceniza y aunque no se encontraba bien quiso ir a misa y comulgar como hacía siempre que iba. Volvió transformado.

Tras su fallecimiento al día siguiente encontramos un poema que él había escrito horas antes:

Primavera tú serás
Calor a mi pensamiento
Junto a los escalofríos
Del recuerdo de mis muertos

Como el sol brilla al salir
Con ráfagas luminosas
Así brilla en mi vivir
El recuerdo de las cosas.

El cielo se abre hacia mí
Cuando se acerca el final
Con gloria de buen vivir
El alma primaveral.

L. GARRIDO

El recuerdo del montaraz, Lorenzo de Llamas, permanece aún entre quienes lo conocieron y entre los vecinos de los pueblos circundantes. Desde que él se alejó, la vida en la dehesa, tal y como él la fundamentó, fue desapareciendo lentamente. El transcurrir del tiempo, la atracción de la urbe y el éxodo de los habitantes, unido a un cambio de mentalidad y de intereses han terminado con aquella fuente de vida y de valores que sin embargo ha dejado sus frutos lejos de ella.

*En los nidos de antaño
no hay pájaros hoy...*